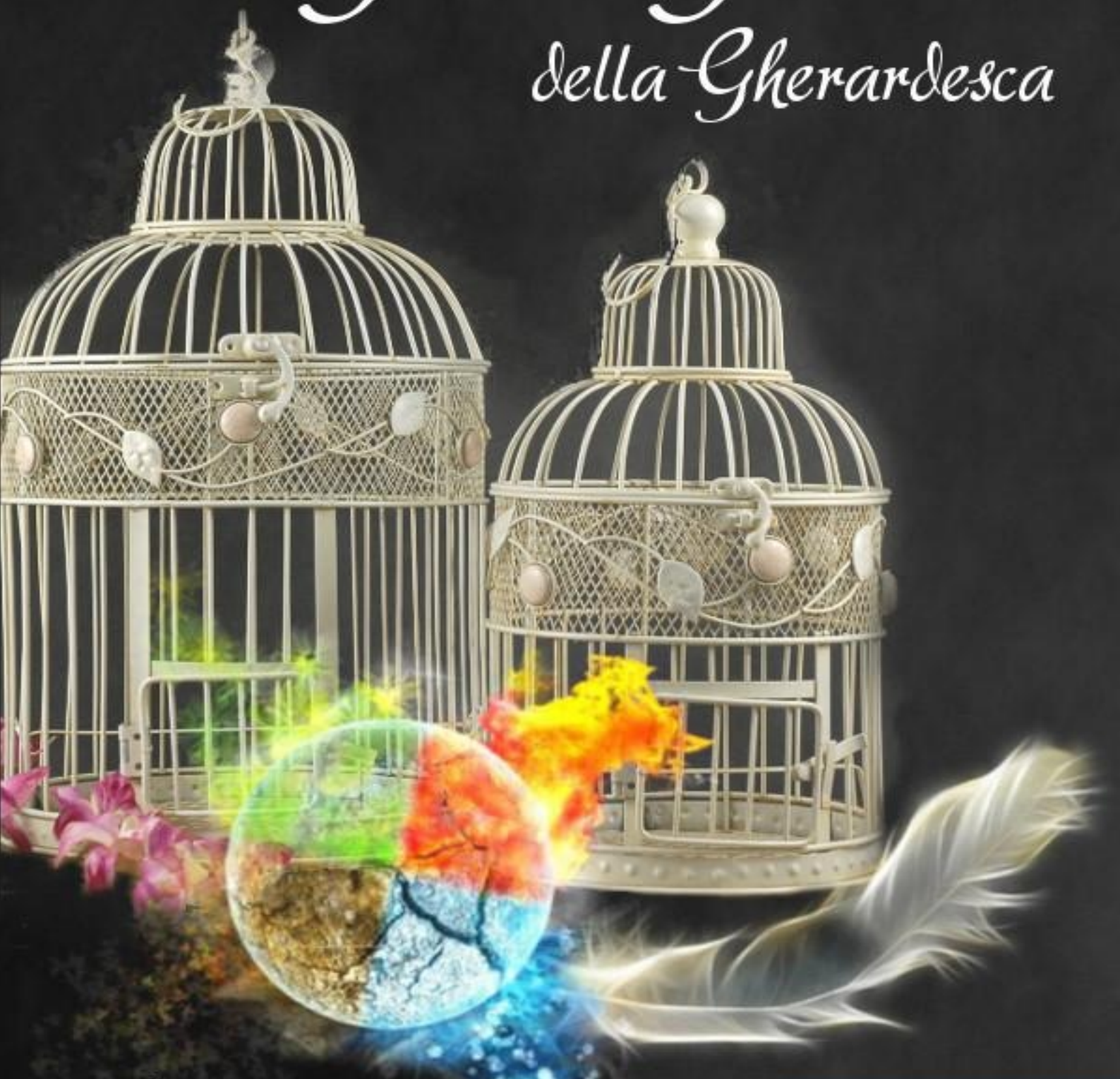


*Vida y fugas de
Fanto Fantini
della Gherardesca*



Álvaro Cunqueiro

Lectulandia

En los años 70 Cunqueiro se despega de los héroes heredados para construir sus mitos más personales.

En esta obra nos lleva a la Italia del primer Renacimiento, donde el audaz condottiero Fanto Fantini, experto en increíbles fugas, representa el último reducto imaginativo cuando sobreviene la Edad Moderna, la época de la razón.

Fanto es un héroe afín a Hermes, capaz de eludir el acoso mortal de la historia transformándose en los cuatro elementos (agua, aire, fuego, tierra) y, en un instante divino, en quintaesencia angélica. Es el héroe de las mil caras en perpetua transformación, pero su afán espiritual, heroico, a costa de su cuerpo, lo lleva a la autodestrucción.

Lectulandia

Álvaro Cunqueiro

**Vida y fugas de Fanto Fantini Della
Gherardesca**

ePub r1.0

Titivillus 27.04.15

Título original: *Vida y fugas de Fanto Fantini Della Gherardesca*

Álvaro Cunqueiro, 1972

Diseño de cubierta: Levemka

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA



A Domingo García-Sabell

Son muchas, pero dispersas, las noticias que nos han quedado de la vida y aventuras del capitán Fanto Fantini della Gherardesca, nacido en Borgo San Sepolcro en abril del año de gracia de 1450. Borgo San Sepolcro, en la Umbría septentrional, es también la ciudad natal de fra Luca Pacioli y de maestro Piero della Francesca, «el monarca ali tempo nostri della pictura», como lo calificó fra Luca, que fue su amigo y lo tuvo como discípulo en matemáticas y geometría. Pero muchas de esas noticias que decimos, de la vida y aventuras del condottiero se contradicen con frecuencia, y solamente un paciente trabajo de investigación y de crítica, realizado durante varios años por el autor de este libro, le ha permitido establecer el tiempo y lugar de las varias etapas de la biografía fantiniana. Fanto Fantini della Gherardesca fue, sobre todo, famoso por sus fugas de las más cerradas y vigiladas prisiones de su tiempo. La narración de sus fugas constituye la parte más amplia de esta biografía, por otra parte con muchos cabos sueltos, del valeroso capitán ^[1]. Las vidas de su criado Nito, su braco «Remo» y su caballo Lionfante, aparecen en la última parte. En los apéndices damos al curioso lector el texto, quizá solamente un resumen, y sin duda en varios pasajes mal transcritos, del discurso que ante el Senado de Venecia pronunció el caballo Lionfante, con motivo del falso rumor de la muerte de su amo en la isla de Chipre. Podrían los lectores comprobarla influencia de este discurso en el de Otelo, ante los mismos senadores (W. Shakespeare, Otelo o El moro de Venecia, acto I, escena III) ^[2]. Un feliz hallazgo en una biblioteca florentina, nos permitiría publicar el texto, hasta ahora inédito, del segundo acto de una pieza teatral, que tenía por protagonista a Fanto Fantini della Gherardesca. La pieza constaba de tres actos, el primero de los cuales no ha sido hallado, y del tercero tenemos un resumen en un manuscrito de Benedetto Varchi, autor de una Storia Fiorentina muy conocida. Es muy probable que la pieza haya sido representada en Florencia, y que para las escenas de batalla hiciese obras de pólvora el famoso Biringucho, por otra parte amicissimo del Varchi, quien iba a visitar al gran pirotécnico «mentre egli lavorava quell'Artigleria grande che si chiamó poi volgarmente l'Archibuso del signor Malatesta, la cual se disfece nella torre de Livorno non ha molto». La representación de la pieza pudo haber tenido lugar en el verano de 1509, o en la primavera, en el célebre «maggio fiorentino», de 1510.

Primera parte

NACIMIENTO, INFANCIA Y MOCEDAD DE FANTO

I

ERAN las dos de la tarde del día trece de abril del año 1450. Sobre Borgo San Sepolcro se habían acumulado grandes y oscuras nubes, y oyéndose ya el trueno lejano, todo hacía presagiar una próxima tormenta. Las golondrinas habían suspendido sus vuelos, y el párroco de San Félix silbaba desde la solana de la casa rectoral, avisando al sacristán Filippo para que acudiese a repicar la pequeña y clara campana bautizada Catalina, una salvatierra toscana, que probado estaba que apartaba la chispa de la ciudad. En la gran sala del palacio de los Fantini della Gherardesca, a la que había sido trasladada la enorme cama matrimonial, donna Becca, en cojines de pluma, sufría los dolores del parto. La comadrona le ponía paños con agua nieve sobre la frente, mientras junto a una de las ventanas que daban al jardín, el médico Andrea della Garda explicaba a ser Pietro Fantini, cuáles estrellas presidían el nacimiento de su primogénito. Abrió de pronto la tormenta, en aquel cielo negro y púrpura, su lucería relampagueante, y se escucharon roncós y largos truenos. Donna se quejaba más y más, infeliz primeriza, y la comadrona advirtió al signor Andrea de que ya asomaba la cabeza del naciente, insólitamente cubierta de espesa y recia pelambre negra. Ser Pietro se arrodilló y santiguó. Y mismamente, cuando el médico, que era de la escuela de Padua, se disponía a tomarle el pulso a donna Becca, entró por la chimenea, jabalina de plata, la terrible fúlgura, acompañada de un redoble de horribles estampidos. El rayo se dirigió, como guiado por aguja amalfitana, hacia la cabeza del que venía al mundo, giró sobre ella como acariciándola, y siguió hasta el gran tapiz que colgaba sobre el estrado, y en el que estaba representada la entrega del título de Noble del Sacro Romano Imperio, por Enrique IV el de Canosa, a Giovanni Fantini della Gherardesca, sexto abuelo del niño que nacía en tan terrible ocasión; del tapiz, en el que redujo a ceniza solamente la parte que figuraba la ostensible bragueta del emperador, el rayo fue a quebrar dos lanzas que, junto a la puerta, recordaban en astillero de cedro antiguas jornadas militares de la estirpe, y dirigiéndose a la chimenea, salió, envuelto en humo, a morir quebrando un viejo olivo en el huerto, bajo la granizada.

Cuando el rayo se hubo ido, los que estaban presentes en el salón, permanecieron unos instantes paralizados, tanto por el terror como por el asombro de lo que habían visto. Que fue que el rayo, al girar sobre la cabeza del niño, hélice ígnea, lo arrancó del vientre de la madre, y lo llevó con él hasta el tapiz, en el que la criatura desapareció, mientras el rayo, ya solo, seguía hasta las lanzas y la chimenea. Corrió ser Pietro hacia el tapiz, por ver qué había sido de la criatura —que si era niño o niña aún no se sabía—, y no encontró ni rastro de la infantil prenda suya. Todo su rostro era un charco de lágrimas, desde los ojos a la punta redonda de las canas barbas, y no osaba decir palabra. El médico Andrea della Garda, auscultaba minuciosamente la fronda de fondo del tapiz, el gran roble al pie del cual se arrodilla Giovanni Fantini, y la Selva Herciniana, que se extendía, oscura, por montes y valles, tras el imperante de

Romanos.

—¡Aquí está! —gritó, alborozado, el médico.

Y con el bisturí paduano, fue apartando poco a poco las hojas del laurel que coronaba la cabeza del abuelo Giovanni, y en la pequeña cuna que hacían las dos ramillas al unirse por el tallo sobre la cabellera rubia del ennoblecido Fantini, dormía pacíficamente, chupando el pulgar, el primogénito, varón. Al que con el paso del rayo por su cabeza, el pelo negro que mostraba al salir al mundo, se le había vuelto sobredorado. El niño olía a como cuando se quema laurel para ahumar embutido, y el propio rayo le había atado el cordón umbilical. Lavado y vestido le fue entregado a donna Becca, que ya había vuelto en sí, ayudada con unos sorbos de grappa, del desmayo que hubo con el estrepitoso paso de la fúlgura. El paje que acudió a servir la grappa se avergonzaba de ver los bellos pechos desnudos de donna Becca, y miró hacia la pared, pero fue lo mismo, que todos los espejos reflejaban la insólita y rotunda blancura.

—Las estrellas y el rayo le conceden fortuna militar —dijo el signor Andrea, abriendo los brazos para estrechar con ellos a su amigo ser Pietro Fantini della Gherardesca.

La tormenta se alejaba, y cesaba la lluvia. La comadrona abrió una ventana. Se escuchaba lejano el repique de la campana Catalina, cantaban los mirlos en los manzanos, pasado el susto de la tormenta, y las golondrinas volvían a sus rápidos viajes sobre los rojos tejados de Borgo San Sepolcro.

Veinticinco años después, cuando ya Fanto Fantini della Gherardesca, Fanto el Mozo, había demostrado varias veces su rapidez en la carrera, flanqueada por la izquierda la banda enemiga militar, y su habilidad para emboscarse en los caminos que llevaban a Siena o a Bolonia, fue recordado que nació ayudado de un rayo, y también el escondite que este le dio, no más nacer, en un tapiz, en el palacio familiar de Borgo San Sepolcro, en la plaza que llaman dalla Torrenera. Y en lo que toca a sus fugas, se advirtió que algo de la naturaleza huidiza del rayo había quedado en él.

II

CUANDO Fanto contaba cinco años de edad, llegó la peste negra a Borgo San Sepolcro, y se creyó que la había llevado a la ciudad un genovisco que trataba en simiente de pino manso, y tenía fama la semilla de Génova porque se aseguraba que era de los pinos del camposanto. Al genovisco siempre lo acompañaba alguna linda muchacha, muy vestida a la moda, que el mercader alquilaba por semanas, cobradas por adelantado, a la juventud aristocrática, y alguna fue muy bien vendida a un rico heredero que se prendó de ella, como una tal Leila, berberisca, en la que Pier Aliprando degli Aliprandi hubo dos hijas, y fue bautizada con el nombre de las mártires del día en la que la sacaron de pila, que fue el de las santas Verísima, Pomposa, Capitolina, Romana, Rolindes. Muerto Aliprando jugando cañas en un campo, casó la Verísima con el banquero Marco da Porta, a quien la mora, entre las caricias muchas le pasaba lecciones de Mahoma, y el banquero se pasó secretamente al Islam, y solamente se le conocía la nueva doctrina en que habiendo sido muy afecto al jamón, ahora no lo tocaba, y aún se le llenaban los ojos de lágrimas al verlo, pero se apartaba con la boca cerrada por amor de Leila. Llegó la peste negra, digo, y se llevó a los padres de Fanto, ser Pietro y donna Becca, a su padrino, el médico Andrea della Garda, y a la nodriza Camillina, y aun al paje de la grappa, que nunca pudo dejar de soñar con los pechos de donna Becca, y quedó huérfano y sin parientes ni criados nuestro Fanto, bajo la tutoría del cavaliere Capovilla, que lo era de San Juan en Rodas, y primo carnal de su señor padre, amén de hermanos de leche, que durante siete meses la tomaron de la misma burra, capa blanca isabelina, conventual de San Francisco. El cual caballero Capovilla, desde el primer día de su potestad, comenzó a instruir al huérfano en el arte militar con batallas por mapa, en las armas, en altanería, y en arengas en lengua griega, por si acudía a librar a Constantinopla del turco. Crecía Fanto robusto y alegre, amigo de escuchar historias, gracioso el fino rostro enmarcado por la rubia cabellera, hija del rayo de su natalicio. Con el cavaliere Capovilla hacía Fanto grandes cabalgadas en las noches de primavera y de verano, y a hora de alba caían en la vecindad de algún castillo, umbro, lombardo o toscano, y entonces el tutor explicaba al atento pupilo lo fácil que sería, con sólo dos docenas de hombres bien armados, enseñorearse por sorpresa de aquella fortaleza, en la cima de una colina en la que los cipreses presidían la asamblea de las viñas en flor. Dejaban los caballos, y se aproximaban, escondiéndose de ciprés en ciprés, y se separaban para rodear el castillo, haciéndose señas con el canto del cuclillo para darse mutuamente el puesto, y se acercaban luego al puente levadizo, esperando que fuese levantado el rastrillo, que sería la ocasión de entrar al asalto, disfrazados de lechera, o de pescador de caña que traía un regalo de truchas para el señor marqués. Se retiraban después de levantar mapa, por si algún día hacían realidad el asalto. A veces, robaban algún cordero, en recuerdo de uno que había comido Alejandro en Persia, y si encontraban una moza en una fuente, fingían que la forzaban, y a sus gritos huían,

dejándola desnuda.

—Todo esto, querido Fanto —decía el cavaliere Capovilla—, forma parte del oficio, y cuando estés en edad te estrenarás, y lo único que siento es no poder hacer ante ti una demostración de reglamento de los sanjuanistas, de piernas aparte y salto, porque el reuma me ata las rodillas, y además va para cinco años que se fueron para no volver mis alboradas venéreas. Que tomada como lección prima de fornicio, no sería deshonesto que me vieses en el trabajo. Y digo *prima lectio*, porque luego *secunda et tertia* esas cada uno las busca, y son cosa de cama blanda y reposada, que no de la violación castrense que ha de ser rápida y brutal, con desgarrar de ropa, mostrando más ansiedad que regocijo, aunque en el trance, como suele algunas veces, siendo la mujer hermosa, se abra amor en tu corazón, y quisieras eternizar la caricia.

Fanto escuchaba en silencio las graves lecciones de su tutor, y se le ponían congojas de sudor y melancolía mientras no llegaba la edad de estrenarse.

Tenía ya Fanto trece años, y dominaba a Donatus y Euclides, sabía encaperuzar el azor, todo de armas y caballo, *ordo lunatus* y marcha flanqueado en lo que toca a campaña, y voces venecianas y griegas. Iba para alto, la cabellera sin perder de su oro, los ojos celestes con el mérito de unas largas pestañas oscuras, y siempre la sonrisa en la boca. El cuello largo y la cintura estrecha confirmaban su esbeltez, y por el ejercicio de armas, se le alargaran los antebrazos y se le redondeaban las piernas, en las que lucía el fino tobillo heredado de donna Becca. La palabra gentileza valía para decir la estampa del aprendiz de capitán, que el signor Capovilla no dudaba de que lo sería y famoso. Fanto tenía la voz alegre y la mirada amiga, y un buen corazón.

Como la fortuna de los Fantini della Gherardesca no era mucha, el cavaliere Capovilla, dueño sólo de una pequeña quinta en el arrabal, de la que había hecho heredero a Fanto, andaba, cuando este entró en los quince de su edad, dándole vuelta en el magín a una boda del mocito con una dama rica y de ilustre familia. En Borgo San Sepolcro mismo había dos hermanas gemelas, que enviudaran el mismo día, una de un abanderado de Gattamelata y otra de un segundón de los Orsini, quien ya estaba preconizado obispo de Cittá del Monte, esperando los dieciocho años y las órdenes menores y mayores, pero lo dejó, porque estaba empeñado en imponer en las cortes diversas de Italia el baile agarrado. El abanderado murió en un vado de un río de una flecha perdida, y el que había ido para obispo, cayó de un tejado abajo, yendo a la captura de un gatito bizantino que se le había escapado a su dulce esposa. Las gemelas eran el vivo retrato la una de la otra, y messer Capovilla, que se había hecho ávido de oro por amor de Fanto, y por ponerlo en el mundo tan rico como gentil era, llegó a soñar que puesto que nadie las distinguía, que Fanto casara con las dos, a las que canonicamente serviría, con lo cual no había que partir la herencia de las gemelas Bandini dell'Arca. Il cavaliere Capovilla estudiaba, medio adormilado en las siestas del carnero que hacía, el caso de Fanto y las dos bellas, y no encontraba dificultad alguna, ni en fiestas —que saldrían las hermanas por turno—, ni en preñeces, y si las

dos estuviesen para parir, y una se adelantase un mes o dos, sería caso de Escuela de Salerno, como el de aquella panadera que dio a luz un niño el día de San Juan y otro el día de San Roque, mes y medio después. Fue muy notorio el asunto, tanto en médicos como entre glosadores de Bolonia. Los primeros llegaron a la conclusión de que la panadera tuviera dos preñeces a un tiempo y de dos viriles diferentes, lo que llevó al marido, viéndose publicado de cornudo, a colgarse de una viga del horno; y los segundos trataban de establecer en derecho cuál de los nacidos era el primogénito, lo cual dio lugar a sabias consultas y eruditas disertaciones, y canonista hubo que inventó una *Lex romana* sobre el asunto, y descubierto tuvo que huir a caballo, y como tenía buena letra, terminó en los almacenes de Venecia, especializado en poner «*bianco*» en las barricas de Vernaccia. Se llama este glosador Bettobaldi dei Bettobaldi, y era un hombre pequeño y triste, y picado de viruelas, y siempre con el miedo de que sus antiguos colegas boloñeses le diesen muerte, por el descrédito que sobre ellos había echado inventando una *Lex Claudia* que decía que los segundos eran los primeros, y como un canonista irritado afirmaba que donde lo encontrase le haría tragar la famosa ley, Bettobaldi en las horas libres se ensayaba en tragar pelotas de papel, lo que llegó a hacer muy fácil, con gran admiración de sus compañeros de almacén, quienes lo sacaron de número de magia en un carnaval.

El signor Capovilla pidió audiencia a las gemelas para darles el pésame y presentarles a su vecino Fanto Fantini della Gherardesca, y el cavaliere de hábito de San Juan y Fanto a la florentina, de verde y oro, fueron a la visita.

—Tú —le advirtió Capovilla a Fanto—, haciéndote el asombrado de tanta hermosura, y el más del tiempo con la mirada en su boca.

Estaban las dos gemelas sentadas en el medio y medio de la gran sala, por el mucho calor de aquella primera hora de una tarde de julio, y una doncella suya de cámara paseaba a su alrededor dándoles aire con un paño que de vez en cuando mojaba en el agua de una jofaina de plata. Del negro de sus trajes salían los redondos hombros y los finos brazos, nieve que amaneciese en las tinieblas. Los ojos eran violetas posadas en la penumbra, y pronto, tras las palabras de pésame del cavaliere Capovilla, aparecieron en el rostro de las hermanas unas tímidas sonrisas. Fanto sonrió a su vez, y no pudo evitar el levantar la mano derecha, que sostenía el guante de seda, como si intentase ahuyentar unas mariposas. Las viudas lo acariciaban con sus miradas, y Fanto sentía como se encendía fuego en su sangre. Ni él ni las viudas escuchaban las doctas palabras del cavaliere Capovilla, quien hablaba de lo que incomoda al alma la soledad en la juventud. A una seña de las gemelas, la doncella dio aire a Fanto con el paño mojado, y el agua fresca le salpicó el rostro. ¿De modo, se preguntó y explicó Fanto a sí mismo, que amor es como galopar, desnudo de cintura para arriba, en su yegua blanca «Artemisa», en la hora calma que viene después de una tormenta de verano cuando de las hojas de los árboles aún caen gotas de agua? Fanto clavó las espuelas de plata en las patas de su silla, abrió los brazos, y gritó, interrumpiendo una cita de Ovidio en la boca de Capovilla:

—¡Vamos! ¡Ala! ¡Up, up!

Las gemelas gritaron a su vez, se levantaron de sus sillas cruzando los brazos sobre el pecho, y corrieron hacia la puerta, y como Fanto se levantase también y comenzase a galopar por la sala, girando sobre sí mismo como caballo de la escuela escalígera, haciendo la cabriola cortés, y tocando en ella con la frente en las rodillas. Las viudas se desmayaron. El cavaliere detuvo a Fanto —un narrador coetáneo de la vida del *condottiero* dijo, con notoria exageración, que por las bridas—, y no le dejó aprovecharse. El tutor y el pupilo, vuelto a púdica obediencia, se retiraron en silencio, mientras la doncella del refresco se tumbaba en el suelo al lado de sus amas, y dando un gran suspiro se desmayaba a su vez.

—No te impido —dijo messer Capovilla a Fanto el Mozo— venir nocturno en días alternos a saludar a estas desconsoladas señoras, y con el trato irás eligiendo la más de tu gusto, que algo diferente tendrán, un pelo, un gesto, una palabra o un suspiro, y harás inquisición de esto, si tomas partido por la monogamia. Y si no tomas partido, y quieres seguir el libre disfrute de ese jardín que tan a bragas te viene, y no encuentras distinción, habrá que pensar en hacerle a cada una una marca secreta, que solamente tú conozcas, y así con cada una de ellas podrás ser diferente, y esta diferencia harás que la conozcan por más amor y caricia a la preferida. Y ya estoy pensando que no habrá necesidad de matrimonio, y que lo mejor será que te regalen todo lo que necesitas de precio, desde armadura al mejor caballo, y te adelanten las liras que hacen falta para levantar una compañía toscana de *fuorusciti*.

El signor Capovilla, en su entusiasmo, se olvidaba de la breve edad de Fanto Fantini, y tosía, aclarándose la voz, para dictar una carta a los grandes capitanes de Italia en aquella hora, ofreciéndoles los inestimables servicios de Fanto el Mozo, al que daba de alta en táctica y estrategia... De las primeras visitas nocherniegas, logró Fanto, una cadena de oro y un pagaré contra los Strozzi, que sobraba para comprar un caballo en la feria florentina de San Juan. Corría la Cuaresma, con abstinencia de carne. Y apareció entonces en casa de las gemelas una tía suya, con cuatro hijos mozos, buscando cobijo, que su marido había desaparecido en un naufragio pisano. Lo que dentro de la casa de las gemelas la tía amaño, se ignora. Pero en Pascua Florida, la puerta del jardín estaba cerrada, y Fanto silbó variado una hora larga, imitó el relincho de «Artemisa», dio nombres a las sombras, sollozó, y nada. Y cuando ya se retiraba, el pensamiento sin palabras, el alma sin color y la sangre sin pasos, se abrió el portillo y apareció la doncella de la primera visita, con la jofaina de plata y el paño de refrescar, ayudó delicadamente a Fanto a sentarse en un mojón, y giró alrededor de él dándole una sesión de refresco, tras la cual se tumbó en la hierba, habiendo levantado las amplias faldas. Fanto cortó una rosa, la primera que abría en el rosal plantado cabe a la puerta del jardín, entrando a la derecha, y la posó delicadamente en el ombligo de la doncella. Y triste huyó, al bosque, desengañado de amor.

—Me lo temí todo, lo peor, cuando vi llegar a esa tía llorosa con sus cuatro torpes

garañones —comentó a Fanto Fantini el signor Capovilla.

Y con temor de que fuese anulado el pagaré, tutor y pupilo se dispusieron a salir para Florencia, a cobrar las liras en los Strozzi, y comprar un buen caballo.

III

CAMINABAN sin prisa hacia Florencia, contando con llegar a la ciudad del Arno la víspera de San Juan, que es cuando se corren los caballos y se hacen muestras de doma. Exigía también su pausa la yegua «Artemisa», que Fanto montaba, porque los muchos años le ponían un espasmo en la mano de cabalgar. Junio amanecía todos los días con sol, con bandadas de palomas en el aire, y el cuco agorero en los bosques. El cavaliere Capovilla le iba explicando a su pupilo las batallas que se dieron antaño en aquellas colinas, campos y vados, las más entre güelfos y gibelinos, con marchas y contramarchas, trompetería y banderas al viento, y le contaba de las familias que vivían en los almenados castillos, casi todas visitadas alguna vez por el crimen.

—Aquella torre fue de los Bracciaforte —contaba el signor Capovilla, indicándole a Fanto una que en un espolón sobre el río se alzaba octogonal, rodeado de una docena de pequeñas casas cuyos rojos tejados asomaban por entre las copas de los cipreses—, que eran los más avaros de los toscanos, siempre buscando donde meter el oro que atesoraban, que no lo vieran ni el sol ni la luna, y uno de ellos, llamado Latino Bracciaforte dal Piccino, porque no lo heredase un primo que tenía, que era su único pariente, se aconsejó con un médico judío que purgaba en Siena en menguante contra la doctrina de Padua, y por receta de este puso en polvo todo el oro de la familia, y cuatro veces al día, bebía una ración de él con leche de cabra, y el messer Isaac de Siena le fabricara un compuesto sutil que no dejaba salir el oro del cuerpo, ni por orina ni por mayores, que quedaba chapándole las interioridades. El día en que tomó la última onza áurea, murió ser Latino de repente, y el primo, que era un Montefosco de Malapreda, que son todos tuertos del derecho y zurdos, desde una abuela galicosa que tuvieron, tuvo el soplo de la muerte (hay quien dice que por un cuervo que amaestrara de correo), y se presentó en la torre con un esquilador que tenía un juego de raspadores catalanes comprados en la feria de Tortosa, y ambos se encerraron con el cadáver en una cuadra, y al cabo de dos días dieron por terminado el raspado del estómago y del triporio, limpiándolas del oro allí acumulado, que estaba dispuesto como escamas de pez, y fundido dio siete libras genovesas. Relucían los lingotes, pero hedían como si fuese excremento humano y hubo que fundirlos varias veces, y el Montefosco se pasaba las mañanas lavándolos con lirio de Pisa y aguas de anís, para que los banqueros florentinos no descubriesen que aquel era el oro del último Bracciaforte.

Los viajeros se detenían debajo de una higuera, que tendía sus retorcidas ramas por encima de un muro medio arruinado, y alcanzaban fácil los higos verdascos, que reventaban melosos entre las grandes hojas. El signor Capovilla le mostraba a Fanto el verde llano que cruzaba sinuoso el río entre chopos y sauces, y aprovechaba para continuar con sus lecciones de astucia castrense, contándole al pupilo como allí Ubaldo Cane de Cimarrosa, la víspera de la batalla contra los pisanos, había hecho

correr entre estos la noticia de que jurara solemne no pasar el río por el puente, sino vadearlo aguas arriba, y los pisanos se fueron al vado y clavaron estacas en el río, aguardando a messer Ubaldo en la junquera, pero Ubaldo no había jurado tal y vadeó el río aguas abajo, y les mandó recado a los de Pisa que la batalla la tenían perdida, que se fueran para casa, y que él no jurara nada de puentes. El capitán de Pisa murió de su ira por haber caído en la trampa, y messer Ubaldo pidió permiso para saludar el muerto, y como los suyos querían enterrarlo en su ciudad, el vencedor, que siempre llevaba consigo varias barricadas con pichones en escabeche, mandó sacar de una las aves, y escabechado se fue para Pisa, a hombros de sus tenientes, el infortunado Paolo Enza dei Mutti, que así se llamaba el crédulo hombre de guerra. Aun hoy se conoce el lugar de su sepultura, que el vinagre mata sobre ella las hierbas, y no se logra en su cabecera el laurel. El vinagre del escabeche que llevaba el signor Ubaldo debía ser de ese que en Roma llaman por mal nombre leche del nipote del Papa.

Porque signor Capovilla era un soñador de aventuras y memorión de libros artúricos y amadiseos, y por si había ocasión de que el mozo Fanto Fantini della Gherardesca conociese en las posadas a una noble y rica dama, propicia al matrimonio, llevaban ensayado que cuando entrasen en el patio de un mesón, se aparearía primero de su ruano el anciano, quien quitándose el sombrero de viaje, de ala ancha, tendría la brida de «Artemisa», mientras el mozo saltaba al suelo. La gente que estaba en el mesón, ya de almuerzo, ya para pasar la noche, salía a la puerta por ver quién llegaba, y cuando Capovilla veía que ya estaba presente todo el público, le hacía una seña a Fanto, este se quitaba el guardapolvo de dril, y aparecía en toda su gentileza, vestido de salmón y plata, al cuello cadena de oro regalo de las viudas Bandini. Fanto se descubría, se quitaba la redecilla que le sujetaba la larga y dorada cabellera, y pedía un vaso de agua fresca. Mientras bebía, apoyaba la mano izquierda en la cintura.

Los huéspedes se preguntaban quién sería aquel príncipe que les entraba por puertas. Algunos viajeros, adelantando con disimulo una moneda de plata al cavaliere Capovilla, que creían fuese escudero o mayordomo del mozo, preguntaban en secreto la condición de este. El signor Capovilla se hacía rogar, al fin guardaba la moneda, y contaba que su joven señor era un sobrino del rey de Romanos, que viajaba por completar su educación visitando las grandes ciudades de Italia, y que si montaba aquella yegua baya, que ya estaba en notoria ancianidad, era porque cuando niño, soñaba con galopar en ella hasta Roma, y aunque ahora ya «Artemisa» —que en el Imperio tenía tratamiento de *schlachtfraulein*, que quiere decir señorita de las batallas, que nunca fue cubierta—, cansada en las largas etapas, por si había oído las palabras con las que su joven amo dijera su sueño, y se había hecho ilusiones de pasar por Sant'Angelo el Tiber, la sacó al camino, no fuese, en su ausencia, a morir decepcionada en su cuadra del Imperio. La noticia del joven pasaba de oído a boca y de boca a oído por el mesón, se alababa el buen corazón del joven príncipe, los hombres inclinaban la cabeza al pasar ante él y las mujeres le sonreían. En otras

ocasiones el cavaliere Capovilla decía que Fanto era un rico heredero veneciano, otras que el duque de Provenza. El tutor no encontró en los mesones ninguna doncella de su gusto, y aunque no se opuso a que Fanto gallease algo, buscó que no repitiese con la misma. En la posada en que hicieron noche la víspera de su entrada en Florencia, a una anciana muy enjoyada, que viajaba con capellán y perfumista, y se sentara en el patio a comer bajo el níspero unas cerezas con bizcocho, mientras un paje suyo, sentado a sus pies, le cantaba a media voz una historia de un ausente lloroso, perdido en una selva, nombrando a gritos a la que amaba, acercándose a la dama el tutor con el pretexto de servirle un lavamanos, le susurró, confidente, que aquel joven caballero que en el otro rincón del patio se entretenía en acariciar las flores del glicinio, era sobrino nieto del dolorido de la canción, conocido por don Lanzarote del Lago, y de su mismo nombre. La dama admiró con larga mirada la belleza de Fanto, que estaba como metido en un estuche de oro en los rayos del Poniente, y suspiró. Una hora más tarde, la anciana señora se acercó lentamente a Fanto, y sacándola de una bolsita de piel le ofreció una sortija con un rubí diciéndole:

—¡Vale por las cenizas de un corazón!

Y corrió a refugiarse en su cámara, antes de que el sorprendido Fanto pudiera decirle ni una sola palabra. Don Lanzarote del Lago se quedó a solas con la noche, con el rubí en la palma abierta de la mano derecha, mientras tras los cipreses de Cellabiancha surgía la hoz de plata, la luna nueva.

—Mira tú, Fanto amigo, como podíamos dar la vuelta a Italia y aun pasar a otras naciones, tú de caballero secreto, usando diversos nombres, y yo cobrando por contar tu historia, hijo en busca de su padre, rey sin corona, príncipe misterioso que acude a una cita donde la muerte acecha. Fíjate en que yo estoy contando esta historia a una viuda que viaja con su hija, o al duque de Urbino, y tú estás en un jardín, y de pronto, llevado de súbita ira, desenvainas espada y siegas rosas, y al verlas caídas te arrepientes, recoges una y la llevas a los labios, suspirando, y yo añado que Isolda ha muerto y ha muerto Beatrice, y que quién te acariciará ahora el corazón... O que la rosa que recoges, te recordó la hija del que vas a dar muerte, y a quien amas, o tu propia vida, tan pronto entregada al hierro enemigo, que la rosa nace a la mañana y muere a la tarde, y es muy retórico latino. La viuda, que está de buen ver, te regala con una perla benéfica, la hija te manda un anillo con un nomeolvides verde, y el duque de Urbino una bolsa llena, para que puedas viajar disimulado y comprar confidentes, y un puñal envenenado para que no marres el golpe... Tras unos años de este teatro, montábamos una tienda en Aviñón o en Nápoles para vender los *souvenirs*, y regresábamos ricos a Borgo San Sepolcro, yo a morir, y tú a levantar una compañía y a dar buenas batallas junto a un río. ¡Ya me mandarás los partes de guerra!

¡Lanzarote del Lago, duque de Provenza, sobrino del imperante! Fanto despertaba

sobresaltado, dejaba la cama, y se asomaba a la noche y a las estrellas, y a la viajera luna. No podía soñar a un tiempo los sueños de los tres hombres que estaban en él, y buscaba quedarse con uno solo, hacerlo verdadero, destruir todo lo que le impidiese avanzar hacia ese ser humano único, que tenía un nombre y unos deseos. Cuerpos y voces que no reconocía andaban a su alrededor, le tropezaban, le obligaban a movimientos que no eran los sólitos suyos. Los nombres diversos eran como antifaces que le quemaban el rostro, y se miraba en los espejos y no se reconocía hasta que lograba arrancarse el que le hacía existir de aquella manera y en aquel momento. Huir, como cuando lo portó el rayo en la hora de su nacimiento. Rasgaba el nombre Lanzarote como quien araña con largas y afiladas uñas la piel de unas mejillas. No, no era odio. Era la viva necesidad de la libertad, de beber el vino que le placía, de soñar los sueños de Fanto, de no llevarse la mano a la frente a cada instante como el duque de Provenza. Si se vengaba, el crimen tenía que ser suyo, la sangre del muerto mojar su mano. Y el desesperado amor su propia desesperación. Y si el príncipe de Dinamarca se daba la muerte rodeando su cuello con una cuerda de áspero esparto de Tarragona, que fuera en su cuello, en el cuello de Fanto Fantini della Gherardesca, de Fanto el Mozo, donde quedase la rojiza marca. En Florencia compraría el caballo que precisaba, y a escondidas de su tutor se apalabraría con uno de los capitanes alquilados por la ciudad. Con su propio nombre, habiéndose recortado el cabello. Y el anillo de la anciana dama de la posada, con el rubí, se lo regalaría a la primera mujer que se le ofreciese, y se iría sin tocarla. Cuando ya se acercaba la hora del alba, Lanzarote del Lago, el duque de Provenza y el sobrino del emperador, cansados, se dormían dentro de él, y Fanto con ellos, los cuatro hundidos en un calabozo de agua verde, tibia y espesa, del que los libraba, como un rayo de luz, el canto del gallo. Entonces Fanto se encontraba solo, cada fantasma había huido por su lado, y el mozo, a puñadas, le decía su propio nombre a su pecho.

—¿Me reconoces?

El cuerpo respondía sonriendo a su verdadero habitante. Y Fanto se imaginaba batallas en campo abierto, hacia el sur, hacia más allá de las colinas vinícolas y de los alegres ríos, en la que hallarían muerte y enrojecerían el pico del cuervo los cadáveres del sobrino del imperante, el lozano duque de Provenza, y el nuevo Lanzarote del Lago. Golpeaba en su puerta el signor Capovilla diciendo que ya era hora de salir hacia Florencia, y en el patio del mesón «Artemisa» contemplaba con sorpresa y melancolía al caballo del cavaliere, un castrado ruano colitrenzado, que osaba mirada a los ojos y relinchar. Cada quisque sueña lo que puede.

IV

ENTRARON en Florencia a media mañana, y dejando las monturas en las cuadras del Hospital de San Juan, que estaba del otro lado del río, por el Ponte Vecchio fueron hasta la casa de los Strozzi a cobrar el pagaré de las viudas Bandini, y con los dineros en dos bolsas de paño azul con la divisa en oro de la banca, que era un gallo poniendo un huevo, bajaron al Patro a ver los caballos. Cada uno llevaba la bolsa bajo el jubón, contra el pecho. A la sombra de los plátanos estaban umbros, lombardos y saboyanos con sus caballos, y se oían los diferentes acentos invitando a los compradores a admirar aquellos bucéfalos, verles los años en los dientes, y correrlos si les placía. Al cavaliere Capovilla le pareció conocido un mozo que estaba con un tratante provenzal, que los de esta nación se denotan por el bicornio adornado con herraduras de plata, y se acercó a él.

—¿No eres tú, acaso, de la familia de los Saltimbeni, buenos escuderos, con casa en las afueras de Siena, según se sale por Porta Romana, a mano izquierda?

El mozo se destocó e hizo reverencia y dijo que sí, que era de esos, de veinte años cumplidos por San Benito, y que había llegado a la feria florentina para ver de hallar señor a quien servir, y que para comer durante aquellos días se asentara con aquel camargués, que lo tenía siempre lleno de picadillo de cabra salpresa y ajo, y agua bullida con higos salados, y su tarea era servir de intérprete entre su amo y un caballo que tenía, llamado Lionfante, que aunque entendía varias lenguas, siete entre germánicas y latinas, y las medias vueltas en aragonés, no sabía provenzal, ni quien fueran Arnaldo Daniel ni el Sordello.

—¿Y que tal es el caballo? —preguntó Fanto.

—Señoría —dijo el intérprete hípico—, como que me llamo Nito que no hay otro en la feria, y no sólo por lo que osaría llamar su don de lenguas, aunque más propiamente se llamará don de oídas. Es un tordo cuatroño, muy constante en el paso que tome, trote o galope, y si se le pide en camino un esfuerzo, lo da, y se le nota que le gusta la carrera, que no como otros, que parecen que van corriendo y a la vez mirando la hierba. No le asusta el ruido de la pólvora, que está probado con arcabuces, y el camargués hace la prueba de ponerse de pie en la silla y disparar al aire sus pistolas, y «Lionfante» se está quieto. Ni una matadura tiene, ni una polpa, ni un regordo venado, es mestizo de húngaro y toscana, vadea con agua hasta los belfos, no relincha en las noches de guerra en el campo aunque anden cerca yeguas, no repelucha si pasa el lobo, y dándole a oler una prenda de un enemigo, le sigue el rastro como perro. Aquí lo tenemos apartado, detrás de San Giacomo il Maggiore, guardado por un perro, un braco vagabundo que se aficionó a él, y «Lionfante» le corresponde, que ambos se rascan mutuamente y se buscan las pulgas. El can se llama Remo, y el camargués, mi amo provisional, dice que fue el propio perro quien declaró su nombre, tomando un palo en la boca y dibujando las letras en la arena. ¡Habría estado empleado en la comedia, de can de corte del rey Pantalone! Atiende voces en latín,

quizá porque nació en casa de cura, da y porta la perdiz, y con una bolsa al cuello, va por vino a la bodega, y lo elige él, oliendo en la pinga de las billas. Sabe soplar el fuego en las acampadas nocturnas, y da la mano. Andará por los cinco años cumplidos. Y yo le tomé cariño, y si tuviese un par de escudos se lo compraría al camargués, que «Remo» es buen compañero. Diré que sabe cuando estoy triste, lejos de mi casa, añorando los cuidados maternos, la fiesta y las carreras de caballos en la piazza, yo llevando la bandera de la Tartaruga, y ofreciendo el volteo y el revuelo a una mocita rubia que estrena escote bordado; digo que estoy nostálgico, ensoñando el aroma de mi ciudad, y «Remo» se da cuenta, y se acerca a mí, pone su cabeza en mis rodillas y me lame la mano, rumorea, y yo sé que me dice que él también está añorando, y que el elegir libremente y solitario las veredas que uno quiere, eso lo paga el alma.

Decidieron ir a ver a «Lionfante» tras San Giacomo il Maggiore, y de camino Nito Saltimbeni le preguntó al cavaliere Capovilla cómo le había conocido la familia, y el tutor dijo que por la nariz acaballada y las orejas puntiagudas, saliendo insólitas, como de zorro, por entre el espeso pelo rojo, y que cuando él estaba en Rodas con los de San Juan, que de su cofradía era, aunque retirado por una hernia doble y la edad, había allí con tres comendadores toscanos tres Saltimbeni, y los tres con el mismo efecto de orejas, que cuando iban juntos por la calle, parecía que salía una comparsa al aguinaldo.

—Las orejas y el pelo rojo, señor caballero, las llevamos con honra, y cuando nuestras madres van a parir, hacen novenas a San Jorge (que también las tenía así, y por eso oía el lejano ronquido del dragón), pidiendo que salgamos con estas señas familiares, y los más salimos.

—¿Y los que no salen? —se atrevió a preguntar Fanto.

—Andan mustios, se hacen sacristanes o zapateros, beben para olvidar, y si alguno se casa y el hijo sale a la familia, entonces el padre parece resucitar y anda con el crío en brazos, y un tío tuve que salió de pelo negro y sin orejas, y ya mozo decidió salir de Siena, se tiñó y se hizo unas orejas de piel de cerdo, pero en una pelea le cayeron, fue descubierto, y con la vergüenza se ahorcó.

El camargués, que apenas entendía lo que se hablaba, y creía que todas eran alabanzas de Nito a Lionfante, no hacía más que asentir con la cabeza, aplaudiendo con sus manos peludas. Era un pequeño gordo, con el vientre caído, cinchado en rojo, y de vez en cuando se detenía para darse aire, entornando los ojillos negros, y abriendo la boca, que dejaba ver lo largos y espatulados que eran los cuatro dientes que le quedaban. Se llamaba Guillem y escupía de lado.

Allí estaba, atado a la reja del claustro pequeño, junto al ábside, el famoso Lionfante, con «Remo» haciendo la siesta del rey contra sus patas delanteras, y el tordo les gustó a los compradores. El camargués Guillem mostró los dientes del tordo, el cavaliere Capovilla lo tentó por bragas y pectoral, le olió las orejas no tuviese sudor interno, y mandó que lo pasease Nito sin montarlo, e iba muy suelto, la

cabeza levantada, doblando sobre el paso. Pidió permiso Fanto al camargués para montarlo, lo que obtuvo, e hizo el mozo varias carreras, por el empedrado de chapacuña y por la carrera de tierra, y soltando las riendas lo llevó a la voz y con las rodillas. La gente que salía de misa de doce se paró en el atrio, y Fanto aprovechó para ver hasta donde llegaba la doma de Lionfante, mandándole en toscano y en griego, y dándole la atención con las rudas palabras de los lansquenets, y todos admiraron la insólita belleza del joven príncipe y el poder y figura de Lionfante.

Abreviando, el trato se hizo, y aprovechando que quedaba vacante Nito Saltimbeni fue apalabrado como escudero, y el perro «Remo» dio tres ladridos para decir que allí estaba, y tomando por sorpresa con los dientes el bastón en que se apoyaba un clérigo que había asistido a la carrera y al regateo, y que declaró haber sido muy jinete en su mocedad, el can trazó en la arena unos signos y se sentó a la diestra de ellos.

—No entiendo la letra —dijo Nito—, pero está claro que «Remo» se niega a abandonar a Lionfante.

«Remo» movió la cola, y afirmó con la cabeza.

El clérigo sacó de una bolsa de piel de serpiente unos grandes anteojos dominicanos, y miró y remiró los signos.

—Para mi ciencia —dijo—, estas son letras etruscas.

«Remo» ladró con un acento que nunca le habían escuchado ni Lionfante, ni Guillem, ni Nito.

—Etrusco, etrusco —afirmó el clérigo.

Y «Remo» acudió a devolverle el bastón y darle la mano. El camargués pidió dos escudos por «Remo», que era un braco puro, como los que maestro Benozzo Gozzoli hizo salir en la cabalgata de los Reyes Magos, y dijo que pues el trato había sido tan fácil y tan amigable, que él iba a buscar una rubia y después a comer algo, y que convidaba a parmesano y vino. Liquidó con Nito y fuese.

De regreso a Borgo San Sepolcro, a los pocos días comenzó a sudar el signor Capovilla y a quejarse de un punto fijo en la nuca, asqueó el cordero con arroz y los huevos hilados, pidió confesión, y pasó al otro mundo con un quejido. La antevíspera de su muerte había recibido carta de su amigo el condottiero Nero Buoncompagni, que entonces estaba por Pisa, diciéndole que necesitaba un teniente para golpes de mano y que parecía convenirle aquel Fanto Fantini della Gherardesca. Enterrado el signor Capovilla, y dejando los bienes que tenía en Borgo San Sepolcro a la administración del escribano ser Piero Fontana, Fanto se despidió de «Artemisa» que se la cedía al párroco de San Félix para que la sacase de respeto engualdrapada en las procesiones, y dispuso salir a las guerras de Italia, Nito en un bayo alucorado que tenía de propio y había corrido en Siena, y él en su Lionfante, con el que ya había amistado. «Remo» iría delante, alegrando con sus correrías el camino. Pensó el mozo en dejar un pañuelo con su cifra atado al fálico llamador de la puerta de la casa de las viudas Bandini, pero se dijo que andarían vigilantes los cuatro primos garañones... En tres jornadas se puso Fanto en el campamento de Nero Buoncompagni, que lo tenía en lo alto de Vesprano, sobre la hoz del Arno, y estaban las tiendas como octavas del Ariosto alrededor del pabellón del capitán. El abanderado, que era un tipo alto, seco, mellado, la cara labrada por dos cicatrices cuchilleras, le dijo que Nero Buoncompagni lo recibiría al siguiente día, después de la santa misa, y que por aquella noche se acomodase en la tienda vacante del luogotenente. Michaelle da Caprasarda, que iba a un negocio en Milán. La tienda del luogotenente Caprasarda estaba en la fila exterior de ellas, donde el campamento ocupaba la falda de una colina. Desde su puerta se veían los faroles encendidos en las calles, las hoguerillas en las que los soldados se afanaban haciendo la cena, el embanderado pabellón del condottiero. Llegaban a la tienda de Fanto voces, canciones, relinchos, ladridos, todo el eco sonoro de la vida del campamento. Fanto decidió que Nito encendiese también una hoguera para asar las morcillas que le había regalado de despedida el cura de San Félix, y «Remo» se sentó junto a un regato que iba al Arno, a vigilar el vino, que refrescaba en el agua montañesa. «Lionfante» se acercó a Fanto, que se sentaba en el taburete del luogotenente, y apoyó su cuello en el hombro del amo. Nito encendió yesca, y pronto las ramas reunidas para la hoguera se hicieron viva llama roja y azul. Un viento fresco saludó

al mismo tiempo la perrera de Fanto Fantini della Gherardesca y su primer fuego militar. El viento movía la espada colgada en el poste de entrada, y la golpeaba contra este. Los murciélagos daban una vuelta para evitar el humo, al que el viento doblaba, empujándolo contra los matorrales, queriendo para sí mismo toda la amplitud de la estrellada noche sin luna.

—«Lionfante» se puso ante su dueño, y solemne, le habló por vez primera:

—¡Buena suerte, señor capitán! ¡Es la tramontana!

El viento silbó fino, como suele el boreal en las llamadas del verano, para probar lo que el caballo decía.

ALGUNAS FUGAS Y CAMPAÑAS DE FANTO

La vida militar del señor capitán Fanto Fantini della Gherardesca está muy estudiada, y figura en los libros que al arte militar en la Italia del Cuatrocientos y el Quinientos le fueron dedicados. Con Nero Buoncompagni, y siempre montando Lionfante, el capitán Fanto el Mozo hizo la guerra llamada de los Montes, y estuvo en la batalla campal de Valterra, en la que por el comportamiento suyo en aquellos largos y fatigosos golpes y contragolpes en los sombríos desfiladeros apeninos, Nero le dio el mando del ala izquierda, en la que la más de la caballería era samboyana. Fanto desbarató en Valterra la infantería del papa —tal huyó que perdió cuatro sacos de polvo de perejil, cinco arcabuces, regalo secreto del gran turco al romano pontífice, y el tiple de maitines, que era un castrado de buena familia, calvo, y que en las representaciones teatrales en la corte de Roma, salía de Colombina, por las torneadas piernas—, y flanqueando el centro vino hallarse tras la artillería, a la que copó sólo con decir que estaba allí. Los romanos se rindieron, y su comandante explicó que Fanto había surgido de la niebla, como fantasma de otoño, justo por donde los artilleros en vez de la caballería saboyana, esperaban el risotto de las doce, con tropiezos de vaca. Hecha la paz, Nero le dejó a Fanto elegir una banda montada, para que se ganase el pan en las discordias toscanas o a sueldo de Venecia, y el joven capitán, recordando las enseñanzas militares del finado signor Capovilla, formó un golpe de veintiocho montados, con el cual se puso en alquiler, sirviendo a siete amos diferentes en sólo dos años, tras los cuales pasó a servir a Venecia, en tierra firme y en las islas de Grecia. Su arte era el de la emboscada, y etimológicamente hablando. Venía la compañía enemiga descuidada, con sus banderas al frente, los clarines ensayando con la voz agria de sus instrumentos las órdenes y los toques de saludo y parada, y el capitán comentando de alianzas, pagas atrasadas y venenos resolutivos, y si convenía que hubiese escalafón, cosa en la que insistían los sargentos, y si se podía o no echar al naipe una batalla en la que entrasen fuerzas iguales; digo que estaba en marcha la compañía y se acercaba mediodía, y llegaban los que habían quedado atrás esperando en una panadería a que saliese la hornada, y el oficial que iba de batidor veía en un altozano un bosquecillo de álamos y un prado verde, señal de fuente, y acordaban almorzar allí, y ya los más de los soldados se apearan de sus monturas, y abrían las bolsas y destapaban la bota, olían el salami y el prosciuto, y se derramaban, tras soltar los caballos en el prado, buscando la fuente prometida y la dulce sombra, cuando el bosque de álamos se abatía, derribado por un leñador invisible, y no era tal bosque sino Fanto el Mozo con los suyos. La compañía pedía paz, daba la mitad del salchichón y del vino, y se rescataba con dinero. Y Fanto se iba con los suyos, y la colina quedaba como era, pelada y arenisca, y no había ni fuente ni prado, sino algunos conejos que corrían asustados, y una zorra que «Remo» fingía acosar, y que huía por el barranco.

Pero la misma osadía de Fanto y su concepción intelectual del encuentro armado, le llevó a cometer graves errores, ya que tropezaba con enemigos sin

imaginación, que por un quítame allá esas pajas iban al cuerpo a cuerpo, y moría gente en las batallas. Fue la filosofía castrense de Fanto el Mozo la que lo llevó alguna vez a la derrota, e incluso a caer prisionero de sus mayores enemigos. Habiendo estudiado esas prisiones de Fanto, de las cuales supo siempre librarse, narramos algunas de sus fugas, y entre ellas la que logró de una prisión creada conforme a geometría, y siguiendo una de las más finas construcciones de Arquímedes, por el paisano del capitán, fra Luca Pacioli.

I

LO último en desaparecer bajo las ramas desnudas de los abedules —¿por qué estaba seguro ahora de que eran abedules?—, fue la cabellera rubia. El día anterior, usando agua franchipana, las doncellas que la acompañaban, con cepillo de pelo de tejón y esponjas de Mesina, le habían aclarado el oro viejo que había preferido en las últimas semanas. Una pequeña luna amarillenta se detuvo un instante bajo las ramas, decreció y, al fin, se fue. Los abedules se hundieron en la oscuridad; antes de que se esfumaran del todo, un ave voló desde una rama del primer árbol a otra del más lejano. Su vuelo le recordó el de la becada, la tejedora del aire, a la que solía acertar con la flecha en los pantanos de Clavigiere; pero, no, no era una becada, sino un pájaro multicolor que dejó en el aire una huella azulada formada por nubecillas que descendieron lentamente, como copos de nieve en noche sin viento. Se dijo a sí mismo la palabra noche, porque verdaderamente anochecía en el espejo. Sombras profundas cayeron en él, como pesados telones de boca, y de pronto, como de costumbre, el espejo volvió a ser un espejo y a reflejar lo que veía, comenzando por el propio Fanto que estaba ante él con el candelabro de dos brazos en la mano derecha, mientras la izquierda descansaba en el puñal milanés que colgaba de su cinturón de piel de nutria.

Dama Diana se había retirado a su palacio secreto.

—¡Buenas noches, alma mía! —se despidió el condottiero, y sopló, apagando las dos velas.

Fanto salió a la terraza, y vino hacia él, a latir junto a sus piernas, su braco «Remo», ansioso de caricias, y mientras el capitán pasaba la mano por la cabeza del fiel compañero, contempló las estrellas y dijo en voz alta, por consuelo de su soledad, los nombres de las que reconocía. En aquel momento se olvidaba de que estaba solo, dispersa su banda, escondido en aquella torre arruinada, buscado con acero y con venenos resolutivos por cien enemigos diferentes, sin oro en la bolsa, alimentándose de lo que, nocturno, le traía su criado Nito, quien gracias a una llaga abierta con arte en el brazo izquierdo y a su fantasía había logrado de una joven viuda coja que le cediese su puesto matinal en la puerta de la iglesia de San Lorenzo.

—Deja que me siente a tu lado, y pon tu mano en mi nuca mientras te cuento mis desgracias. Es una costumbre de mi nación, y vale por jurar decir verdad.

Esto dijo Nito a la viuda, y ella, por si había en aquella confianza alguna trampa erótica, se puso un pañuelo del difunto marido sobre el vientre, y se dispuso a escucharle a Nito una larga y compleja historia de amores, duelos, naufragios, y finalmente de una espada embadurnada con una pasta venenosa, que le había abierto aquella llaga, cada día más roja.

—De las ganancias del puesto de San Lorenzo solamente quiero lo que haya menester para alimentarme. Los dineros todos serán para ti, y por la tarde trabajaré tu huerto, cuidaré y ordeñaré las cabras, y poniéndome una barba negra por no ser

conocido, y un gorro que me tape las orejas tan mías, iré a vender la leche a la ciudad. Y cuando por Pascua Florida vengan a recogerme dos hermanos míos, que estamos citados en el puente de Cremona, a mano derecha del caballo de mármol, te daré dos onzas de oro, en prueba de mi gratitud, y si me devuelven los bienes que tengo en mi ciudad, y con ellos una casa que tengo con dos huertos, te contrato desde ahora como ama de llaves, y añadido al sueldo una pamela con toquilla por San Juan y un par de zapatos forrados por San Martín.

—¡Siempre tuve deseos de una pamela del color de las lilas! —dijo romántica la viuda, quien aceptó el trato.

La viuda se vistió de alivio, compró una jarra nueva y dos vasos, y apartó la cama de la pared para que Nito pudiese meterse en ella cómodamente por el lado izquierdo, que era la entrada acostumbrada del difunto en el lecho nupcial. Nito, aunque veía muy sumisa a la viuda, le ocultó todo el asunto del escondite de su amo en la torre destruida de los Canavaro de Sexto, y explicaba sus ausencias nocturnas asegurando que iba al encuentro de las señales que le mandaban sus hermanos, que ya se acercaban. Como la viuda quedaba servida, no sospechaba nada. Nito pasaba el río más arriba de los molinos, y por el bosque, dejando los senderos llegaba a lo que quedaba del castillo de los Aldovissi, que la gente del país evitaba, pues desde que el último conde había degollado a la mujer con la que regresara casado de un largo viaje, y él mismo se echara a las llamas tras dar fuego a la casa, se veían fantasmas y se escuchaban voces y lamentos.

Fanto Fantini della Gherardesca no conseguía, en sus largas conversaciones con dama Diana, que esta le dijese a dónde se retiraba. Fanto había asistido en Florencia a una lección del señor Pico della Mirándola, en la que el joven maestro había explicado la realidad de la irrealidad, citando a Platón y poniendo ejemplos de obra alquímica. Si el condottiero había entendido bien, la irrealidad de dama Diana, hermosa mujer muerta en aquel castillo senense hacía unos cincuenta años —degollada ella y envenenadas sus doncellas—, garantizaba la realidad del país donde ella se refugiaba cuando dejaba su compañía, cada día más amoroso trato. Podía ser un fantasma, pero el lugar donde su apariencia se reducía a memoria y refugiaba en sombras, había de existir, sin duda alguna, y pues el Aldovissi de Canavaro la había traído de lejos, ¿no estaría lejana, más allá de los montes, más allá del Po, el refugio de donna Diana?

Las miradas de dama Diana pasaban como cintas de terciopelo acariciando el rostro de Fanto, y ella se dejaba tocar los labios con los lirios que, para su amo, el criado Nito robaba en los vasos en los altares de san Lorenzo. Fanto sabía ahora que, en cualquier momento, su proposición de acompañar a dama Diana hasta su refugio sería aceptada. Sumergiéndose con dama Diana en el espejo —en aquel espejo misteriosamente salvado del incendio, el espejo en el que ella se habría mirado, cuando viva, durante horas y horas, ya en expectación de amor, ya en amargas lágrimas—, y bastaría con que la bella lo llevase cogido de la mano, al final del

camino, Fanto pisaría tierra real. Analizaba, incansable, todas las posibilidades de fuga por ese medio, por ese único medio. ¿Dónde habían sido enterradas dama Diana y sus doncellas? En las conversaciones con dama Diana y sus doncellas, no aparecía jamás la palabra muerte. Nito le había contado que un talabartero que en la esquina de la plaza, en la ciudad, tenía fama de hacer las mejores cinchas de Toscana para el asnal, afirmaba que los cadáveres habían sido recogidos por el padre y los hermanos de dama Diana, y llevados a su país. Los abedules que él veía en el espejo cuando dama Diana se retiraba por él —un paseo con cuatro filas de abedules—, podían indicar que se trataba de un país del Norte, Aosta acaso, o Monferrato. Dama Diana se refirió una vez a la nieve. Fanto la adulaba y elogiaba su hermosura con versos de poetas antiguos y modernos y canciones, y una tarde le dijo el soneto aquel de Cavalcanti en el cual muchas cosas bellas lo son menos que la amada, y cuando habiéndolo recitado dejó caer los lirios a sus pies, y él mismo se arrodilló ante la dama Diana, ella, repitió, con su dulce y somnolienta voz, el segundo cuarteto:

*... aria serena quand'apar l'albore,
e bianca neve scender senza venti;
rivera d'acqua e prato d'ogni fiore,
oro, argento, azzurro n'ornamenti!*

—¡Blanca nieve cayendo sin viento! —murmuró—. Cuando niña, yo esperaba con ansiedad la primera nevada, y salía al campo a jugar con mis hermanos, y regresaba a casa con un jarro de plata lleno de nieve, y acercándome a la chimenea, presentaba la nieve al fuego, y el fuego a la nieve. Pero las otras nevadas, días y días la tierra cubierta de hielo, me entristecían.

Sí, de Piamonte, de Aosta, de Monferrato, de alguna vallina alpina. Allí podía Fanto aparecer sin riesgo alguno, que no era conocido, mientras sus enemigos lo buscaban palmo a palmo por Toscana y la Lombardía. Fanto conservaba buenos amigos en Venecia, y volvería a ir a Levante, en una nave embanderada, a mandar en una isla. Pero ahora había que salir de la torre quemada, burlar el cerco de los que habían jurado su muerte. Era seguro que dama Diana y sus doncellas estarían enterradas. ¿En una iglesia, en un camposanto? Pero él no debía entrar con dama Diana en su sepultura porque podría tener que quedar allí para siempre, enterrado en vida. Tenía que quedar fuera, y entonces huir. Tenía que conseguir de dama Diana que al igual que a ellas la acompañaban sus doncellas, a él le acompañase su fiel Nito.

Pero Nito, obligadamente, tendría que ir de la mano de una de las doncellas, y quizá fuese igualmente precipitado en su tumba.

—Dama Diana, voy a viajar contigo a tu país. Y me quedaré a tu lado para siempre.

—Romperemos el espejo al marchar —dijo, dama Diana—. Bastará con una sola

palabra.

—No nos separaremos jamás. Bajo las ramas de los abedules nos dirigiremos a tu lecho. La luna llena nos acariciará. Colgaremos guirnaldas de los abedules.

—Me gustan las guirnaldas de Pisa y los faroles de Venecia.

—Alegrarán las dos cosas, dama Diana, nuestra noche de bodas.

Cuando Fanto le dijo a su criado Nito que había de acompañarlo, cogido de la mano de una muerta, a través de un espejo hacia una tumba en un país lejano, el escudero nada objetó.

—Sé, señor, que amas mucho la vida.

Y Nito partió con el encargo de que la viuda tejiese guirnaldas con flores y ramas de laurel y de olivo, y que comprase o robase media docena de farolillos, venecianos con sus velas. Que le mintiese a la viuda que era para mandar aquellos adornos por un compañero, que pasaría secreto, a su casa, y que lo quería así adornada para recibirla en ella, que ya dejaba de pensar en tenerla por ama de llaves y comenzaba a soñar en matrimonio, que se había aficionado a sus pequeños pechos, y a sus muslos redondos y a cómo rebozaba las alcachofas... y ya estaban allí las guirnaldas, que Fanto unía ahora, con una gruesa cuerda que había encontrado en un sótano, y aquí y allá sujetaba uno de los faroles de papel rizado, en los que habían pintado mariposas y claveles. La cuerda quedaba disimulada bajo el follaje, y era de las usadas para subir a almenas las estrepitosas bombardas.

Y llegó la hora. Dama Diana estaba ante Fanto Fantini della Gherardesca tendiéndole la mano. Dos de las doncellas, en grandes bandejas de plata, llevaban los peines, polveras, jabones y aguas de olor que habían sido de difunta dama Diana y que quizás existían porque ella las soñaba. La tercera doncella le tendía la mano a Nito. El espejo abría su boca oscura, y al fondo comenzaban a verse los abedules, y más allá una fuente, y en lo alto de una colina una casa con torre, con una ventana iluminada por una luz rojiza.

—¡Es la hora! —dijo dama Diana.

Y Fanto el Mozo aceptó aquella mano pálida y fría que se le ofrecía, y avanzó lentamente con dama Diana hacia el paisaje. Y detrás las dos doncellas, y cerrando la marcha Nito y su compañera, portadores de las guirnaldas y de los faroles. Acariciaba el rostro de Fanto un aire tibio y perfumado. ¡También allá era verano! Volaban golondrinas. Descendían hacia los abedules por un camino pisado de arena.

—¡Daos prisa —dijo dama Diana—, que tenemos que colgar las guirnaldas y encender los faroles!

Ya estaban entre los abedules. Fanto y Nito, teniendo de la mano izquierda a sus compañeras respectivas, colgaban las guirnaldas. Para que Nito pudiese encender los faroles, la tercera doncella de dama Diana se sujetó a su cuello con ambas manos. Nito temió que fuesen garras. Y la operación, minuciosamente estudiada con su amo diez y veinte veces, se realizó con éxito. Nito, con su hermosa voz, cantó una canción de Florencia, y todos de la mano giraron bajo las guirnaldas y los seis faroles.

Bailaron gentilmente una conversa, con sus pasitos adelante y sus pasitos hacia atrás, y había que terminar la danza con un giro, las manos en la cintura, y la reverencia. Dama Diana y las suyas se dejaban embriagar por la danza. Dama Diana inclinaba su cabeza sobre el hombro del capitán.

—Le presentaré el fuego a la nieve —dijo casi sollozando.

Nito cantó los versos finales,

*un mazzolin di rosa e di viole
in mano!*

y todas las manos fueron a las cinturas, y las cabezas se inclinaron en la reverencia. Fanto y Nito aprovecharon aquel instante, libres sus manos de las manos de las muertas, para saltar a las guirnaldas, a la gruesa cuerda de artillería que las rosas y el laurel envolvían, y columpiándose, alcanzaron las ramas más altas, y desde allí vieron cómo se volvían ovillos de niebla rojiza las cuatro mujeres, ovillos que huían hacia la fuente y se perdían en el suelo, más allá de ella.

—Esperaremos a que amanezca —dijo el condottiero.

Lloviznaba. Pasó volando el ave que dejaba en el aire un rastro de nubecillas azuladas. Escucharon, próxima, la lechuza, que despertaba. Fanto quería visitar la tumba de dama Diana, que estaría por allí cerca. Nunca más volvería a ver a la hermosa. ¿Qué era lo que ahora le dolía a Fanto en el pecho? Se estribó en el cruce de dos ramas, con la cabeza apoyada en el tronco, y se durmió.

Entraba el alba por entre las ramas de los abedules, abriéndose paso con sus manos mojadas. Fanto y Nito se dirigieron hacia la fuente, buscando el lugar donde las muertas habían desaparecido. Si, estaría la tumba en aquella ermita, sin puerta. La lápida tenía una extensa inscripción en latín, alabando las virtudes de dama Diana, muerta por asesina mano e infundados celos a los veintiún años de su edad, lejos de la patria. Fanto no quería irse sin abrir la tumba, que pudo haber sido la suya. Una larga hora de trabajo, ayudados con dos hierros que arrancaron de una ventana, fue necesario para apartar la lápida. En un rincón de la honda tumba vacía, se apiñaron unos huesos como de niño, y en la cima del montoncillo descansaba una pequeña calavera. Por la boca entreabierta, por entre los dientes que conservaba, asomó una ratilla blanca que miró a los ojos del condottiero, con la misma mirada, que se transformaba en luz violeta en el aire, con que dama Diana lo miraba. Una mirada infinitamente triste. El condottiero se santiguó, y la ratita volvió a su nido.

—¡Adiós, dama Diana!

En el camino que iba hacia un casal, saludaron a un labriego. Estaban en tierras del marqués de Monferraro. Nito le mostró al labriego una moneda florentina sisada a la viuda. Salivó en ella y la frotó contra la manga.

—¡Es legal!

—¡Hasta un mes después de la siega, hay poco pan, y el vino anda caro! ¡Siempre

el vino anda caro! —comentó el labriego.

Pero la moneda de Florencia sirvió para pagar la parva meridiana de los fugitivos.

Para terminar la historia de esta fuga, conviene añadir que el perro «Remo», siguiendo órdenes, se trasladó a Verona, donde «Lionfante» estaba refugiado en casa de un cirujano, el cual anduviera con Fanto en dos campañas en Dalmacia. El cirujano amistara con el caballo, porque este era el único que no se cansaba de escucharle sus triunfos en el juego, y un quite que tenía de echar los dados sobre el dorso de la mano del cubilete. Allí esperarían perro y caballo noticias de su amo. Las noticias llegaron, y «Remo», con un collar nuevo en el que el cirujano había grabado a fuego en el cuero unas señas, salió a ladrar a las puertas de las casas donde se habían refugiado los hombres de Fanto. En quince días avisó a dieciocho, quienes leyeron la orden de marcha en el collar, y era que a la anochecida del día de San Bartolomé, estuviesen todos montados en un bosque que hay a mano izquierda, bajando de Génova a Pisa, donde dicen Minaro. No tenía pérdida la izquierda, porque a la derecha, bajando, está el mar.

II

VERO dei Pranzi se dirigió hacia donde tenían los suyos atado a un roble a Fanto Fantini della Gherardesca, y durante largo rato contempló a este en silencio. Vero se había puesto sus mejores ropas, con cintas de colores en la esclavina, y llevaba tras él a uno de sus pajes, dándole aire en la amolletada y colorada nuca. Era casi enano, mofletudo de rostro, estrecho de frente bajo la que, pasando un selvático bosque de cejas, se hundían unos ojos negros que las más de las veces miraban coléricos. Los brazos, en demasía largos, le llegaban hasta las rodillas, balanceándolos al andar, con lo cual parecía que marchaba tordeando un borracho. Le hacían zapatos de tacón doble en Bolonia, y para dar más alto, usaba además sombrero de pico con plumas, una moda que trajo a Italia aquel inglés Giovanni Acutto. Que anduvo con Catalina de Siena en las batallas que devolvieron el papa a Roma desde su palacio de Aviñón. Vero dei Pranzi era un capitán de reconocida dureza, cruel en los saqueos, generoso con sus soldados, sufriendo con ellos la aspereza del campo, pero sin ahorrarles la muerte. Vero mismo podía exhibir una docena larga de cicatrices. Se decía que estaba casado en tres lugares diferentes. Andaría por los cuarenta años. Los suyos habían entrado, nocturnos, en una granja, a robar un ternero para asarlo en el campo, que era dos días después la fiesta de San Crisógono de Aquilea, que es santo a la jineta, y tropezaron con Fanto, que iba secreto a Borgo San Sepolcro, y dormía a pierna suelta. Nito había llevado, en Lionfante, al can «Remo», a que le curasen unas anginas en Parma, y el capitán estaba solo, que dejara su gente en Rávena, en cuarteles de invierno venecianos. Fanto amaba pasar, cuando podía, en su ciudad natal los últimos días del otoño, no regresando a sus tropas hasta que catava el vino nuevo.

—Corren por ahí noticias, amigo Fanto —dijo Vero al prisionero—, de que has hecho dos canciones, una en la que alabas la hermosura de tu dama en un campo, en mayo, despidiéndote para la guerra, y otra en la que comparas con tu vida con las hojas del bosque en otoño, que el viento lleva de aquí para allá. Busca en tu memoria la primavera pasada, porque otra ya no verás. ¿Por dónde andabas?

Fanto recordó, y sonrió.

—Por Adria, cabalgando por caminos entre cerezos, pasando el río de Julieta por vados en cuyas orillas florecía el manzano, cargando en Copparo contra los señores de Guastalla, y haciendo paces por Venecia en el claro de una robleda, en Carpi, donde nos saludó el cuco. Florecían las viñas, y los prados de Viadana eran una alfombra verde bordada en oro y carmesí.

—No verás otra, Fanto. Tengo para ti en los montes más allá del Paso della Cisa, una torre cuadrada. Antes, pasaba a sus pies un río que iba tumultuoso al Secchia, pero lo desviaron los duques de Módena para hacer leguas abajo, y a media jornada de su ciudad, un jardín de septiembre. La torre se llama Aquilasola. Y habiéndose ido el agua, todo el país es de tierra arenisca donde no nace una hierba. No volverás a ver

verde en tu vida. Ya no hay prados en la vallina, y han muerto los chopos de la ribera. ¡Tierra rojiza, arenisca, tierra y solamente tierra! Te dejaremos allí con víveres para un mes. Oveja salpresa, claro, y un jarro de agua que administrarás prudentemente.

Vero rió, rieron los suyos.

—Las propias ratas abandonaron Aquilasola, Fanto, por ir a cualquier lugar de fuentes.

Y ahora estaba Fanto en la torre, encadenado a un poste en una cámara cuyo gran ventanal daba sobre un acantilado, al fondo del cual aparecía el cauce seco del río de antaño. Fanto podía acercarse hasta el ventanal, y sólo veía la roja tierra, las paredes del barranco en las que habían hecho surcos las lluvias, las rocas negras que asomaban aquí y allá. El viento levantaba nubes de polvo, que entraba por toda parte en la torre, se metía por entre las ropas, se posaba en las pestañas y en los labios. Fanto se tranquilizaba a sí mismo, diciéndose que era imposible que los hombres de Vero dei Pranzi callaran todos el que dejaban a Fanto Fantini della Gherardesca en una torre perdida en las montañas de la Emilia, y que a Nito le habría de llegar la noticia. Pero, ¿daría a tiempo con él? Fanto había decidido no comer aquella carne oscura y salada que le habían dejado en un tabal roto, en un rincón. Bebería del agua, a pocos. Calculó que no podría durarle más de seis días. Recordaba las lecciones del signor Capovilla:

—Sosegado, los ojos cerrados, extender ante uno el acontecimiento, como un mapa, y sin prisa, ir reduciendo el laberinto a sus líneas esenciales, dejando el pensamiento ir y venir por él, hasta hacerlo tan familiar y cotidiano como la casa propia, en la que conoces todos los rincones, y sabes de donde vienen todos los ruidos, y si la tabla que cruje es de las escaleras o del pasillo, cuando alguien sube o baja, o pasa silencioso. Como Julio César solía.

Dos eran los problemas de Fanto: el principal y primero, la subsistencia. El segundo secundario y necesitado de una ayuda exterior, la huida. ¿Alimentos posibles? El inventario era fácil de hacer: los murciélagos del rincón de la derecha y de la alcoba vecina. La cadena que lo ataba al poste era lo suficientemente larga para permitirle adentrarse en ella. Cazar los murciélagos a mediodía, colgados del techo, no era difícil. Estudió sus vuelos, la hora de retirada, los vio dar la voltereta para quedar colgados cabeza abajo y echar sus siestas. Probablemente volaban hasta el cauce seco del afluente del Secchia, donde tras los días de lluvia se formarían pequeñas charcas mosquiteras. Desde el ventanal, vio Fanto dos o tres mariposas doradas revolotear allá abajo. Los murciélagos comerían las mariposas y él comería los murciélagos. Esta noticia que se dio a sí mismo, disminuyó su asco ante los almuerzos que lo esperaban...

Había perdido la cuenta de los días pasados, y ya el frío no le dejaba dormir. Una mañana entró nieve por el ventanal, e hizo con ella pequeñas bolas que se llevó a la boca, y llenó el jarro que le dejaran con agua. Lo fatigaba la gimnasia cotidiana y hubo de abandonar algunos ejercicios, porque ya el cuerpo no le obedecía. En el

mapa tendido ante él comenzaba a ver la muerte. En el tabal con la oveja salpresa — al fin, la había devorado, quitándose la sed con la sangre exprimida del vientre del murciélago—, se veían mal trazadas, grandes letras rojas, y le parecía leer I VA NA, y Fanto completaba GIOVANNA, que sería una mujer con puesto de salazón en el mercado de Ferrara o de Guastalla. Una mujer joven acaso. Fanto adormilaba como drogado, sin pulso, casi sin fuerzas para cerrar los ojos, y de la caja salía una larga mano que le acariciaba la frente, le peinaba la perrera dorada, se posaba en su cuello hasta impedirle respirar. La mano era de huesos oscuros, cubiertos por una piel suave como de melocotón. Desde el otro rincón lo estaban vigilando unos ojos negros, que se agrandaban lentamente, y ya eran como bocas de pozo. Sentía la mano de Giovanna, dentro, en el corazón, y los ojos giraban a su alrededor. Se le ocurrió, en un momento en que la mano aflojó en su cuello, que debía decirse algo a sí mismo antes de morir, pero no supo qué. Y se abandonó a las tinieblas y al frío.

Volvió a la vida cuando un agua extraña le entró por la boca, y la sintió deslizarse como una sierpe de tibia piel hasta su estómago, en el que se desperezó. Pudo abrir los ojos, y lo primero que vio, un fuego que ardía en la chimenea, en la alcoba. No podía apartar los ojos de las llamas rojas que consumían rápidamente la resecada madera del tabal de oveja salpresa. Nito le hacía beber otro sorbo de aquella agua, y «Remo» le lamía las manos. Pero la mirada seguía fija en el fuego que consumía el tabal, las letras del nombre de aquella Giovanna. Ahora se daba cuenta que Giovanna le había hecho compañía, de que la había visto, joven y sonriente, bajo uno de aquellos toldos verdes del mercado de Ferrara, en la piazza, o de Guastalla, bajo los olmos.

Pasaron días antes de que recobrase la memoria, de que supiese verdaderamente quién era, de que reconociese del todo a Nito y a «Remo», de que pudiese salir al antiguo patio de armas a saludar a Lionfante, quien al verle se arrodilló y acarició con la cabeza las piernas de su amo. Nito le contó a Fanto que la amiga de un soldado de Vero dei Pranzi, dado de baja por unas fiebres con gran aparato de lobanillos, le había contado al capellán de las dominicas de Sapro, que su hombre, en los delirios, contaba algo de Fanto Fantini. El capellán escuchó delirar al soldado, y habiéndose corrido por el país que Fanto el Mozo había hallado mala muerte en una trampa que le tendiera Vero, mandó recados por saber qué pasara de cierto. Habiéndose enterado Nito por un antiguo teniente de Buoncompagni, fue a Sapro a averiguar lo que sabía el licenciado por fiebres, y este, que hedía en la cama y se veía morir, al ver en el aire una moneda que hacía jugar Nito como pelota de mano a mano, contó todo lo que sabía. Y la curiosidad del capellán de las dominicas venía de que era natural de Borgo San Sepolcro, y algunos veranos había jugado cañas con Fanto en la pineta, cuando tomaba vacaciones de latín y escolástica en Florencia.

—Lo recuerdo —comentó Fanto—, que era zurdo, y se decía que para órdenes mayores había menester dispensa.

Nunca, tras oído el soldado, creyó Nito encontrar con vida a su amo, y ahora

lloraba al decírselo, y cómo pensaba convocar a todos sus parientes de Siena para viajar con el cadáver a la ciudad natal del capitán, y hacerle solemne entierro.

Preguntó Fanto a Nito si alguien más que el capellán de las dominicas susodicho y zurdo, sabía lo que contara el soldado, y Nito afirmó que no, y que el soldado mismo, habiendo mandado comprar dos cántaras de vino con la moneda que le había dado, que era un medio escudo ferrarés, las bebió frías y palmó, y la moza había entrado para vainicas y bieses en las de Santo Domingo.

—En lo que a nosotros toca, nadie nos ha seguido. Y en Módena, cuando voy a víveres, creen que soy el criado del ermitaño de Roccato y sus pupilos, y el agua corro a buscarla en las horas oscuras a la presa donde fue desviado el río que por aquí corría.

¡El río! Fanto sonrió. Iba a burlarse de Vero dei Pranzi. Cuando este lo dejó encadenado en Aquilasola, destinado a morir de hambre y de sed, Vero le gritó que para Pascua Florida, cuando se reuniesen los condottiere que se apuntaran para ir contra lo que al papa le quedaba en Emilia Romagna, que contaría su fin, a los postres del gran banquete. La presa de desvío del río de Aquilosala estaba en una hoz, y era de cajones de madera llenos de guijarros, y como bóveda clave reforzada con tres vigas de roble que coincidían en el mero centro. Fanto inspeccionó varias veces al alba la presa, y vio claro que era obra fina y de geometría, pero que toda su fortaleza pendía del posteo; tal que como iba el río crecido, si las vigas cediesen, la presa reventaría y las aguas se precipitarían por el cauce suyo antiguo. Cavando por las noches donde las vigas se apoyaban, llegó el equilibrio a un punto que bastaría que «Lionfante» por un lado y el caballo de Nito por el otro tirasen fuerte cada uno de su viga, para que el ingenio saltase. Anduvo «Remo» activo como correo todo aquel mes de marzo, portando papeles en las orejas y en un paladar postizo que le ponía Fanto para que le llevase partes secretos, y ya recuperado Fanto de las calamidades pasadas, y siendo el santo domingo de la Resurrección del Señor, la presa fue desbaratada como pensado había, y Fanto galopando por tierra en «Lionfante» fue a tomar las aguas que avanzaban espumosas un cuarto de legua antes de que llegaran al Secchia, y metiéndose con el caballo suyo en el medio y medio de la corriente, apareció ante el campamento de los condottiere confederados, al cual ya había llegado la alarma de que revivía el río viejo, bajaba loco y habría inundación, y los soldados levantaban las tiendas y ponían los bagajes a salvo en una colina. Apareció Fanto Fantini della Gherardesca, digo, su caballo braceando en el corazón de la corriente, aumentando la espuma del río, vestido de verde, la espada desenvainada en la diestra. Todos lo vieron, la cabeza descubierta, sonriente. Por la orilla izquierda galopaba Nito portando su lanza y su yelmo, y los hombres de Fanto, con su bandera del dragón rojo y dos trompetas despertando el mundo, lo aguardaban junto a los sauces. Ninguno de los enemigos de Fanto Fantini della Gherardesca se movió. Las aguas, al entrar en el Secchia, remansaron súbitamente, y quedó un salón tranquilo, a la vista del cual nadie podría decir si el río iba hacia arriba o hacia abajo. Fanto salió

del río, recogió yelmo y lanza, los suyos lo saludaron a la voz y a la bandera, y a un pastor que corría tras salvar dos cabras que quedaran en una roca, ahora medio sumergida, el señor capitán le gritó:

—¡Ve y dile a Vero dei Pranzi que me he escapado de Aquilasola llamando en mi ayuda a un río!

Y con los suyos se fue Fanto Fantini hacia Rovigo.

Y no se habló de otra cosa aquella primavera y aquel verano en toda Italia, de que el capitán Fanto Fantini della Gherardesca, se había escapado de una horrible prisión disfrazado de río, y que con su disfraz había aprendido la lengua de las truchas y el deslizarse sinuoso de las anguilas, y que a veces dormido, soñando que era río, en vez de roncar le salía el canto mismo que hacen las aguas en las cascadas e hirvencias... Fanto, camino de Venecia, recordaba a la Giovanna del tabal, y ahora se imaginaba que sería una anciana, en la mocedad muy hermosa, como aquella que le había regalado un anillo con un rubí, tomándolo por don Lanzarote del Lago. Eso sí, cuando veía vespertino un murciélago, le daban náuseas, y pedía un sorbo de grappa. En Aquilasola, en la cámara de la torre, había dejado reunidos en un montoncito los huesos sobrantes de sus almuerzos, y sobre ellos la pluma roja de su sombrero nuevo.

III

REFLEXIONABA sobre el trabajo realizado en todos aquellos meses. Había llegado a «ver» la estructura de la prisión, y pudo localizar el punto exacto de ella en el que estaba localizada su celda. La prisión tenía la forma de un hexaedro inscrito en una esfera, y cada celda repetía la forma hexaédrica en el interior y esférica exteriormente. Los espacios vacíos entre las caras del hexaedro de cada celda y la pared interior de la esfera, se comunicaban entre sí. Además, las esferas de las celdas no se tocaban las unas a las otras, y el conjunto de esfera flotaba, por decirlo así, en el interior del gran hexaedro. Calculó que la esfera en la que estaba encerrado el hexaedro que le servía de celda, tenía seis metros de diámetro. El número de celdas era exactamente treinta y seis. Veía perfectamente el conjunto, como si estuviera fuera de él, a mediodía, de pie sobre la piel de la naranja, o seu maestro fra Luca Pacioli le mostrase una maqueta desmontable, en ligera madera de abedul. La escasa luz que iluminaba la celda procedía de seis saeteras, que cambiaban constantemente de posición, abiertas en las que llamaremos paredes, y de seis centímetros de ancho por treinta y seis de largo. (Traduzco al sistema métrico decimal las varas, pies y pulgadas itálicos del Quinientos). Por esas saeteras le introducían la comida, y los aplastados recipientes de barro que contenían el agua.

La luz que iluminaba la celda estaba relacionada, en su duración e intensidad, con el problema que llamaremos de destrucción del tiempo, problema del que había que prescindir si se quería avanzar hacia una solución definitiva. Avanzar, naturalmente, en el camino de la liberación, de la fuga, camino que solamente podía ser recorrido hasta el fin por medio de una acción exclusivamente mental. Cuando Fanto Fantini se demostró a sí mismo que la fuga era una *cosa mentale*, se tranquilizó por completo. Sabía, ahora, que podía salir. En realidad, sabiendo que la prisión era «una idea de una prisión», ya estaba fuera. Pero quería llegar hasta el fin del juego. Ya estaba fuera de la celda, ya avanzaba a grandes pasos por un camino perpendicular a la base del gran hexaedro, hacia aquel círculo de luz roja, que era la puerta, en el que se inscribía un hexágono azul. Pero, no quería precipitarse. La palabra sosiego cobraba para él, como en tantas otras veces, su total sentido. Ya se consideraba el Prisionero un hombre libre, y por primera vez desde que estaba encarcelado, sonrió. No tenía espejo en la celda, pero se vio sonreír, abrir levemente los labios, y percibió el instante justo en el que el alma le ordenaba al cuerpo la sonrisa, un gesto, diremos, que iba a la vez a los ojos —Fanto parpadeaba con más frecuencia cuando sonreía—, y a los labios, y también a sí misma, porque no tendría sentido sonreír solamente con el cuerpo. Se vio en el campo, en lo alto de una colina, los brazos cruzados sobre el pecho, contemplando lejanas cumbres nevadas, y a su lado, su «Lionfante» pacía goloso... Tenía que decirse a sí mismo qué hierbas: festuca, trébol, avena... Era junio, y aquí y allá se veían rojas amapolas. La luz se apagaba lentamente. El gran Rector de la Esfera estaba simulando el anochecer, como otras veces simulaba el

amanecer o el mediodía, o pasaba súbitamente del verano al invierno, y del creciente a la luna nueva. Fanto comprendió que desde el primer momento de la entrada de un prisionero en una de las treinta y seis celdas, el Poder procuraba que aquel perdiese la noción del tiempo, y se le forzaba a una reflexión constante sobre:

—¿Qué día es hoy?

Hasta lograr que el prisionero, obsesionado por la averiguación del día en que vivía y cuántas noches llevaba allí encerrado, olvidase que existe otro día que se llama mañana y, finalmente angustiado, procurase apartar el tiempo de su mente —la presencia del tiempo en la mente humana, que es la única realidad del tiempo. Generalmente, los prisioneros, privados del tiempo, se dejaban morir, sin día ni noche, ni abril ni otoño. Pero cuando se quería, por el Gran Rector de la Esfera, prolongar su vida, se simulaba, entrando una clara y viva luz por las saeteras, y con ella una brisa fresca, que ya llegaba la primavera. Se podía escuchar un jilguero alegre, que a lo mejor en un vuelcillo llegaba a las saeteras, se posaba en una y picoteaba unas migas de pan que allí habían caído cuando fue retirado el plato de la última comida. El moribundo se incorporaba en el estrecho lecho y asistía, el corazón acelerando sus latidos, a su resurrección. Del huerto (?) venía un grato aroma de hierba recién segada. Lejos, cantaban gallos. El prisionero se apresuraba a vigilar el tiempo, a contar mañanas.

Fanto Fantini della Gherardesca comprobó una vez más que su cuerpo cabía exactamente dentro del hexágono inscrito en una circunferencia que había dibujado con tiza en el piso de la celda. Su rubio pelo rizado tocaba el lado superior del hexágono, mientras sus pies se apoyaban firmemente en el lado inferior. Tenía que concentrarse, no permitir que entrase nada en su mente que no perteneciese al estricto mundo de las realidades geométricas euclidianas. Si sus cálculos eran exactos, la circunferencia por él trazada en el piso de la celda, tenía el mismo diámetro que la que llamaremos circunferencia-puerta, situada en la base del gran hexaedro interior. Y sus cálculos eran sin duda exactos, puesto que habían sido realizados una y otra vez con arreglo a lo que se enseña en el tratado de *Divina proportione*, y teniendo ante sus ojos —ante los ojos de la memoria—, los dibujos que maestro Leonardo había hecho para ilustrar la obra del fraile de Borgo San Sepolcro, su grande y recordado amigo fra Luca Pacioli. Sin olvidar *El número de oro* del dacio Matila Ghika, donde está toda la perfección del canon, célebre desde los griegos, y el *De prospectiva pingendi*, de Piero della Francesca: fue aplicando el concepto que el gran pintor profesaba del cono de rayos que va del ojo humano a los distintos objetos y que es cortado por un plano, en el cual las intersecciones con esos rayos designan los lugares que los objetos ocupan en su perspectiva de dicho plano, como fijó el lugar y el diámetro de la circunferencia-puerta.

Fanto comenzó a desnudarse, pero había concebido que era desnudo como podría salir de la Esfera. Le dolía dejar en la celda los zapatos con hebilla de plata que le habían hecho a medida en Florencia, y el cinturón de piel de dragón, trenzado de a

tres, que le había regalado su amigo el duque de Urbino después de la batalla de Trevisano. «Lionfante», su caballo le había dado las gracias al duque en elegante latín, citando a Virgilio, y relinchando en griego, porque de alguna manera los hexámetros homéricos tenían que estar presentes en toda épica ocasión. Fanto, desnudo, se tumbó en el suelo, dentro del hexágono dibujado con tiza. Conforme había desnudado su cuerpo, tenía ahora que desnudar su mente de todo lo que pudiese perturbar la acción que iba a realizar. Lo había logrado ya en anteriores ocasiones, tanto con los ojos cerrados como con los ojos abiertos. No podía intentar la salida hasta que en la meditación llegase a ver su cuerpo no como tal, sino como una línea sinuosa que cortaba con sus curvas una recta. La línea sinuosa nacía de una espiral en su frente, y terminaba en otra espiral en sus pies. Mentalmente, Fanto enviaba toda su sangre, la sangre que corría por su cuerpo, a dicha línea sinuosa, la cual comenzaba a sufrir en sus curvas exteriores, lentas sístoles y diástoles, mientras que la línea recta, la columna, se ancheaba y aparecían como cortándola, en doce partes iguales, pequeñas medias lunas. La roja línea sinuosa contrastaba con la verde recta y las blancas medias, lunas, pero Fanto sabía que tenía que superar la visión coloreada de aquel extraño resumen de su cuerpo. Sumaba sin cesar letras mágicas, y Fanto ya la contemplaba desde el exterior de su cuerpo que era ahora una neblina espumosa y blanquecina que se hundía lentamente en el suelo de su celda. Su mirada se había transformado en una luz dorada, que llenaba todo el hexaedro. El alma suya —sí, sería el alma, la voz—, una gota de azogue, se balanceaba en la curva terminal interior de la espiral correspondiente a la frente del cuerpo de Fanto. Poco a poco fue cesando en su movimiento pendular hasta quedar fija en el extremo interior de la espiral.

Cuando Fanto realizaba los primeros ensayos de su acción mental, una vez, al llegar a este punto, impulsado por una sincera emoción, contemplando la brillante bolita, no pudo evitar un humano pensamiento, al recordar unas palabras escuchadas una vez, unas palabras que no eran suyas, pero que se abrieron como un relámpago en lo que persistía en él, en aquel trance, la realidad humanal:

—*Animula vagula blandula...*

Las palabras del César Adriano... La bolita se hizo llama azul, y Fanto sintió como un frescor insólito le acariciaba los ojos y la boca, le sosegaba el corazón, despejaba su mente. Se creyó —o se vio—, de pie súbitamente en el centro de la celda, levitando en el hexaedro, un ser alado y luminoso. Y efectivamente, lo fue durante un segundo. Y cuando «despertó», no le cupo duda alguna de que una nueva, estrecha, sincera y perpetua amistad, se había establecido desde aquel instante entre su alma y su cuerpo.

—¡Inmortalidad! —dijo.

Y se quedó dormido, tras haber percibido que su cuerpo realizaba un movimiento insólito, que solamente años más tarde, reflexionando sobre prisión y fuga, comprendió Fanto: plegara las alas al acostarse, dulcemente fatigado.

Habían llegado el día y la hora. Fanto Fantini della Gherardesca, desnudo, tumbado en el suelo de su celda, era pura geometría, una línea sinuosa cortada por una recta, inscrita en un hexágono, a su vez inscrito en una circunferencia. El conjunto se desprendía del suelo y se incorporaba, desliziéndose hacia el espacio vacío entre las esferas. Fanto comprobaba que la Esfera era una construcción imaginaria del Gran Rector, que aquello no habla sido NUNCA CONSTRUIDO: una tela de araña imaginada por alguien que podía estar a mil leguas de allí, y a la que le bastaba para subsistir que los prisioneros se creyeran atrapados para siempre. Sus reflexiones sobre la Esfera habían sido correctas, y solamente transformándose en algo de la misma naturaleza imaginaria que la construcción del Gran Rector, era posible la salida. Apoyando la cabeza y los pies en los lados superior e inferior del hexágono, respectivamente, recobrando, iniciada la marcha en el vacío, segundo a segundo su cuerpo, que iba pareciendo tal pintura Apolo en el bastidor bajo el pincel del maestro, Fanto volaba como cometa hacia la puerta, a la que ya veía allá abajo, primero no coloreada, más tarde, a medida que abandonaba su expresión geométrica, circunferencia roja, hexágono azul. Atravesaba capas de aire caliente, en cierto modo del cerebro del Gran Rector. El hexágono en que Fanto estaba inscrito era ya sólo la idea que él tenía de la existencia de un hexágono, y no la figura dibujada con tiza en el suelo de la celda hexaédrica. Avanzaba, suponía, a una velocidad constante, probablemente la del sonido. En el momento mismo en que «su» hexágono, chocase contra el hexágono de la puerta, idéntico, Fanto saltaría hacia el exterior, al campo. Pero...

Fanto se dio cuenta de que estaba siendo contemplado por la mente del Gran Rector. Fanto ya había supuesto más de una vez la brusca interrupción por este de sus planes. Era evidente que el Gran Rector, en el brevísimo tiempo del descenso de Fanto, no podía imaginar otra estructura geométrica que contemplase todos los elementos esenciales de la construcción. Por tanto, hexaedros y esferas, hexágonos y circunferencias, tenían que permanecer, y Fanto, en su fuga, era un hexágono de idéntica área al hexágono-puerta. Mejor le sería al Gran Rector mantenerse en su eterna apatía, y permitir la fuga del condottiero —la única que se había dado y daría en toda la existencia de la Esfera—, que poner en peligro su bellísima construcción. La puerta se acercaba, y la mente de Fanto recorrió, como una mano que acariciase el asta de una lanza, los seis lados del polígono en que viajaba, polígono que por otra parte solamente existía ya en su mente. ¡La mano acariciando el asta de la lanza después de la batalla, cuando la sangre del enemigo muerto seca en ella, y la palma de la mano la reconoce en verruguillas y arrugas que se han adherido al impío fresno! Fanto el Mozo —por vez primera se dijo a sí mismo el mote con que le saludaban los soldados, por el que al oírlo salían las mujeres a las ventanas en la rúa mayor de las villas, cuando se anunciaba que llegaba, victorioso, el generoso capitán de los ojos azules y las ardientes arengas—, entraba en el instante final de su viaje. El Gran Rector no se había movido consciente, quizá, de la inutilidad de cualquier

intervención suya. Fanto aún tuvo tiempo de imaginarse el largo balcón de un palacio en el que se apretujaban las bellas de la ciudad, largas y doradas cabelleras, finos cuellos, dulces pechos gritando su nombre, vaciando cestillos de flores. Se le llenó la boca como de leche azucarada, y se escuchó decir sus nombres:

—¡Vanna! ¡Pia!

Sí, llegaba a la ciudad después de una hermosísima victoria. Pero, el Gran Rector comenzaba a actuar. Con un pincel, la enorme mano de oro reforzaba con tinta negra los lados del hexágono-puerta. Para mantener la proporción dentro de la estructura general, permanecía —una leve línea azul—, el hexágono primitivo, aquel cuya área era idéntica a la del hexágono en el que había iniciado su viaje Fanto. Por segunda vez, el pincel engrosó las líneas que limitaban el polígono, reduciendo, por tanto, el tamaño del hueco por el que Fanto iba a salir. Fanto no podía detenerse en la fuga, buscar otra salida, que sin duda habría. No podía romper el juego —no quería—, diciendo que adivinado que la construcción no existía, ya estaba libre. Si se detenía, le daría tiempo a la mano del Gran Rector para cubrir con la oscura y mefítica tinta de su pincel toda el área del hexágono... Fanto ya veía el campo verde en el que iba a caer. El viento introdujo en la Esfera unas hojas secas, con las que tropezó el rostro de Fanto en el momento del choque de los dos hexágonos. Fanto rodó fuera, y con la violencia del golpe perdió el conocimiento. No pudo darse cuenta de que había asustado a unas ovejas pardas, y a unos cuervos que buscaban granos en una era recién sembrada. Una mujer gritó.

Las nuevas líneas trazadas por el Gran Rector con tinta negra, reduciendo el área del hexágono al aumentar el espesor de sus lados, habían dejado su huella en el cuerpo de Fanto el Mozo. La línea del lado superior del hexágono no sólo le había privado del rubio y rizado pelo, arrancándole gran parte del cuero cabelludo, sino que le había dejado en la cima de la despejada frente como una línea negruzca y maloliente. Y la línea del lado inferior, le había cortado como media pulgada de carne todo a lo largo de los pies.

Gracias a la ventriloquia políglota de «Lionfante», que lo había esperado durante varios meses escondido en los bosques vecinos —y en ratos libres sorprendiendo a las mujeres que iban a recoger leña, a las que hacía elocuentes y osadas declaraciones de amor, y el pueblo creyó que había llegado a la comarca algún dios antiguo—, pudo Fanto llegar a casa de su amigo el médico Jacopo Barigazzi, más conocido por Berengario de Carpi, famoso autor de unos *Comentaria* anatómicos. Berengario realizó diferentes injertos en la cabeza de Fanto, trayendo piel del occipucio a los parietales y temporales, y aunque logró cubrir de pelo la cabeza del capitán, no era el rubio tan vivo. Y en lo que toca a la cinta negra, Berengario comentó:

—Conoces perfectamente, Fanto amigo, la historia del talón de Aquiles. Pues bien, tu caso es el opuesto. Quizá seas ahora más débil físicamente, y pongan tu vida

en peligro heridas que antes considerarías como simples arañazos. Tu alma se está alimentando en exceso de tu cuerpo, pero contra eso no hay remedio. Eres vulnerable, pero nadie podrá herirte ahí donde esa cinta negra mancha tu frente. Si quieres, cuando vuelvas a ponerte al frente de tus tropas, haremos correr el rumor de que solamente ahí eres vulnerable, como Aquiles sólo lo era en su talón.

Mandó Berengario medidas nuevas de los pies de Fanto a un famoso zapatero de Florencia, con instrucciones para plantillas articuladas y almohadillas, y pronto tuvo el condottiero varios pares de botas, borceguíes y sandalias nuevas. Y como Fanto quería discutir el asunto de su prisión por geometría con fra Luca Pacioli, se dirigió a Perugia, donde el fraile enseñaba el ábaco. Fra Luca lo recibió con alborozo. Cuando Fanto Fantini della Gherardesca le describía la esfera que contenía el hexaedro el maestro de la Divina Proporción se levantó del sillón en que descansaba cerca de la ventana, se dirigió a un armario empotrado en la pared, y regresó portando en las dos manos la maqueta de una esfera, cuyo ecuador estaba señalado con una raya roja. La abrió en dos mitades, y mostró el interior a Fanto. Sí, allí estaban las celdas, los pequeños hexaedros, dentro de sus esferas.

—¿Treinta y seis? —preguntó Fanto.

—Treinta y seis —respondió el maestro.

Fanto sonrió, e introduciendo en la mitad superior el dedo índice de su mano derecha, señaló un lugar situado en el grado treinta, inmediatamente encima del ecuador.

—Mi celda —dijo.

Y algo como ternura lo movió, y tocó. Notó la quemadura cuando ya se había derretido, como plomo, la mitad del índice de su mano derecha. No sentía dolor alguno. Fra Luca lo abrazó, y sopló en el pequeño muñón carbonizado del dedo.

—Te haré un índice de oro, querido Fanto.

La tormenta que había estado amenazando sobre Perugia, descargaba al fin. Gruesas gotas se abatían contra los pequeños y cuadrados cristales de la ventana, y se veía brotar, de las enormes y oscuras nubes, la terrible fúlgura.

IV

LOS griegos entraron con él en el patio, y lo dejaron, atado de pies y manos, bajo una de las arcadas, sin que el del gorro rojo, que no hacía más que voltear la pesada lanza, le quitase ojo, esperando a que llegase el intérprete de venecianos. Cerca de él estaba una campesina a la que habían decomisado cuatro serones de higos pasos. Era una mujer flaca y morena, desgreñada, vestida de negro, la falda rota que dejaba ver un trozo de muslo blanquísimo, inconcebible en quien en rostro y brazos, y piernas de la rodilla para abajo, tenía la piel negruzca y como quemada. Los serones estaban allí, a la sombra, y la mujer cada pocos minutos se dirigía a uno de los guardias del bizantino, que se daba aire con la pabela, para decirle algo al oído. Al fin, debieron de llegar a algún acuerdo, que el guardia permitió ir a la mujer a lavarse a la fuente que había en el centro del patio, y que era un tritón con su bocina, y apareció otra mujer, que pasó a la contrabandista un peine, y mientras esta se lavaba y peinaba, le zurció la falda, con lo cual dejó de verse el blanco muslo, al que estaban atentos a la vez Fanto y el del gorro rojo. Cuando aquella blancura desapareció, se vio bien la vejez y negrura de la mujer, y su cansancio. Era de la misma materia que la tierra negra de la isla, y sus ojos brillaban como los de las ratas que atoban en ella. Fanto asistió sonriente a la trampa, que fue que mientras la mujer se lavaba y peinaba, tres hombres que paseaban distraídos bajo los porches, arreglándose la faja y mirando de lado hacia la puerta, seguidos de una niña cojita que jugaba tirándole un limón a uno que sería hermanillo suyo, súbitamente, los hombres, se echaron cada uno un serón a la espalda, y desaparecieron por una, puerta que la cojita, al tiempo que recogía el limón que le devolvía el niño, abrió súbitamente. Por una puerta desaparecieron los hombres y el niño, y apareció junto al serón que quedaba un monje de barba partida, que siguió el juego del limón con la cojita. La mujer gritó al ver que le faltaban sus serones de higos pasos, el monje negaba con la cabeza señalando el suyo, sobre el que se sentara, y el guardia se sacaba el casco y se rascaba la cabeza. Vino un cabo bizantino, que quiso levantar al monje del serón, pero este no se movió. El cabo insistía, pero va el monje, y levantándose el hábito, bendijo en voz alta con muchos kirieleisones, por entre las piernas abiertas, desnudas y pilosas, el serón. Se buscó una pulga que halló presto, bajó el faldón y sonrió. Mientras tanto, la mujer, olvidada por los guardias, se había deslizado bajo los arcos, fuera del patio. La cojita le dio a este una vuelta, jugando, y le iba a tirar el limón a Fanto, pero le vio las manos atadas, le sonrió y se fue. Desde la puerta volvió a mirar al capitán de rubio pelo. El guardia y el cabo bizantino entraron, discutiendo entre ellos, en el cuerpo de guardia, lo que aprovechó el monje para silbar llamando a uno de los hombres que se habían llevado los serones, y que ahora entraba por puertas, sin prisa y siempre apretándose la faja. Cargó con el serón del monje, y se fueron. El del gorro rojo golpeó en el suelo con la contera de su lanza, y dijo, cabreado, algunas palabras helénicas, a media voz.

—¡Cabrones monjes! —le pareció entender a Fanto que decía.

La cojita volvió a entrar en el patio, y traía atados por las patas dos pichones, y como quien está práctica en la tarea, corrió hacia la puerta del cuerpo de guardia, y los dejó colgados de la misma alcayata que sostenía el cuadro con el orden del día. Sería el precio del soborno. Con las manos a la espalda, sonriente y tímida, se acercaba al capitán. Era muy bonita, los ojos verdes, los dientes blancos e iguales entre los finos labios, y la ceñida blusa hacía ver que ya le brotaban redondos pechos. Tenía una pierna redonda y fina, pero la otra era más corta y sólo hueso. De la sana iba descalza, pero la enferma la calzaba con un medio zueco de madera. Se detuvo junto a una columna, de modo que no la viese el del gorro rojo —un tipo impaciente, volteando la lanza, escupiendo, hablando airado consigo mismo, volviéndose si pasaba una mujer—, y se quedó un instante mirando al capitán.

Los ojos verdes lo decían todo, su dolor por verle atado de pies y manos, y su asombro por la larga y rubia cabellera de Fanto. Quizá nunca hubiese visto a un rubio la niña. Sacó el limón de la faltriquera y tras hacerle una seña, se lo tiró al capitán, quien pese a las manos atadas acertó a sujetarlo contra el pecho. Estaba imaginando como devolvérselo, cuando por la puerta asomó la mujer de los serones, al parecer inquieta. Vio a la niña y gritó:

—¡Safo! ¡Safo!

La niña corrió, se detuvo junto a Fanto, le tocó con la mano derecha el pelo, una brusca caricia de una mano que olía a limón, y volvió a correr, arrastrando la pierna esquelética e inútil. El del gorro rojo la alcanzó de plano con la lanza anatólica en las nalgas y la derribó. La cojita se levantó rápida y huyó hacia la puerta. La mujer de los serones gritó una vez más:

—¡Safo!

El del gorro rojo se volvió hacia Fanto, y le dijo en lo que a él le pareció que era veneciano:

—*Tutainai putanai!*

Y escupió otra vez. Era un tipo de saliva negra, y por poco acierta en los chapines blancos del intérprete de venecianos, quien se acercaba a identificar el prisionero.

—¿Te llamas? —le preguntó obligándole a levantarse del asiento de piedra en que aguardaba.

—No he sido hecho prisionero en Tamnos, sino en la isla de Chios, en una playa, y mientras echaba una siesta. Me echaron una red encima, me envolvieron en ella, me metieron en una barca y aquí me trajeron.

—¿Qué hacías en Chios?

—Mandar por la República de Venecia el castillo.

—¿Un capitán? ¡Nunca se ha visto un capitán de Venecia echar medio desnudo una siesta en una playa! ¿Cómo te llamas?

—Soy el señor Fanto Fantini della Gherardesca a sueldo de Venecia.

El intérprete, tras rascarse el mentón en el que le brotaban unos pelos canosos y

rizados, dijo escrutando a Fanto con sus ojos legañosos:

—El gobernador del Basileo, que Dios guarde, escribirá a Constantinopla diciendo que estás aquí, prisionero, y que dices ser el señor tal y cual, a sueldo de venecianos. El ministro de Forasteros, un día que tenga tiempo de abrir carpetas, se encuentra con tu nombre y prisión, y manda llamar al escribiente de Raros y Lejanos, y al asesor de Costumbres Extranjeras, y discuten tu caso, la siesta en la playa, opinando que querías darte muerte tumbándote al sol. ¡Como si los estuviese oyendo! Lllaman al nuncio de Venecia que a lo mejor no lo hay, y hay que esperar que llegue el nuevo, y este dice que sí, que eres ese Fanto y escribe a Chios, y naufraga la nave que lleva la carta, porque ha saltado lebeche, y pasan dos o tres años... Lo mejor, amigo, es que te rescates. Yo hablaré con el gobernador del Basileo, que es un oficial con derecho a mitra, muy lacónico, gran jugador del dado y este mandará un pescador a Chios, de los que andan con sus nasas a la langosta, diciendo cuánto oro, y en saliendo el dinero de aquel castillo, tú sales libre de esta prisión. ¡Como te lo digo!

El intérprete de venecianos se frotó las manos, largas nudosas, y sacando de un pliegue del jubón un pañolico, con la punta se sacó, muy cuidadosamente una legaña amarilla del ojo izquierdo.

—¡Los míos me buscarán! —afirmó Fanto.

—¡Buscarte! Hay cien islas, y en ellas, en confianza, todos son piratas. Nadie te ha visto, nadie te verá. Hay islas que, como no las hayan cogido en un mapa, una noche desaparecen, y en su lugar aparecen otras. Lo mejor es que te rescates o te pudrirás en la torre.

Volvió el intérprete a trabajar cuidadosamente en sus legañas. Alto, flaco, gastaba bicornio y hablaba despacio y suasorio, mojando de cuando en vez los labios con la punta de la lengua, y frotándose las manos cuando terminaba párrafo.

—Y no discutas el montante del rescate. Di que eres persona principal y que el oro vendrá presto. En espera de él, te tratarán bien. Y si después no viene todo el rescate, sino parte, te soltarán porque no van a seguir manteniéndote con salmonetes emperejilados. Y pide cama en la parte alta, que las celdas de abajo fueron almacén de sal, y las paredes están siempre rezumando. Yo me ofrezco para escribir cartas a los tuyos, o a Venecia, donde tengo un amigo que borda guantes para la familia Correr, y fue de la policía, pero un día de servicio, yendo disfrazado de sordo, para no fallar por las tiendas dejara el oído en casa, y al regresar no lo encontró, que la suegra había hecho limpieza. Tuvo que dejar la secreta, pero conserva muchas amistades, y me sirve. Yo te paso por diez escudos, y me añades unos chapines forrados.

—¿Y no podía arreglarme contigo? —preguntó Fanto, confidente.

El intérprete de venecianos meneó tristemente la cabeza. Se quitó el bicornio galoneado y se limpió el sudor.

—¡Ya dieron el parte al mitrado, amigo! Y como le gustan los rubios, que por aquí no hay, y no ha visto ninguno desde que viajó por Siria, donde quedan varios, nietos de los francos, no hay manera de esconderte. ¡Debiste de teñirte el pelo de

negro!

El intérprete, viendo la buena disposición de Fanto, le trajo un jarrillo de leche y trató con el del gorro rojo que le soltase las amarras de los pies, lo que este hizo a regañadientes. Fanto, ante la curiosidad del vigilante hizo flexiones de piernas por desentumecer los miembros, giró de puntas y brincó, y en esta gimnasia estaba cuando llegó el gobernador, anunciado por un corneta y un tambor, y seguido de un perro que saludaba al público con alegres ladridos. A Fanto le sonrió el corazón: el can era «Remo», el braco querido.

El gobernador era un rechoncho en la sesentena, mediano de estatura, la barbita en punta, las mejillas coloreadas con papel de Damasco, las cejas salpicadas con polvo de plata, la boca pequeña en forma de corazón, y las manos llenas de anillos. Movía mucho la cabeza, quizá porque tenía la mirada inquieta, y un gesto muy suyo era el de quitarse una gran sortija del índice de la derecha y apretar con ella la punta de la nariz: le quedaba por unos instantes la señal de un círculo blanquecino. «Remo» se había echado a sus pies, y se tapaba los ojos con las orejas, porque no se le viese, quizá, pensó Fanto, la emoción de hallarse ante su amo.

—¿Veneciano? —preguntó el gobernador.

Miraba a Fanto de arriba abajo. Admiraba, se le veía, las piernas, la cintura, el pecho desnudo, la cabellera rubia.

—¡Acércate! —ordenó a Fanto el gobernador. Se lo decía en griego al intérprete, y este daba la orden en dialecto veneciano, tras lo cual, inclinándose ante el gobernador, que se recostaba en su sillón, repetía la voz en griego, como mandaba la ley.

Fanto Fantini se acercó, y el gobernador con la mano le ordenó que más y más, hasta tenerlo a un palmo.

—¡Acerca la cabeza!

Fanto se inclinó, y la hermosa y ondulada cabellera rubia se vino hacia adelante, cubriéndole el rostro. El gobernador tocaba aquel suave cabello, lo acariciaba, apreciaba su finura con las yemas de sus dedos, y llevó un mechón hasta la punta de barba, hasta su nariz, hasta sus ojos inquietos. Suspiró, sonriente. Serio, con voz grave, dispuso, y el intérprete tradujo guiñando un legañoso:

—Quede el reo para ser interrogado en privado en la celda de respeto.

Y ahora estaba Fanto asomado a la ventana de la celda, en lo más alto de la torre del palacio bizantino, riéndose de la escena pasada, y preguntándose cómo habría llegado «Remo» a Tamnos, y había encontrado plaza en el séquito del gobernador, que se llamaba Michaelos Liparos. El mar llegaba al pie de la torre, y rompía, monótono, contra unos rústicos caballos de Frisia que habían puesto para defensa de los cimientos. Sólo mar, mar azul, se veía desde la ventana. Para saltar al agua, la altura era mucha y el fondo poco, y el cuerpo se desharía contra las rocas.

Se volvió al escuchar, junto a la puerta, un ladrido de «Remo», quien le comunicaba en confianza que el gobernador era marica, y bestial, que le hacía

caricias en las partes, y que pasaría en la noche a saludarlo desde el mar. Y por ser palabra extraña y no poder decirla ni con ronroneos ni con ladridos, le pasaba con un nombre por una rendija de la puerta. Con aquellas sus letras etruscas, y con carbón, «Remo» había escrito: «Safo». Fanto recordó la niña cojita, y tomando el limón en sus manos, que lo había dejado sobre la manta gris ceniza del catre, lo olió... Oía verde, como debe oler la vida moza. Después de la cena —que fue de cordero con higos, y de beber, vino aguado con resina—, Fanto se asomó aguardando la aparición marítima de «Remo». La luna llena le permitía verlo junto a los caballos de Frisia, y cerca, en una gamela, remaba la cojita, la cual al verlo en la ventana dejó los remos y lo saludó con un pañuelo blanco. «Remo» imitó la lechuza, que era la señal de que su amo se mantuviese vigilante. Safo volvía a remar, acercando la gamela a la rompiente, y de pronto, a su alrededor, saltó una lluvia de plata. Delfines que retozaban, se dejaban tocar sus cabezas y en sus lomos por la mano de Safo, y ahora se apelotonaban, en rebaño, justo en la última fila de las puntiagudas piedras. «Remo» ladró:

—¡Adelante!

Los delfines eran siete u ocho, y se dejaban estar quietos, con la cabeza hacia el mar, medio lomo fuera de las aguas. Era en ellos donde Fanto debía caer, en aquel colchón de piel brillante, que relucía bajo la luna. Safo movió su pañuelo. «Remo» volvió a ladrar, y esta vez en griego dijo algo así como simmetresis, que quiere decir justa medida o cálculo perfecto, y era palabra aprendida en las lecciones de fra Luca en Perugia, y añadió, urgiendo:

—¡Adelante!

Fanto se descolgó fuera de la ventana, sosteniéndose con ambas manos que debía servir para sujetar la reja, que ahora no había, y apoyándose con los dos pies en la pared, se dio impulso para el salto. Sí, simmetresis, como diría fra Luca. El capitán cayó justamente sobre la cama que hacían el rebaño de delfines, al que Safo regía con voces cariñosas, llamando a cada uno por su nombre. Su peso hundió a los delfines, los apartó, y Fanto entró en el agua, pero ya sin riesgo de golpearse contra las rocas. «Remo» había saltado a la gamela de Safo, y la cojita, sonriente, remaba hacia una cala próxima. Los delfines saltaban alrededor. Fanto se había sentado a popa y dirigía su mirada a la ventana de su celda, en la que había dejado encendida la aromática vela de cera virgen.

—De la barca en que te trajeron a Tamnos —explicó «Remo» a su amo—, colgaba a popa un cabo, al que me sujeté con los dientes y las patas delanteras, y remolcado llegué al mismo tiempo que tú a esta polis. Me hice el distraído por las calles y los alrededores del palacio, y vino a saludarme un dálmata, cansino y escéptico, quien me dijo que había sido favorito del gobernador, pero como ahora, por los años, ya no sabía brincar por un aro enguirnaldado, y además, una perra que apalabrara en el puerto y que hacía francés le saliera celosa, se había ido libre de palacio. Yo le dije que me gustaría conocer al gobernador, aunque fuese marica, que

tenía un trámite pendiente, y sólo el gobernador podía resolvérmelo. El dálmata me llevó hasta la puerta del gobernador, y cuando salió acudí a darle la mano e hice una cabriola, y ensoñando en la perra del dálmata descabecé el pirulí, y levantando la pata como para mear, se lo rocé en la pantorrilla que, como te habrás fijado, por el calor del verano la trae desnuda. Se rió y mandó que me pusieran de plantilla. Con lo cual ya pude entrar y salir del castillo, y buscar cómo mejor servirte.

La cojita, sentada en unas redes, asistía curiosa a los murmullos, ronquidos y voces del perro, entendiendo que era hablador y le pasaba noticias a su amo. Cuando terminó de contar se acercó a Fanto y le dio la mano, y a una seña del capitán se volvió para dársela también a Safo, la cual comenzó a contar, medio en griego, medio en veneciano, y parte por señas, que vio a «Remo» salir de paseo cuando el gobernador hizo la siesta, y se acercó a él, y el perro le apareció triste, y alguna sospecha le vino de que tendría que ver con el hombre del pelo rubio, porque el perro era forastero y no hacía más que mirar para las ventanas de la torre.

—Fui por mi caja de hilos —prosiguió Safo—, y le mostré el negro, y el perro dijo que no, y el blanco, y que no, y le mostré uno de oro que guardo para bordar una flor amarilla en una falda, y el perro ladró que sí, y ya supe que tú eras su amo. Y haciendo que mi tío segundo el monje Paschalos hablase con el intérprete de venecianos, supe que te llamabas el señor capitán Fanto Fantini della Gherardesca, que eras rico y famoso, y la celda donde estabas, y se me ocurrió librarle, y le dibujé en la arena el plan, como iluminación de iglesia, a «Remo», el cual no entendía qué eran delfines, y tuve que írselos a mostrar en la playa, echándome a nadar con ellos, para que viese que los tengo amigos, y aún enamorados, que ellos no se enteraron de que soy coja de la izquierda.

Calló un instante, y Fanto tendió hacia ella las manos abiertas. La niña puso las suyas en las de él, palma contra palma.

—Y como sabía que habías escuchado mi nombre cuando me llamó mi tía Eufrasia, la de los serones de higos pasos, y quería que supieras, pues me habías mirado a los ojos verdes, que yo te libraba de prisión, le dije mi nombre, Safo, a «Remo», para que te lo pasase. ¡El corazón sentí que se me iba del pecho cuando saltaste, como a darte la mano y asegurarte sobre los delfines!

—Te recordaré siempre. Te mandaré desde Venecia un traje de fiesta, que allá se hacen con muchos encajes, y sortijas, y dos agujas con perlas para el pelo. Y te puedo jurar que despertaré muchas veces muchas noches porque dos mariposas verdes acuden a posarse en mi corazón.

La cojita lloraba, y «Remo» salió fuera de la cabaña, porque no le agradaba el romanticismo. Al alba, y todo discurrido por Safo, estaban dos delfines enganchados a la proa de la gamela, como mulas a la carroza del cardenal de Pisa, y dispuestos a tirar de la lancha hasta Chios, donde Fanto mandaba por Venecia. Antes de subir a la barca, el capitán se arrodilló ante Safo y apoyó la frente en el vientre de la cojita. Esta le acariciaba el rubio pelo. Sonaron campanas lejanas y se impacientaron los delfines.

V

CUMPLIERA el signor Fanto en abril los treinta y tres años, cuando le llegó a Chios orden de la Serenísima de que dejara retén en el castillo al mando de su segundo, un tal Astolfo San Doná di Piave, que era veneciano de nación y peleaba a la suiza, y que tomara nave para Chipre, donde partidas otomanas andaban levantando mapa a la vez que depredaban y se llevaban prisioneros los más mozos de los griegos, que estaban entonces en la vendimia. En la «Giorgina» llegó Fanto a Limasol, habiendo hecho escala en Rodas, donde fue huésped de los sanjuanistas, ante los que alabó a su tutor, el finado signor Capovilla, que aún era recordado por algunos comendadores de los que, jubilados, reposaban en el Casón de los Quietos. Alguno de estos caballeros aún bajaba hasta el Portal de Novicios, a explicar a las nuevas generaciones militares el arte de la guerra. De Rodas a Chipre llevó la «Giorgina» viento cretense a popa, que es caluroso aun en los umbrales del invierno. «Remo» iba de vez en cuando a echar un vistazo a la aguja, y como el piloto dijese que añoraba su casa en Portogruaro, que ya llevaba dos años seguidos de mar, y que cuando bajase a tierra iba a pasarse uno largo de labrador, injertando manzanos y plantando cebollín, «Remo», por hacerle despertares campesinos, se corría con el alba hacia popa, imitando el gallo. «Lionfante», que se mareaba, se tumbaba buscando que le diese el viento en la frente, y Nito aprendía esgrima por triángulos con uno medio genovés, medio sevillano, que iba a Chipre a ganarse la vida con una mona amaestrada, que se llama «Currita». Los marineros le contaban del mar a Fanto, y conocían por el perfil las islas que asomaban a estribor y babor. Uno de ellos afirmó que en una guardia de medianoche había escuchado la sirena, mismamente por donde ahora navegaban.

—¿La viste? —le preguntó Fanto.

—Pues sí, y más me hubiese valido no verla. Era una vieja, la piel arrugada, las tetas caídas, y falta de un brazo, que se lo había tronzado un congrio. Por la voz era de veinte años lo más, fresca y amorosa, pero ya sabía ella que a la vista no engañaba, y cuando terminó de cantar, me pidió limosna. Se encaprichó con un pañuelo rojo que yo llevaba al cuello, un pañuelo comprado en el San Benito en Palermo, y se lo di. Y digo que más me hubiese valido no verla, porque desde entonces, cada vez que llevo a puerto y me voy con la paga fresca a buscar mujer, y me gustan de las más jóvenes, aunque me salgan algo más caras, con lavado de jabón de olor y ropa limpia en la cama, en el trance, digo, se me borra la moza con su juventud y aparece la sirena vieja, con su cara arrugada, una pelambre áspera en las mejillas y una mueca que le hace cerrar el ojo izquierdo con un sobresalto de cuello.

El marinero, probando el asco que tenía, preparó un grueso gargajo y lo soltó a sotavento.

Desde Limasol tenía Fanto que subir hasta Famagusta lo más al interior que pudiese, viendo dónde fortificar atalayas y por donde fuese más fácil abrir un camino

que permitiese en dos jornadas poner la tropa en el lugar de la costa donde apareciese el turco. El primer domingo de adviento estaba Fanto con su gente en Famagusta, presentándose a ser Franco Loredano, capitán de mar y tierra en Chipre por la Serenísima, con quien consumió dos mañanas explicándole esculcas y veredas, y todo lo que sabía del terreno. Cuando terminó la última conferencia, ser Franco Loredano le pidió al capitán Fanto Fantini que se quedase a almorzar, que había liebre con coliflor, de postre pastelón de membrillo, y le habían traído un regalo de malvasía nueva, para que la catase. Agradeció Fanto aquella prueba de amistad de ser Franco, que además de jefe militar y naval era de los Ciento y tenía un hermano entre los Diez, que se decía iba para Dogo.

Por un paje griego que tenía de cortina, mandó ser Franco un aviso a la noble dama con la que estaba casado, que se llamaba donna Cósima Bruzzi y era de los príncipes de Istria, de que a las doce tenían invitado al señor Fanto Fantini della Gherardesca. El encuentro fue en la cámara que llaman de los Pájaros, por las pinturas que allí hay de miles de ellos, todos diferentes y nunca vistos. Donna Cósima era en verdad tan hermosa como propalaban los que de verla habían quedado admirados. Los ojos de Fanto, mientras ser Franco llenaba con la malvasía nueva unas copas de Murano, buscaron apasionadamente quedarse para siempre en la memoria con el retrato de aquella hermosísima señora, con el negrísimo color de las largas trenzas, con la blanquísima piel, con los ojos leonados, con el levantado pecho, con la mano que sostenía un pañuelo bordado, con el largo brazo desnudo, con la boca que le sonreía, y con una sombra de melancolía que la envolvió de pronto, y que Fanto se dijo que era la sombra de un alma desilusionada. Ella se sintió envuelta en el calor irresistible de aquella mirada, y para no rendirse con otra semejante llevó el pañuelo bordado a su rostro, como oliendo el perfume que conservaba. Cerró los ojos, y tintinearón en el antebrazo las finas pulseras de oro bizantino, adornadas con cascabeles.

Ser Franco, en el almuerzo, habló de turcos y de navíos, del papa, del mercado de la seda, de los sanjuanistas, y le contó a donna Cósima lo que se decía de Fanto, aquel joven capitán que tenían a la mesa, de sus tempranas batallas, de sus fugas, de la extrema fidelidad de su caballo y de su perro.

—En Venecia creen, signor Fanto, que tenéis amistad con fuerzas secretas que están más allá de lo humano.

Fanto se sonrojó, pero la ocasión era propicia. Llevándose la cerrada mano diestra al pecho, respondió:

—La única fuerza secreta mía, mis señores, es que juego mi alma contra mi cuerpo.

—¿Estáis soltero? —preguntó donna Cósima.

—Madame, hasta hoy he sido un jinete que pasa en un caballo desbocado junto a los lirios.

Ser Franco brindó la tercera copa de malvasía, y posándola en la tabla adormiló.

Frente a frente, en larguísimo silencio, quedaron Fanto y donna Cósima. Iban y venían las sonrisas y las miradas, los labios se abrían para decir y se quedaban mudos, las manos avanzaban a través de la mesa, buscando encontrarse, pero se quedaban a medio camino, disimulando su voluntad de caricia en el pie de una copa, o en una de las rosas que fingían una guirnalda en los manteles. Donna Cósima bebió un sorbo de malvasía, y vigilando los párpados cerrados del Loredán, su señor y esposo, la fue empujando hacia el centro de la mesa. Hizo lo mismo Fanto con la suya. Cambiadas las copas, puedo decir que los dos amantes, por vez primera se besaron, cristal de Murano en medio. Ser Franco roncó estrepitoso, y su propio ronquido le despertó.

Fue locura más que amor. El gran castillo se quedó súbitamente vacío y silencioso, y los amantes iban a placer por corredores y estancias, entrelazados, alados, bebiéndose la luz de los ojos, escuchándose el corazón. Todos los habitantes del castillo habían quedado como figuras de cera y papel en retablo de cantastorie napolitano. Estaban solos los amantes en el mundo, con las risas y los besos, y solamente ellos, por el fuego, eran vida. Ya se ve que cuento después de haber leído a Stendhal. Donna Cósima quería visitar todos los días la estancia en que había sido muerta dama Desdémona, y allí le pedía a Fanto amor eterno, y como prueba terrible celos. Vestía con ricas ropas masculinas haces de paja, y los acostaba en las camas suyas. ¡Célate, Fanto!

—¡Apaga la luz, y apaga mi luz! —le decía a Fanto, recordando la famosa frase del Moro.

Y llevaba las manos de él a su cuello, y era ella la que oprimía y oprimía.

Al llegar a este punto es cuando comienzan a diferir los propios informes enviados a Venecia; no concuerdan las historias sobre el dominio veneciano en Chipre, ni aclara decisivamente la cuestión el discurso del caballo «Lionfante» ante el Senado de la República. (Discurso, por otra parte, del cual se duda, modernamente, que haya sido pronunciado). Analizando el conjunto de datos y rumores que están a nuestro alcance, parece posible suponer que Fanto no dio muerte a donna Cósima, sino el burlado marido ser Franco Loredano, el cual pudo tener testigos de los adúlteros amores. Como es sabido, la policía de Venecia tiene un grupo muy especial de agentes, que se llaman «ecos», los cuales son preparados para muy secretas misiones de manera que queden amnésicos totales, y poniéndolos de escucha en determinado lugar, y teniendo como tienen el cerebro vacío de todo, se les queda grabado con puntos y comas todo lo que oyeron, y como es todo lo que recuerdan, a sí mismos se lo repiten, por si en lo oído está memoria de su vida, nombre, familia oficio, etc. Se les quita de la escucha encapuchados y con tapones para que no oigan más, y llevados ante los Diez, repiten como disco de gramófono. Pues un «eco» de estos, usado por ser Franco, repitió ante la justicia veneciana las

llamadas apasionadas de donna Cósima a los celos y al crimen, lo cual sirvió de coartada a ser Franco, e hizo pasar a Fanto por el autor del estrangulamiento. Se supone con fundamento que la muerte de donna Cósima tuvo lugar un veintiuno de enero, precisamente el de mil cuatrocientos ochenta y cuatro, día en el que los turcos desembarcaron en la playa llamada de las Anforas, al Sureste de la ciudad. Fanto acudió a la defensa de la costa, desbaratando la primera oleada turca, pero la segunda logró cortar el camino a Famagusta, cercando los infieles el castillo. El condottiero, que nada sabía de la muerte de donna Cósima, combatió por abrirse paso hacia el puente. Desesperados combates cuerpo a cuerpo, en los que perecieron los más de los suyos. Una tercera flota turca vertió en la playa una selva de espingardas, lanzas y cimitarras. Fanto desapareció en ella. Cuando meses después, la armada de Venecia pudo cortar los aprovisionamientos a los turcos desembarcados, obligarles a levantar el cerco de Famagusta, ya estaba donna Cósima enterrada, ya ser Franco Loredano había dado por cerrado el sumario, y el «eco» repetía incansable las terribles escenas en las que, en la cámara de Desdémona, donna Cósima se desesperaba entre gritos y suspiros. Fanto Fantini della Gherardesca era el asesino, el segundo Otelo. Lo había salvado de la horca de Venecia —que es sabido que es de vuelo alto y el verdugo se abraza al penado al quitarlo de tablas, para que la muerte sea rápida, si la familia o un amigo ha dado propina—, el haber muerto, decían, alanceado por muchos turcos en el campo donde solían aparecer las amarillas prímulas, yendo el invierno hacia la Candelaria.

En su discurso ante el Senado de la Serenísima, «Lionfante» afirma que Fanto abandonó la isla con la ayuda de siete delfines, pero los comentaristas creen que este pasaje corresponde a la fuga de Tamnos a Chios, episodio conocido con el nombre de «Amores de Safo con el delfín de Italia», que ahora se edita con otras novelas griegas, y en la que el propio Fanto es descrito como un gran señor de Italia al que la maga Cósima convierte en delfín para que nunca más vuelva a tierra a amar a Safo, a la que Cósima ama. Safo permanece fiel al príncipe-delfín. Como se ve, se trata de un arreglo alejandrino posterior. «Lionfante» asegura que, después de la liberación de Famagusta, él, que había quedado suelto en los montes, logró que un marsellés que andaba en el ejército echando las cartas, y llevaba el tarote envuelto en un paño de seda, verde, lo contratara para un número de ventriloquia, y que con el marsellés había regresado a Italia. La nave en que viajaban naufragó frente a Ancora a causa de un maremoto, el marsellés se ahogó con su tarote y la bolsa llena, y él se salvó a nado, decidiendo, pues creía que su amo había muerto, volver a la Camarga, donde pensaba encontrar al tratante que lo había vendido en Florencia a Fanto, y se quedaría con él hasta el final de los días, ejerciendo de caballo padre hasta donde tuviese fuerzas. El propio «Lionfante» ha contado cómo Fanto, malherido, escondido al saber que se le acusaba de la muerte de donna Cósima, fue curado por un monje griego que quería aprender las proposiciones del señor Pico della Mirándola, de las que le habían llegado noticias por un búlgaro muy mentolado

que compraba manuscritos helénicos para los Médicis, y que el propio monje lo embarcó en una nave de San Juan para Barcelona, desde donde Fanto, pensando que si «Lionfante» vivía, dolorido habría regresado a las cuadras casi nativas del camargués, allí se dirigió, y allí se encontraron jinete y montura, con grandes demostraciones de alegría. Hasta se alegró el camargués, quien decidió que era buena ocasión para beber algo. Los que creen en la estancia provenzal de Fanto, estiman que murió de sus heridas chipriotas, y que «Lionfante» le sobrevivió varios años.

VI

FANTO Fantini della Gherardesca veía su vida extendida ante sí como uno de aquellos pequeños valles que atravesaban los caminos que iban, en su tierra natal, de ciudad a ciudad. Sentado a la sombra de las bardas del corral en que encerraba los caballos del trato el camargués, su huésped, dejaba que el sol de abril le acariciase los pies descalzos. Oía cantar a Flamenca unas tonadas monótonas, que lo eran de amor, porque el bisílabo iba y venía por los versos una y otra vez. Flamenca se asomaba a la ventana, y Fanto veía sus redondos y blancos brazos. Contemplando sus pies descalzos se imaginaba los de Flamenca, blanquísimos, pisando la alfombra antes de acostarse. La vida se acababa. El camino atravesaba rápidamente el valle, pasaba el río por un puentecillo, contorneaba un bosque, hería una pequeña aldea, tomaba la sombra de unos cipreses al pie de un alcor, y desaparecía, ya a la derecha, ya hacia la izquierda, tras de una nube rojiza que se posaba lentamente, a la hora vespertina. Siempre que Fanto se sentaba a recordar, le parecía que caía ya la tarde, aunque fuese muy de mañana, y todavía tuviese en la boca el sabor de la leche de cabra recién ordeñada, que Flamenca le llevaba en un gran cuenco de barro blanco decorado con florecillas rojas. Flamenca, con las manos en la cintura, los brazos arqueados como asas de jarra florentina, permanecía de pie ante él, sonriéndole. Fanto bebía, y al devolverle el cuenco, bajaba la cabeza triste, con esa tristeza pacífica de la soledad insondable de los prisioneros. En otros tiempos le hubiese hecho el amor a Flamenca, y coronado al camargués. Había en Flamenca algo azul que lo seducía. Como había algo que era azul en Cósima Bruzzi.

Fanto se calzaba, se levantaba y salía al campo. Caminaba despacio hacia los álamos y se entretenía en tirar a la quieta laguna piedrecillas. Paseando, hablaba en voz alta, largos diálogos en los que era a un tiempo él mismo y los otros, los otros que también eran Fanto y pasaban disfrazados de apetitos que él tuvo, de sueños, de esperanzas, de triunfos, de derrotas. Sabía cuando hablaba el verdadero Fanto, porque entonces, en su papel en el diálogo, usaba llevar la mano derecha al cabello dorado, alisándolo, como solía. Volvía a Florencia y a Chipre y a los caminos, y rompía una ramilla de abedul mirando a través de las hojillas el país, como cuando se emboscaba en sus días militares. Oteaba, por si descendían de las amarillas colinas las vanguardias de Julio César, y daba a los suyos órdenes breves y concisas, precisas, con el gesto perentorio del director de orquesta moviendo ambos brazos, conteniendo o alentando el sonido con las manos. Saltó un conejo tras unas peñas y se fue por entre la hierba. Fanto dejó de mimar, avergonzado.

Alguna vez se le ocurría que llegaba una embajada de Italia. Venían de una ciudad a pretender sus servicios, y le mostraban monedas de oro derramadas en la mesa de piedra, bajo la parra. No sabía imaginarse otro escenario. Fanto se sentaba apoyando las espaldas en la pared de la bodega, el brazo derecho acodado en la mesa, y el izquierdo apoyado en la cruz de la larga espada, una espada larga, de bizantino, que él

no había tenido nunca, pero que ahora le parecía un complemento indispensable en el aparato del trato. La ciudad, por ejemplo, se llamaba Chiaramontana, era muy rica, y la querían a la vez el rey de Francia y el duque de Milán.

—¿Cuál es el duque de Milán? —preguntaba Fanto a los embajadores, que estaban ante él, los tres vestidos con trajes oscuros, verde botella y burdeos, y para tratar sacaban de sus bolsas una medalla con un león rampante coronado, y se la colgaban al cuello con una cadena de oro. Los embajadores no dejaban quietas las monedas, las apilaban y las derramaban, las hacían tintinear contra la piedra. Los embajadores tenían la vista clavada en él, y siendo tres, parecían cien o mil los ojos que contemplaban a Fanto, que espiaban el menor de sus gestos, el parpadeo que Fanto sabía que tenía rápido cuando dudaba antes de tomar una decisión. El señor capitán tenía la impresión de que las miradas de los embajadores se adentraban en su pensamiento, serpentinas, tenaces, llegando hasta los más ocultos pasadizos de la mente.

—¿Cuál es el duque de Milán? —preguntaba Fanto, por distraerlos, porque dejasen aquella quietud de estampa, que parecía serles necesaria para que sus miradas trabajasen, lentas, sinuosas, adormecedoras.

—El duque de Milán es tuerto, y ya no hay Sforza ni Visconti, que son los de ahora turcos, todos tuertos, todos negros, y duermen en tinajas de agua caliente, asomando la cabeza por el cuello, entre terciopelos blancos. Duermen con el casco puesto, un casco de acero que termina en uno como cuchillo aragonés, menos el del duque, que el de ese termina en un falo de dos cuartas, de cuero, del cuero del rinoceronte que fue exhibido en el Carnaval de Venecia, y fue una gran novedad. Estos turcos, por dormir apoyados en el cuello de la tinaja, se les alargó el suyo, y si llegasen enemigos, podrían batirse con el cuchillo del casco, que tienen muy ejercitado, al despertar por las mañanas, hacer esgrima de cabeza los unos con los otros. Y el falo del duque demuestra que todos son sus hijos, los entinajados, y que es el marido de todas las mujeres.

Fanto se levantaba y paseaba hasta el pozo, y apoyando las manos en el brocal miraba el agua, quieta y oscura, allá abajo. Le gustaría subir, galopando, hasta Chiaramontana, entrar por la puerta de las Rosas, que la habría, y por las estrechas y engalanadas calles llegar hasta la plaza de la Señoría. Una muchacha le tiraba un guante blanco, y al querer cogerlo en el aire se le iba, que era una paloma. La muchacha entonces le mandaba los ojos negros, negros, y las pupilas estaban allí, ahora mismo, brillando en el agua del pozo. Los embajadores seguían hablando al otro Fanto, que continuaba sentado ante ellos. Desde donde estaba, junto al pozo, Fanto Fantini della Gherardesca los veía y escuchaba.

—Dicen que el duque de Milán sabe gimnasia de muñeco chino, que se la trajo en papel, dibujada, Marco Polo, y duerme con la cabeza en el fondo de la tinaja, y no se ahoga, y haciéndose un nudo con las piernas, es su pene verdadero el que muestra, eso sí, dentro de la funda de cuero de rinoceronte, porque no se le posen moscas, o se

le acatarre, o alguien a traición se lo corte, con lo que se acabaría su ducado. La funda de cuero de rinoceronte está forrada de acero, en placas de media pulgada.

Los embajadores hablaban los tres a un tiempo, decían las mismas palabras, hacían los mismos gestos.

Y en esto salió el camargués a buscar una cuarta de habas para el almuerzo de una yegua de poca leche, y viendo a Fanto junto al pozo, las manos cruzadas sobre el pecho, la cabeza baja, creyó que el capitán estaba en un mareo, y por acudirle posó la cuarta de habas en la mesa, sobre el oro, ante las narices mismas de los embajadores de Chiaramontana, contra el brazo derecho de Fanto, del otro Fanto, quien se disponía a preguntar qué señores oficiales pondría Chiaramontana a sus órdenes. Y con esto desapareció aquel Fanto que ya soñaba volver a las batallas de Italia, desapareció el oro, se esfumaron los embajadores con sus barbas caprinas, y quedó Fanto, el verdadero, el malherido, el fatigado Fanto, el derrotado Fanto Fantini della Gherardesca, inclinado sobre el pozo, queriendo verse en las pupilas de la muchacha de Chiaramontana...

Como éstos, muchos sueños e imaginaciones otras. Se le ponía frío en la frente y en el pecho, y se le dormía la pierna izquierda, que tardaba en despertar bajo pellizcos y friegas, lenta y dolorosamente.

—¡Baño de agua salada con excremento de cabrón, mi capitán! —le sugería el camargués—. ¡No es aristocrático, pero cumple!

Flamenca le envolvía la pierna con trapos mojados en agua caliente, y al inclinarse sus pechos rozaban levemente el cuerpo de Fanto, quien con el placer entornaba los ojos. Entraban las gemelas Bandini dell'Arca, con sus camisones abiertos por ambos costados hasta la cintura, y una y otra le ofrecían a Fanto sus largas, blancas, suaves piernas que olían a espliego, y era bien que el cambio de pierna se hiciese bajo aquellos trapos humeantes para que Flamenca no se enterase. Y cuando llegase la hora de mudarlo, aparecería la nueva pierna, una pierna izquierda como la que tuvo adolescente, cubierta de un finísimo vello dorado pierna sin cicatrices. Flamenca gritaba:

—¡Milagro! ¡Milagro!

Y Fanto vio entrar en la habitación al arzobispo de Pisa, y a muchas, muchas mujeres que lloraban, que le tocaban la pierna, que frotaban sus hijos contra la pierna sana, rejuvenecida milagrosamente, del señor capitán. Fanto escuchaba al arzobispo:

—En el momento oportuno, la pierna le será cortada, y yo anuncio que regalo un relicario de plata sobredorada en el que se guarde en la iglesia de Santa Ciprina, a la que se debe el milagro.

Fanto buscaba donde esconder la pierna, que se acercaba el sacristán de Santa Ciprina con unas enormes tijeras. Flamenca lloraba, y Fanto le escuchó decir, se lo escuchó verdaderamente porque Flamenca lo dijo, quizá las palabras recuerdo del refrán de una canción de provenzal:

—La vida del hombre es como una mañana de pájaros.

Y Fanto supo que iba a morir.

RETRATOS Y VIDAS

VIDA DE NITO SALTIMBENI DE SIENA

COMO se dice en el texto, Nito era de la familia de los Saltimbeni que tenían casa en las afueras de Siena, saliendo por Porta Romana, y en su ciudad se ensayaba en la contrada que dicen de la Tartaruga. Tenía veinte años cumplidos por San Benito cuando conoció en Florencia, en la feria de San Juan Bautista, al signor Fanto, cuan este fue con messer Capovilla a la compra del caballo «Lionfante». Nito era más bien alto, con el pelo rojo muy espeso, que lo traía largo, como era costumbre en su familia, con la gracia de sacar por entre él, puntiagudas y como de zorro, las orejas, que las tenía muy movibles ya de herencia, para catar vientos. Nito había dejado su casa por buscar señor con el que apalabrarse de escudero, y acompañó a Fanto en sus primeras armas y le ayudó a salir de sus primeras prisiones. Hablaba toscano y provenzal, y eran tantos los deseos que tenía siempre de lucirse como traductor de ambas, que ya hablaba al mismo tiempo las dos, una en natural y la otra le iba detrás como sombra. Tenía el andar gracioso, era cortés y generoso, y a las mujeres les placía porque siempre sonreía. Peleaba cubriendo a su amo por la espalda, y le gustaba gritar su nombre en las batallas. Sabía de arroces y le gustaba el jamón en dulce, y en beber prefería el soave. Sus ojos negros ponían un aire de novedad en el mundo que miraban. Cuando su amo se enamoró en Chipre de donna Cósima, quiso Nito hacerse con la primera doncella, que era de Rovigo y tenía un lunar en la barbilla, algo metida de hombros, pero muy abundante de pecho y regadora de macetas de claveles. La de Rovigo le dijo en un aparte a Nito, que le apretaba la cintura, que no podía entregársele, porque estaba casada en secreto con un oficial de la renta de la caballa, y preñada de cuatro meses. Matrimonio y preñez que declararía por la Epifanía, así que cobrase el año de donna Cósima, y recibiese los regalos. Nito se quejó de su mala suerte en amores, y la de Rovigo le prometió que si algún día coronaba al oficial de la Renta de la caballa, aunque habría de ser movida por una pasión como la que enloquecía a donna Cósima, que le daría a él la primicia del adulterio. En prueba de ello le mostró los pechos, y dejó que se los acariciase con un clavel reventón.

Cuando llegaron los turcos a Famagusta, Nito estuvo con el capitán Fanto en los terribles días de aquellas batallas sin arte, a lo topa carnero, en las que su amo, tanto como devolver el otomano al mar, quería abrirse paso hacia el castillo, donde lo esperaba donna Cósima. En uno de los encuentros, Nito perdió el caballo y se escondió en una bodega, y cuando entraron los turcos y vieron que allí sólo se guardaba algo de vino, quebraron las barricas con sus mazas, dejaron que el líquido se vertiese, y se fueron. El último que salió, dio vuelta, y haciendo cuenco con las manos, bebió dos veces del cardenete que vertía una pipa, y Nito estaba seguro de que el turco lo había visto, en el rincón aquel, tras unos sacos. Pero ya que bebía vino, no sería turco sino un renegado, y por eso calló, compasivo.

Pronto supo Nito lo que se decía de su amo, que había apretado el cuello de donna Cósima, y que había muerto, y el escudero se fue tierra adentro, lejos de los turcos y de los griegos que le conociesen, haciendo posada en las aldeas y en los monasterios.

En uno de estos conoció a un sacristán que era de Bari, que allí hay familias ortodoxas, y estaba cursando para maestro de ceremonias, con el fin de volver a su ciudad titulado. El sacristán, que se llamaba Periandro, habiéndole Nito confesado que era de Siena, le dijo que qué le iba en aquellas contiendas de venecianos y turcos, y que se fuese con él a una isla lejana, muy secreta, donde iban a guardar, por si volvían todos los turcos juntos, las reliquias de santa Tecla y de los santos Cosme y Damián que tenían en aquel monasterio. Y que él iría con el abad y el monje doctoral, precisando de un hombre de armas para las ceremonias. Aceptó Nito, lo vistieron de espartario del Basileo con un casco de ala levantada —y que aún así no dejaba ver bien las orejas familiares, lo que era un fastidio—, y una banda amarilla, con flores y dragones bordados, a la cintura. Esperaron abril, cuando llega viento de Siria, y salió la comitiva para la isla secreta. Tardaron tres semanas en llegar a ella, y ya estaban avisados los isleños. Hubo procesión con las reliquias, cánticos griegos e incienso, todas las campanas repicaron, y Nito iba al frente, con la espada desenvainada, y la gente le llamaba estrategia y aplaudía.

Nito andaba triste por la muerte de su amo, por aquel aliento criminal que había venido de últimas a envolver sus amores, preguntándose por dónde andaría «Remo», que aquellos días con su compañía serían más llevaderos. Y caminando por la orilla de la mar, sosegándose con el ir y venir de las olas en la playa vio venir hacia él a una mujer que cojeaba, envuelta en un gran manto negro, y que ya de cerca halló que era una muchacha muy hermosa, con los ojos verdes, aunque eso sí, con la tacha de la piernecita corta, huesuda y retorcida. Se miraron durante largo rato, y al fin ella preguntó algo:

—¿Fanto?

Y entonces Nito se dio cuenta de que se encontraba en la isla donde, de una prisión salvaran a su amo unos delfines, con la ayuda de una cojita. Nito se arrodilló, le cogió una mano y se la besó.

—¡Ha muerto! —respondió.

La cojita dio un grito, vaciló, y al fin cayó en la arena. Nito apoyó la cabeza de la muchacha en sus rodillas, le dio aire con su casco, y esperó paciente a que despertase. Puede decirse que Nito ya la amaba, a lo que contribuía el efecto de la cojera, que a Nito parece que le despertaba más la fuerza viril el que la mujer fuese coja o jorobada, o tuviese un defecto de nariz, o le faltase un ojo. Cuando salió del desmayo, Nito ya la llamaba Safo, mi querida Safo, mi dulce Safo, Safo de mi vida, y la besaba en la frente. Safo se abrazaba a él y preguntaba:

—¿Cómo era en verdad?

Nito le contó largo y tendido, y los dos lloraron el final. Nito calló lo de donna Cósima, por no manchar la memoria del capitán en el alma de la niña. Safo besó en

las mejillas de Nito las lágrimas que derramaba por la muerte del signor Fanto, con lo cual, sin saber cómo, se encontraron amantes acostados sobre la memoria de aquel, acariciándose, entregándose, como si necesitasen resucitar tras el dolor de la muerte... La cojita había heredado de su tía Eufrasia una casa con una viña, al abrigo del labeche, a la que fue a vivir Nito. Los monjes querían que los siguiese a otras islas, a explicar cómo se escondían y se vigilaban las reliquias, pero Nito les dijo que se quedaba con Safo, previa boda, y el abad, a quien el senense le había caído simpático, lo dejó por espatario fijo de Santa Tecla en la isla, y con una renta sobre la miel y la cera. Para la boda existía el inconveniente de la procesión del Espíritu Santo, amén del primado romano, pero el abad resolvió el asunto preguntándole solemne a Nito:

—¿Crees en las cosas visibles e invisibles?

—Sí, creo —respondió Nito.

Todo esto se supo por lo que en Bari contó el maestro de ceremonias. Nito dijo adiós a las batallas, y con Safo amorosa, dulce como palito de regaliz, se quedó en la isla, cavando la viña, guardando las reliquias de Tecla. Tuvo hijos y vio nietos, y algunos de ellos, con gran contento suyo, salían verdaderos Saltimbeni de Siena, con el pelo rojo mesto y las orejas puntiagudas.

VIDA DEL CABALLO «LIONFANTE»

DEL tordo «Lionfante» ya se ha dicho todo. La única cuestión todavía debatida en las Universidades italianas es si bajó a Venecia a hablar ante el Senado o no, y si lo hizo, si fue todavía en vida del capitán Fanto Fantini della Gherardesca, o este ya estaba muerto cuando «Lionfante» hizo su laude y defendió su memoria. Los más se inclinan a creer que fue en vida del gherardesco, y como medicina para la dolorida soledad de este y su cansancio de vivir. «Lionfante», según esta tesis, lo convencería de dejarle ir a Venecia a recordar su nombre y sus hazañas, que muchos se preguntarían qué fue de él, y convenía aclarar, primero y principal, que no diera muerte él a Cósima loca, a la que habría perturbado un aire que habría quedado en el castillo de Famagusta, en la estancia de la muerte por el Moro de dama Desdémona, y que fuera el Loredano cornudo el asesino.

—¡Llámale vengador! —pidió Fanto a «Lionfante», según el caballo comentó ante el Senado de la Serenísima, apurando la patética.

«Lionfante» añadiría que al saber de Fanto vivo, se juntarían gentes de armas para aclamarle como capitán, y cada dos ciudades, una lo llamaría para la guerra. Finalmente, que las heridas que tenía medio abiertas, se las cerraría un cabalgar de mayo por los alegres campos. Si el camargués, que asistía a todas estas pláticas, supiese escribir, o tuviese clérigo a quien dictarle, tendríamos ahora, probablemente, alguna carta suya en la que se contase que al final de cada parlamento de «Lionfante», este se dirigía a su amo ofreciéndole una copa de vino provenzal.

Muchos creen que fue durante el viaje de «Lionfante» a Venecia, cuando se produjo la muerte del condottiero, y según un libro de la parroquia de Santa Marta en Aubagne, el camargués Guillem —en otros lugares escrito su nombre Guilloum o Guilloue—, solicita en 1509, ampliar el nicho en el que está enterrada su mujer Flamenca, y *per honestá, amb tres taules inter corpores i be ferrats i arredout, també le corps moutt vegades feril du seigneur Fant*.

Está probado que «Lionfante» vivía todavía en 1504, y resumiendo nuestras investigaciones, podemos decir que después de la muerte del signor Fanto se hizo lacónico, dejó la bebida, pasó a quejarse de vez en cuando en provenzal, amistó con una asna zaina con la que salía a tomar el sol, y que le dejaba mamar los desayunos, y el camargués, viudo, y «Lionfante» sin amo, se hicieron compañía en los últimos y pacíficos años de su vida.

VIDA DEL BRACO «REMO»

SE ignora como «Remo» regresó a Italia, pero se sabe que en 1504 está en Florencia, perdida la vista del ojo derecho, preguntando por el clérigo que había interpretado sus letras etruscas, el cual ya no vivía en Florencia, que le habían dado un beneficio o una cátedra en las Españas, que eso no se sabía de cierto, y que por no ser toscano sino de Burgos o de Pamplona, no tenía familia conocida que le pudiese dar la dirección. (Lo de citar Pamplona, eso era tópico retórico, por la «*prise de Pampelune*» por Carlomagno). «Remo» malviviría en Florencia hasta encontrar un escribano que de gratis le echase la instancia, de que ya hablamos, para un cajón con escudilla en el Santo Hospicio para huérfanos pobres. Estamos en febrero de 1509. «Remo» declara «haber quedado sin amo y no tener domicilio fijo». Nada dice de que su amo, Fanto, haya muerto. Pero por San Martín del mismo año, cuando pide una manta con que protegerse de los fríos del invierno, la pide negra, «por el luto que guarda por Fanto el Mozo». Esto nos permite señalar que el discurso de «Lionfante» debió propalarse por Toscana entre febrero y noviembre, y con él la noticia de que Fanto había muerto.

«Remo» fue el perro del que haya noticia que viviera más años. Parece que alcanzase los cincuenta y tres. Cuando las damas de la Cofradía de San Ramón Nonnato iban de visita, con cestillos de dulces para los acogidos, siempre saludaban a «Remo», el cual, con su lengua mixta, les explicaba cómo iban vestidas sus madres, y decía el nombre del caballo del Colleoni, y si no lo trababa el reuma, mostraba el pasito atrás de la danza que llamaban conversa. Una vez que quisieron hacer una función con la historia de Florencia en los últimos cien años —con Savonarola en la hoguera y todo—, llevaron a «Remo» al escenario, para que diese su aprobación a los figurines, y dijese qué cintas, moños, escotes y bullones se llevaban en 1470-1480 y cuáles no, que el autor no se fiaba de la pintura, que los maestros del pincel sacaban a Ulises con un traje que usara en sus bodas un primogénito de los Médicis.

En 1510, aparece dado de baja «Remo» en los libros del Santo Hospicio.

LAS GULAS DEL CLÉRIGO QUE LEÍA ETRUSCO

A Néstor Luján

NO le fue posible al autor de este texto el recoger dato alguno acerca de la estancia en Florencia del bachiller Botelus, que este hispánico era el clérigo que entendía etrusco y sus letras en la ciudad del Arno, según probó el día en que el caballero Fanto Fantini della Gherardesca compró el caballo tordo «Lionfante». Se supone por los eruditos andaluces —que lo tienen por compatriota—, que viajó a Florencia por estudios neoplatónicos, y que es probable que haya conocido a Marsilio Ficino. Alrededor de 1490 falleció tras los sucesos que se narran a continuación. Su famosa disertación sobre los cometas permanece todavía inédita, y por eso no puede aludir a ella el maestro Menéndez Pelayo en su historia de la ciencia española.

I

Talla corta, no más de la que se pide en quintas, metido en hombros, flaco, pálido bajo el octogonal bonete rojo de los bachilleres *in utroque* por Osuna, enmarcado por guedejas negras que le abrigaban en la nuca y se le ondulaban en el cuello, siendo lo más notorio de este una nuez en ángulo agudo, medio cubierta por un lunar vinoso. Los ojillos, vivos y claros, se apartaban en el nacimiento de una nariz larga y curva, que terminaba mismo a la entrada de la boca con dos ventanales amplios y pilosos. Lo único que merecía el adjetivo carnosos en aquella cara eran los labios gordezuelos y colorados, y en el resto del cuerpo, escurrido, las manos blancas, los dedos sin nudo, las yemas como cerezas, manos femeninas, suavizadas cotidianamente con agua gorda de molleja de pavo. El bachiller Botelus, cuando hablaba desde el púlpito, se retiraba difuminándose en la sombra, pero mostraba a la luz de las lámparas sus manos ágiles, expresivas, fáciles en apoyar los argumentos, en subrayar la mayor, en afinar los distingos, en el repetir en el aire la palabra, el calificativo culterano insólito, hallado por el bachiller tras toda una noche sin sueño. A veces se le olvidaba, precisamente por lo inusitado, el adjetivo buscado y rebuscado, que no estaba en Mena ni en su día lo lograría Góngora, y las manos, sin embargo, lo decían y repetían en alado movimiento caligráfico, y el propio bachiller Botelus lo leía de sus manos, lo recordaba ahora, y entonces lo decía con aquella voz suya, gruesa pero clara, y que subía, decisiva, implacable, en el final del párrafo. Cuando descendía del púlpito, el bachiller Botelus besaba sus propias manos, tan preciosas, que tan bien le servían, y volviendo en la memoria a los días infantiles, cuando en su casa se prometían la madre viuda y las tías solteras que criatura tan inteligente y tan piadosa llegaría a Archipámpano de las Indias, chupaba el pulgar de la mano derecha, que de niño, mojado en miel por tía doña Aurea, le permitía adormilarse soñador, y que ahora era, de todos sus dedos, el que más sabor a pavo conservaba tras el suavizamiento con el agua gorda de la molleja del pavo. Creo que aquí tuvieron su origen las gulas del bachiller Botelus, uniendo en él el sentido del gusto al placer del triunfo dialéctico, el sabor a pavo, por ejemplo, a la casuística de la *Lex Cornelia* de Falsis, que dominaba.

Pero el bachiller Botelus, orador de mérito, anticipador de pallavicinos y de bosquecillos barrocos en sus sermones, era de sorprendente ineptitud para las discusiones académicas; salía con gran ímpetu argumental, pero a poco comenzaba a tartajear, y basta con que el contrincante arguyese con tono seguro y aire suficiente, para que el bachiller Botelus transformase las columnas salomónicas de su oratorio en balbuceos ininteligibles. Metía todavía más la cabeza entre los escuálidos

hombros, entornaba los pequeños ojos para no llorar, y se retiraba en silencio, y puesto que derrotado y vedado de triunfales ensoñaciones, sin besar sus lindas manos ni chuparse el pulgar sabroso. Sabía Botelus de corrido la *Lex Abutia* y la *Antia Sumptuaria*, que trata de los gastos en banquetes, y el bachiller enemigo confundía la *Lex Claudia* con la *Clodia*, o la *Celia* de las deudas, pero como fuese alto y se moviese sosegado alrededor del poste y dijese solemne, Botelus se arrugaba desde la boca a los genitales, se derrumbaba castañeteando los dientes espatulados, amarillos, se le llenaba la boca de ácida salivilla, y alguna vez, sin darse cuenta, hizo por sí aguas menores. Derrotado, se marchaba hacia su casa, tordeando como beodo, tropezando, percibiendo la loca galopada de su corazón, que parecía no encontrar espacio suficiente para latir en el hundido pecho del bachiller Botelus.

Pasaba un día a agua, y poco a poco volvía en sí. La primera señal de su resurrección era que osaba contemplar sus manos, acariciar la una con la otra, examinar el pulgar de la derecha, al que treinta años de chupaditas habían hecho una cinturilla... Osaba decirle, con frase traída de Florencia:

—*Caro capizzoli mio!*

Capizzoli, en toscano, es pezón de mama. Pues Botelus se levantaba del lecho, y de la alacena requería el jarrillo con el agua gorda de la molleja de pavo, que ya echara moho en la nata, y al principio con temor, pero luego animándose en el trabajo, se daba masaje manual y estudiaba una vez más las líneas de las palmas, que le aseguraban larga vida y triunfos dorados, y finalmente, vacilando primero para tomar una firme resolución, se llevaba el pulgar a la boca, dejándolo reposar entre los labios, como pidiéndole permiso, e inmediatamente poniéndose a chupar ansioso, curándose de hambres físicas y espirituales, tumbándose a ensoñar, imaginando la próxima academia, en la que armado de todas sus armas, prestos todos los ramos de la retórica latina, jurisperito, razonador implacable, destruiría contrincantes, y si era preciso la academia misma, Sansón de la dialéctica. Escuchaba sus propios argumentos contra los contrarios como hachazos de poderoso leñador en un bosque, y mientras la mano derecha le ofrecía el pulgar al pavo, la mano izquierda golpeaba, aplaudiendo, en el flácido muslo. Le entraba entonces el deseo de recuperar fuerzas, una canina hambre, y gritaba clamando por el ama, pidiendo almuerzo, y todas las voces daba sin dejar de chupar el pulgar albaforado de pavo, reclamando pan y compango, truchuela y lardo, pollo asado, olla podrida y vino toledano. Y comiendo y bebiendo, el bachiller Botelus notaba cómo le venía fácil a la memoria toda la glosa boloñesa, se le ocurrían argumentos nuevos impecables, y las manos suyas, obrando por su cuenta, se disparaban en el aire gesticulando graves opiniones y contundentes silogismos. Al encontrarse tras el copioso almuerzo tan completo en doctrina y en elocuencia, y siendo rápido en las digestiones, a las dos horas estaba de nuevo a la mesa, saludando una torreznada con huevos y una escabechada de atún de almadraba, y pidiéndole al ama que le dejase cabe la cama, por si nocturno se le abría el apetito, unas pechugas de perdiz en vinagreta y un socanto de queso manchego, amén de una

jarrilla de sangría al fresco en la ventana. Soñaba laureles y se despertaba campeón invencible, recitando a Bártolo. Y si pasaba ante la portada gótica de la Colegial, en la que en un capitel está un puerco de gran hocico, como de buscador de trufas, símbolo de la gula, se decía que la suya estaba justificada por las exigencias intelectuales más altas... Con todo esto se le fue ampliando el estómago, y el buscar argumentos exquisitos lo hizo exquisito, al tiempo que se adentraba, con blancos y tintos y moscateles, por el camino de la ebriedad. Pero, eso sí, aseverando que su gula no lo era, ni pecado, que sólo tragaba la cantidad de materia que necesitaba el pabulo de su mente, como cera el de la vela, para arder.

Un día se halló tan en forma que decidió probarse, máxime que era Pascua Florida y Botelus había pasado toda la Cuaresma en banquetes ocultos, como si fuese de los más fieles de don Carnal del Arcipreste, mientras que sus presuntos contrincantes habrían ayunado y guardado las abstinencias de rigor.

«A estos del bacalao y la alcachofa, los voy a usar de rodapié», se dijo.

Y sabiendo que estaba en la Posada Nueva del Montañés hospedado el licenciado Conciso —de su verdadero apellido soriano Corto—, allá se fue a buscarle pelea dialéctica. Era media tarde abrileña y una alegre brisa paseaba por la Alameda. Bajó el bachiller Botelus por la rúa de los Balcones, saludando a diestro y siniestro, abriendo las blancas manos sobre el pecho por si alguien salía a admirárselas, silbándole a un perro, canturreando ejemplos de Quintiliano, a veces la flor latina del retórico interrumpida por un regüeldo aguado y áspero del conejo en salmorrillo del almuerzo. Y en el patio de la Posada Nueva del Montañés estaba el licenciado Conciso, aprovechando aquella hora de soledad, sentado ante una mesa sobre la que estaban, abiertos, los cartapacios de las lecciones salmantinas.

—¡De todo, licenciado Conciso! ¡Pica por donde quieras en tus cartapacios! ¡Ladra cánones y cuestiones!

El licenciado Conciso era un respetable anciano, de la estricta escolástica, alabado por un estudio sobre el tratado *De ente y esencia* aquiniano. Alto, membrudo, bermejo, por una orquitis perpetua andaba lento y con las piernas muy abiertas, y con los años había perdido aquella solemne entonación salmantina que había pasmado en Salamanca, y un eco de la cual llegó hasta Erasmo. Tenía doce sobrinas, y había viajado desde Valladolid por los tratos de boda entre dos de ellas, que no querían convento, y los pretendientes que habían conocido en la feria de Medina del Campo y trataban en lana merina. El licenciado quería enterarse de la condición y fortuna de los mozos antes de dar el pláceme a las nupcias, y la verdad sea dicha que no estaba para disputas con aquel pequeñajo insolente, al que veía por vez primera en la ocasión aquella. Botelus se subió a una banqueta, se apoyó sobre dos odres de tinto que estaban de pie, como dos santos viejos, sobre una tarima, y dio a elegir al licenciado Conciso:

—¡Cánones que es lo mío, o metafísica que es lo tuyo! ¡Heráclito, o de que todo fluye, o el divino Platón con la Atlántida!

Se levantó trabajosamente Conciso, por lo dicho antes de su orquitis crónica complicada con hidrocelia doble máxima, y le preguntó al intruso, sin alterar la voz, si era acaso el señor Pico de la Mirándola, que llegara aquella mañana misma de Italia. A las voces de Botelus habían acudido el mesonero, su hija, dos arrieros cordobeses, y un lego franciscano, que corría a la limosna.

—¡Que acudan los vecinos! —gritaba Botelus, quien sin atender a las razones de Conciso, que le suplicaba calma y tranquila controversia, se lanzó a exponer, y a la verdad con harta ciencia, una lección contra la aruspicina que había preparado para una sesión de la Academia, partiendo de lo que en la *Farsalia* se dice del etrusco Arruns, cuando ordenó quemar en los días del paso del Rubicón, con madera de árboles, infaustos, los monstruos que la Naturaleza había producido sin simiente alguna. Negaba monstruos, negaba árboles infelices, negaba prodigios, negaba la existencia misma de Arruns, el etrusco. Y con tanto «¡Nego! ¡Nego!» gritado con la potente voz, atrajo la vecindad toda, y el patio estaba lleno de gente cuando Botelus apretó a Conciso para que le respondiese. El licenciado tranquilo, indiferente, ató las cintas de las tapas de sus cartapacios, y se retiró en silencio hacia su cámara, con el lento andar que le imponían sus males. Botelus se reía, se contemplaba las rayas de sus manos ambas, se daba golpes en el bonete y en el pecho, tiró media onza de oro al posadero como pago de los odres de vino cuyos piezgos desató, y comenzaron a verter. El vino encharcaba la tarima y caía en el empedrado, y los presentes buscaban jarros y tazas con qué aprovechar aquel caldo.

—¡Es sangre de Seseña! —gritó Botelus quien, catador de mérito, le conoció la toledana nación al vino sólo por su aroma.

Se bajó de la banqueta, y atravesando el patio salió por la puerta de carros, justo en el momento en que una gallina rojinegra y calzada en blanco, volaba desde el estercolero al nido, que ya anochecía. En el aire la cazó el bachiller Botelus y así viva y cacareante como estaba, le clavó los dientes en la pechuga, y escupiendo plumas, comió, y los dos muslos. Entusiasmado, ensangrentado, repitiendo en voz alta los párrafos más felices de su antiaruspicina, llegó a su casa, se sentó a la mesa, y gritó al ama que le sirviese del cochinillo y de las habas con longaniza que sobraran de mediodía, que por nada del mundo quería caer en debilidad dialéctica. Aunque tuviese que comer torreznada en Viernes Santo.

Como el licenciado Conciso se había retirado con prisas de la ciudad, terminada la pesquisa sobre los pretendientes de las sobrinas, que resultaron ser buenos y de buena gente, cristianos viejos, y en lo tocante a dineros y rebaños lo que habían dicho; prosigo que habiéndose ido Conciso, todo lo que se supo de la disputa en la Posada Nueva fue lo propalado por el bachiller Botelus y por los que bebieron de los pellejos de Seseña, y por el posadero y su hija, y quedó claro que Botelus había apabullado a Conciso, quien ahora preparaba una Academia en la Colegial sobre los cometas. Botelus seguía comiendo abundante y de lo mejor, y los guisos todos, por el recetario de Guadalupe, muy especiados. Continuaba flaco, aunque muy mejorado de

color, y cuidando sus manos y echando sus siestas, paladeando la victoria sobre Conciso, e imaginando otras que no tardarían en llegar. Soñaba que era llamado a Roma para exponer su *Adversus Copernicus*, y que llegaba al palacio apostólico montado en una mula que, por cortesía hacia su ciencia, le había enviado el propio papa Borgia, que quería ver por una vez triunfar a los españoles, y por su mandato le echaban a Botelus media docena de teólogos, a los que reducía a polvo, escuchando desdeñosos sus argumentos y respondiéndoles por aforismos, y no dejando de comer durante la disputa, y en sueños masticaba corderillos lechales y pichones rellenos de higo, y la propia hija del papa, donna Lucrezia, le servía el vino. Los teólogos se retiraban boquiabiertos, mientras Botelus los apostrofaba con sus latines ceceantes de Osuna y con el gesto de Josué deteniendo el sol, que le salía perfecto, y montaba aquel caballo políglota que viera probar en Florencia y que recordaba que se llamaba «Lionfante». En este punto del sueño se veía alto y rubio como el gentilhomme mozo que lo había comprado, y despertaba porque se le encabritaba el caballo. Gritaba una vez más por el ama, la cual había tenido que tomar un ayudante, un morisco que tenía el punto del anís, y una vieja para la degollina y deplumado de aves, y por tercera o cuarta vez en el día se sentaba a la mesa, y si era posible, repetía en realidad el menú devorado en sueños.

Dio en soñar que era seguido por el pueblo, cuando iba o regresaba de los lugares donde discutía triunfador perpetuo, y que los padres le mostraban los hijos, y las mozas los vientres, blancos, blancos, para que los palmease, y en su día se hiciesen allí sus hijos sabios.

El bachiller Botelus seguía viéndose rubio en sueños. Interpretaba, mientras daba fin a un pastelón de montesina, que lo que lo enrubiaba era la aureola de la gloria. Pasaban por su casa estudiantes que querían conocerle y escucharle, unos por adularle, otros por honesta curiosidad y alguno por ser convidado a un gran almuerzo. El bachiller Botelus se presentaba entonces como un estudioso alejado de las vanidades mundanales, siempre amable en las respuestas y exponiendo temas, y dejaba aquel en que más lucía para el final, explicándolo apasionadamente, con mucho volteo de manos, desde su sillón cordobés con alzapié. Los estudiantes se retiraban en silencio, con corteses reverencias, y no bien salían de la casa, ya estaba Botelus chupando pavo en el pulgar y pidiendo comida. La verdad es que lo dominaba el entusiasmo por sus triunfos, y que terminaba la perorata, como en el caso de la gallina en la Posada Nueva, tenía que morder, masticar, llenar el estómago hasta rebosar. Botelus se daba cuenta de que aquella hambre feroz lo podía conducir a devorar cualquier animal vivo, perro, león o mula, que estuviese presente en aquel momento, e incluso a un ser humano. Al ama, por ejemplo, que era una viuda muy blanca de piel, bien peinada, oliendo a jabón de lima, el pelo recogido dejando ver el cuello, y los brazos al aire, en el todo regordeta y muy lúcida, y la mirada amable. La tentación de morder en aquellas mantecas le venía cada vez con mayor frecuencia, y el ama entendió que algo extraño le entraba al bachiller al verla, y lo tomó por

presión del sexto, y se dejó doñear un poco, hasta que un día el bachiller osó acariciarle los desnudos brazos, y con voz temblorosa, baja y como lejana, tal vez eco remoto de la caverna del caníbal primigenio, le dijo:

—¡Te comería de una sentada!

Y el ama vio entonces, como se ve el campo desde una ventana, que no era lujuria el temblor del bachiller, ni la caricia de sus ojos decía deseo, sino que todo aquello era gula, gula pura, y allí estaba la boca abierta del amo, mostrando los dientes bastos y cuadrados, dientes que parecían salir de la boca, que se acercaban terribles, la boca abierta, dispuestos a saltar al bocado. El ama huyó cerrando la puerta, y ahora entraba a las llamadas siempre acompañada del morisco y llevando en las manos algo que comer que sosegase al amo.

Los dineros de Botelus comenzaron a escasear, porque el gasto era mucho, y de la plaza corría lo mejor a la mesa del bachiller. El ama, puesta detrás del morisco, y con la puerta de la calle abierta, le dijo al bachiller que diera fin a lo que contenía la última bolsa que le entregó, y que ella, siendo manchega, no sabía manejarse al fiado como las cordobesas. Botelus dispuso vender una viña y un melonar, únicos bienes, amén de la casa, que le quedaban, y entregó al ama los dineros últimos todos. Le venía aquel apremio ahora que estaba preparando la famosa Academia en la Colegial, y la calidad de los argumentos sobre cometas que estaba limando exigían los más finos y delicados alimentos. ¡Aquellos gansos con uvas a la bacalao con ajada. El bachiller no veía cómo la sevillana! El ama decía que si querían durar un año sin tirarse al crédito, que había que echarse al gazpacho con conejo, a los garbanzos con tocino y al bacalao con ajada. El bachiller no veía cómo la estructura esbelta, delicada, orfebrería pura, de su disertación, podía ser llevada al límite de la perfección irreprochable saciando las hambres con una tinaja de garbanzos. ¡Qué dirían los cometas rojizos del Poniente! Para el argumento de la naturaleza aurífera de la cola del cometa, necesitaba un sustento fino, un alón de pavo con salsa de membrillo, del que gustaban en Palermo, y por ello en la ciudad siciliana andaba por las calles gente tan suasoria. El jamón de Jabugo era imprescindible para las especulaciones acerca de la densidad acuática de los cometas... El bachiller Botelus entró en la cocina, y con voz imperativa dispuso que el ama fuese al mercado y gastase todos los dineros en lo necesario para un único banquete de once platos, uno por cada uno de los once puntos de la disertación que ultimaba el bachiller. Tras el gran banquete, vinieron días aciagos, días oscuros de acelgas y nabos, garbanzos y truchuela, sopones de oveja y huevo cocido... En la mente del bachiller la aérea construcción de su disertación académica en la Colegial, se desmoronaba con la mala alimentación, se le soltaban puntos aquí y allá, como en media de hilo francés; acudía presuroso a reparar el daño, pero cuando había terminado de coger un punto, ya se le soltaba otro, o más arriba o más abajo. Parecía que también le mudara la voz, que se le había asentado dos o, tres escalones más abajo de lo habitual. El día de la Academia se acercaba, y el bachiller Botelus comenzó a temer el fracaso, otra vez el

tartajeo, el castañeteo de dientes, el hacer aguas menores sin sentirlo. Soñaba, y ya no se veía rubio como Fanto Fantini della Gherardesca, circulando por alamedas y palacios. Las mozas que salían con sus vientres desnudos en sus sueños, ya se pasaran a viejas arrugadas, legañosas, desdentadas. En una siesta, soñó que un niño aparecía sobre la cabeza del morisco, y repetía babeado el argumento más feliz contra la influencia del paso del cometa en el vino, con el que probaba que era fábula eso de la condición salutífera de los vinos del año del cometa. El bachiller Botelus caminando sobre las cabezas de los oyentes —lo que por otra parte no dejaba de ser un agüero favorable—, se acercó al niño, lo echó en una olla de habas viudas que andaba por allí, y lo almorzó mientras volaba. Pues bien, al despertar tenía toda la disertación a punto, gracias al delicado almuerzo, y pues había digerido tan bien al baboso, ya tenía hambre de otro. Tal era esta, que si apareciese un niño en el patio de la casa, Botelus lo trinchase y comiese.

Pero solamente en este sueño recompuso la argumentación *versus cometae*. Los demás días la enmarañaba y perdía, se le olvidaba Cicerón, y todo lo que había leído de prodigios en los Plinios, y en el abismo de la confusión lloraba, y se agarraba al único compañero y consuelo de su alma y de su gula, al pulgar de la mano derecha, amarillento, adelgazado en la segunda falange, pero conservando siempre el aroma del agua gorda de la molleja de pavo. En una de estas lloreras se tiró por el suelo, golpeó con la cabeza la librería, comió rabioso cien páginas del *Digesto*, y al final se quedó apampado, mirando para el techo, recibiendo en las mejillas la cera que derretía una vela encendida que había volcado sobre la mesa...

A consecuencia de aquel ataque hubo que aplazar la Academia en la Colegial, y quedaron sin dilucidar los cometas. Un hermano del bachiller mandó algunos dineros, y el ama mimaba con sopicaldos a Botelus, quien parecía habitar otros mundos, calladito, sudando bajo cuatro mantas zamoranas.

II

Botelus se fue recobrando, engordó algo, se le abrió el apetito —todo esto tras cinco semanas en las que no dio ni a pie ni a mano, y tuvo el ama que alimentarlo por la suya—, recordó el latín, bebió en ayunas yemas de huevo en vino dulce, y a un arcediano que lo visitaba le preguntó si para Pascua Florida podría celebrarse en la

Colegial la Academia con la disertación suya sobre los cometas, visto que se anunciaba uno para el año venidero. El arcediano, por animarlo, le dijo que sí, y que atase los puntos porque el tema estaba de moda y sería una excelente ocasión para demostrar su ciencia, y que todos en la ciudad estaban conformes en que la dolencia del señor bachiller Botelus tenía su origen en las muchas horas de estudio y en los grandes ayunos. Botelus ante tal afirmación, sonrió, y la sonrisa aquella lo curó del todo. Tanto, que no bien el arcediano salió de la casa, Botelus se levantó de la cama, se puso el bonete, pidió merienda, que la hizo de un resto de estofado, queso y vino, y sorprendió al ama y al morisco leyéndoles, subido a una silla, el introito de su famosa e inédita disertación. El bachiller no se dejaba ver en calles ni paseos, iba de la iglesia a casa y de casa a la iglesia, no recibía visita y hacía anunciar que en abril habría Academia. Hacía unas comidas mixtas, en las que primero entraban las que llamaba «cantidades» —verduras, habas, garbanzos, sopas de ajo—, y después las que llamaba «calidades», y que eran pequeñas raciones de los grandes guisos, hornos y asados que antes de su dolencia había amado tanto. Bien de memoria y de floresta retórica, sin embargo, algo le faltaba: aquel impulso entusiasta, sin duda, aquel apetito de triunfo de antaño. Las manos habían recobrado la antigua movilidad expresiva, y decían en el aire, elegantes, pero ya no tenían aquella gracia anticipadora de la frase decisiva y la palabra insólita en la conclusión. El bachiller Botelus dispuso que, conservándose en la mesa la misma ración de «cantidades», se doblase la de «calidades». Pasó de pechuga de pollo a pollo entero, y de muslo de conejo a pieza. Y mejoró, tanto que en los sueños volvía a verse rubio, y en los ensayos, al cabo de una semana, las manos volvieron a los irreprochables vuelos de los mejores días. Retornaron —en secreto, que era Cuaresma—, los grandes banquetes pasados, pero el viernes de Dolores, el ama le anunció al bachiller que ahora sí que estaban sin blanca, y que el morisco había huido llevándose sus ahorros. Unas acelgas, unos garbanzos, unos arenques, era todo lo que había en la casa, y el hermano del bachiller ya había escrito que no contasen ni con un maravedí suyo, salvo para el pago del entierro. ¡Y faltaban doce días para la academia famosa!

El bachiller hizo un sueño muy triste. Disertaba ante el Claustro y Gremio de la Universidad en fiesta minerval en honor del Código de Eurico y de las leyes godas contra los judíos —que habían aparecido en el escombros de un palomar—. Se había dejado la barba, y sobre su dorada cabellera, el bonete rojo, impulsado por el vapor que desprendían el hervor de las ideas que cocían en su cabeza, brincaba y giraba muy gracioso. El magnífico rector se fijó en ello, y comentó en voz alta con el gran canciller:

—¡Si ese tío no vacía pronto el saco, estalla!

Y el bachiller Botelus escuchó aquello, y efectivamente estalló. Estalló porque se le puso algo en la garganta que no le permitió decir palabra. Estalló su cabeza, y salió contra la bóveda gótica un chorro de garbanzos y de lentejas negras de Jaén, y su ama las recogía en silencio en una olla medio rota, mientras los señores del Claustro y

Gremio se retiraban en silencio, majestuosos e indiferentes a la tragedia.

Y fue saliendo de este sueño, en el que tan a lo vivo se le apareció un nuevo fracaso, cuando el bachiller Botelus tomó una heroica decisión: alimentarse del único manjar fino que tenía a su disposición, es decir, de su propio cuerpo. Pero, ¿por dónde comenzar? El pie derecho lo precisaba en la disertación, porque era con el que llevaba el ritmo de la elocución. Las manos le eran indispensables, aunque llegado el caso pudiera prescindir de la izquierda. La derecha era la mano del pulgar amado, de aquel dedo maternal, casi glándula mamaria, indispensable protector y compañero. Se despediría de él con el último aliento, el alma que salía de su cuerpo para el Juicio, rozando aquella piel que conservaría para siempre, aun cuando los vermes la estuviesen comiendo, el aroma a molleja de pavo. Podía comenzar por las nalgas, partes sin función oratoria, y de las que se olvidaba que las tuviese. Con un asado de nalgario y un potaje mixto, le bastaría para vivir en conserva mientras ensayase la introducción y los tres primeros puntos: incomparable belleza del arco iris postdiluvial, los cometas en la vida de Alejandro, y los fulguradores o intérpretes del rayo. Eso una semana. Y ya nos ponemos en Sábado Santo. Estaría quizá débil y poco alimentado, pero nada de comer un niño, o adentarle las nalgas al ama. Lo que importaba era la calidad. Además, quería deberse a sí mismo aquel gran triunfo, a su mente y a su carne. ¿Y ahora qué? Ahora le tocaba el turno a la pierna izquierda: sopa con los huesos; el pie, con los puerros primorosos; el jarrete, estofado, y el muslo, asado. Duraría esto para domingo, lunes y martes. ¿Y miércoles y jueves de Pascua, víspera de la Academia en la Colegial? La mano izquierda salteada, y algunas interioridades.

Así decidió, y ya tenía ante él al cirujano Filipo, con el estuche con sus cuchillas y bisturíes abierto. Era un tipo pequeño, gordo, colorado, sudoroso, alegre y portugués. Comía y bebía generosamente, aunque no con la exquisitez del bachiller, ni con la variedad, ni la transformación de las carnes ingeridas en las propias, se haría por fermentaciones tan sutiles como las que se producían tras cada banquete en el cuerpo del bachiller. La digestión se le aparecía a Botelus como una obra casi intelectual, y el bachiller pretendía que, al terminar cada banquete, sabía dirigir los elementos más finos y esenciales de lo comido a la alimentación de la sesera. Estaba viendo lo gordo que era Filipo, lo sano que estaba, lo que sudaba, grasa. El morisco había regresado a la casa, y asustándolo con denunciarlo por robo, podía obligarle a que le ayudase a descabellar a Filipo. El cirujano, con sus doscientas libras castellanas, daría para la quincena. Esa era la gran solución, la que salvaba sus nalgas, su pierna izquierda, su mano izquierda y varias interioridades... Pero, ¿las bastas carnes del cirujano, quizá judío, serían propias para la alimentación de un dialéctico? Esta era la cuestión, que haría si la respuesta fuere negativa, ridículo e inútil crimen. No, había que arriesgarlo todo por el triunfo, y el bachiller decidió que no había otra solución que devorarse a sí mismo: bastaría, en puridad, que apareciese ante el público, bajo el bonete rojo, el ovalado y pálido rostro, y por entre los pliegues

del manteo la mano derecha, la «prima ballerina» de sus manos, suave, tierna, adolescente, con la gracia misma de los movimientos juveniles.

—¡He dicho!

Aplausos, un chupe de pulgar, y a morir.

Y ante Filipo sorprendido, el bachiller Botelus levantó las faldas del ropón, mostrando la pilosa izquierda a la que desnudó de una media braguera, y le rogó que le sacase el jarrete, que le apetecía más que ningún otro manjar del mundo, y que quizás en él estaba remansada una mezcla de sabores de la última comida, en la que entraran truchas a docenas y un pernil adobado, y sospechaba lo del remanso de esencias, porque al levantarse de la mesa, halló que aquella pierna se le adormeciera.

Y como el cirujano Filipo vacilara en el corte y cerraba el maletín, diciendo que él no estaba para aquello, y nunca se viera en otra, a su propia pierna se echó el bachiller Botelus a bocados, y entre uno y otro gritaba al ama que le trajese sal y pimienta, que hallaba su jarrete algo insípido...

Por mucho que atajaron Filipo y todo el protomedicato de la ciudad, Botelus se desangró y puso a la muerte, y en las últimas chupadas del pulgar al pavo y se despedía de él con palabras tiernísimas, que hacían llorar a los presentes, y su hermano, que había llegado con ayudas contantes y sonantes, le decía a Botelus que no se despidiese, que quedase en estos pagos, que traía suelto para cien banquetes. Pero Botelus dijo que ahora estaba sin apetito. Y se quedó, con un suspiro hondo, en un chupe de dedo. ¡Golosón!

LAS SOLEDADES DE DONNA CÓSIMA BRUZZI

LA casaron mozuela con ser Franco Loredano, capitán de Mar y Tierra de Venecia en la isla de Chipre, y la noche de bodas ser Franco le explicó a la esposa un particular suyo que tenía, que era no podía cumplir con ella si no jugaba antes una partida de ajedrez y ganaba, precisamente dando mate con el caballo y siendo suyas las negras. Y de la victoria en el tablero de las sesenta y cuatro, salía disparado al lecho. Y para más seguridad, le ponía a sus caballos crines rubias, que eran de su propio pelo, de cuando niño, que fue un dorado muy gentil, y guardaba unos rizos en los primeros calcetines que usara. Y fuera cosa de su madre el guardar aquellas reliquias. Donna Cósima dijo que ella no sabía de ajedrez, y ser Franco aclaró que no importaba, que se dejase desnuda en la cama, que él, a través de la puerta, jugaría con un criado siciliano que tenía. La partida se prolongó largo rato, tanto que donna Cósima medio adormiló, ensoñando que venía a cubrirla un caballo de oro. Pero era ser Franco que estaba presto. A la mañana siguiente, desayunando un sorbete de higos melosos, el marido le pidió a la esposa que no comentase lo sucedido con ninguna tía o amiga, y que la educación de la aristocracia veneciana había llevado a sus más ilustres retoños a aquellas dificultades y delicadezas. Pero el sueño de la primera noche de amor carnal, se quedó en la memoria y en la imaginación de donna Cósima, para quien ser Franco y los amantes secretos que iban y venían por sus sueños, como las canciones van por los oídos, eran siempre hípicos dorados, y si no lograba esa figura, no había goce. Pero, con el tiempo, ser Franco fue perdiendo el aspecto caballar, y en Chipre habían aparecido unas aperturas persas en el ajedrez, y el veneciano cedía partida tras partida. Y fue en esa hora, una hora fatal, cuando apareció ante donna Cósima Bruzzi el capitán signor Fanto Fantini della Gherardesca.

Y si donna Cósima quedó estupefacta ante el capitán que su marido convidaba a almorzar, fue que lo vio como si entrase en sala un purasangre dorado. Lentamente, el caballo fue dejando paso a la verdadera imagen de Fanto, a los ojos azules, a la confiada sonrisa, a la gentileza de gestos, a aquella postura de saludo abriendo los brazos y echándolos hacia atrás que había aprendido de los franceses que bajaron con Carlos de Valois... Y por estas coincidencias, estalló súbitamente y tan fuerte la granada del amor, alcanzándolos a los dos con sus granos menudos y sabrosos.

Pero a los ayunos a los que la pérdida de capacidad ajedrecística de ser Franco sometía a donna Cósima, se unía un perfume que ella sorprendía en algunas cámaras y pasillos del castillo. Como si aquellas cámaras y aquellos pasillos estuviesen tapizados de membrillos. Alguien respiraba perfumado en las cámaras vacías y se rozaban sedas en la noche contra los rayos de luna que entraban por el gran balcón hasta el lecho mismo de donna Cósima. Sorprendió un día unas quejas dichas con femenina, aniñada voz, y queriendo recordar las sílabas que separaban los sollozos,

diciéndolas en voz alta, reconoció en su voz la voz oída, y en su corazón el dolor de la dueña de los lamentos aquellos. Que era Desdémona. Turbada anduvo semanas, huyéndose, refugiándose en las más altas torres, cubriéndose el rostro con velos negros, perdiendo pañuelos rojos por pasillos y jardines. Sí, Desdémona. Pero entonces Fanto tendría que dejar de ser el brioso corcel de rubias crines, y trocarse en el Moro, en Otelo. Sabido que eso era la muerte, pero ya no podría nunca más gozar con él si Fanto no era el Moro y si ella no moría. Y este fue el origen de los sucesos que se cuentan en el texto.

APÉNDICES

SOBRE EL DISCURSO DE «LIONFANTE» EN EL SENADO DE VENECIA

EL discurso de «Lionfante» ha sido muy analizado y discutido, dada la importancia que tendría el hecho de probar que Shakespeare lo había conocido y lo había utilizado en el acto I, escena III, de su *Otelo, el Moro de Venecia*, por lo menos en la parte en que «Lionfante» defiende a su amo de la acusación de haber seducido a donna Cósima Bruzzi, la bellísima mujer de ser Franco Loredano, capitán de tierra y mar por Venecia en la isla de Chipre. Por las noticias que tenemos, no parece que Fanto Fantini della Gherardesca haya contado su vida a donna Cósima en el almuerzo que siguió a la presentación, de los que habían de ser amantes, por el marido, pero es más que probable que ser Franco le haya explicado a su joven esposa quién era aquel capitán que desde Chios llegaba a asegurar la defensa de Chipre contra el turco. Que donna Cósima quedó prendada del rubio Fanto, de la clara sonrisa que amanecía en su rostro, soleado de los días de mar, solamente con verlo, es indudable. En entrevistas sucesivas, y ya en secreto, ¿cómo no le contaría Fanto a donna Cósima su vida militar, las batallas, prisiones, fugas y naufragios? El párrafo que en Shakespeare comienza «*Wherein I spake of most disastrous chances*», está en los pliegos góticos de 1510: «*Mi capitán le contaba a donna Cósima los azares de su vida, las aventuras por mar y tierra, de cómo por menos aun que el espesor de un cabello había escapado de la terrible prisión o de la muerte... y ella lloraba*».

Y el comentario que hizo el Dogo, «*Esta historia habría seducido igualmente a mi hija*», está textualmente en Shakespeare, «*I think this tale would win my daughter too*». «Lionfante» afirmó que él había asistido a varios encuentros de donna Cósima con Fanto en la terraza de Poniente, y que él estaba de vigilancia, lo que le era fatigoso, porque tenía que estar con las dos patas delanteras apoyadas en el vano entre las dos almenas de esquina, para poder ver si llegaba alguien por el camino de ronda, y aunque la honestidad y el respeto que debía a su amo, el capitán Fanto, le impedía echar de vez en cuando una ojeada a como iban los amores, que entre historia e historia había grandes silencios solamente rotos por los suspiros de donna Cósima, que eran como imitaciones de pájaros, podía jurar que jamás hubo entre donna Cósima y Fanto la menor discusión, ni pensares diferentes, y que todo era una música de abrazos, besos, promesas y largas despedidas, y que un día que se escuchó una alarma en el portillo de los Panes, su amo saltó sobre él y salieron al trote, como de vigilancia, dejando a donna Cósima desnuda en la terraza. «Lionfante» no pudo evitar el verla, y recordaba ahora que era como si la luna nueva se hubiera acostado en la hierba, en el rincón donde nacen los lirios. Fanto también iba desnudo, pero sobre el caballo se fue vistiendo, pese a lo difícil que era hacerlo trotando, subiendo y bajando escaleras, y cuando llegaron al portillo, ya estaba Fanto con su traje de malvís —esta figura «traje de malvís» ha sido muy discutida—, digo con su traje de malvís vestido,

y los borceguíes atados, que para no perder tiempo en ello, mientras Fanto se metía el jubón por la cabeza, «Lionfante» juró que él, con sus dientes, le hizo el nudo de los cordones de los zapatos.

«Lionfante» terminó su oración pidiendo a los señores de Venecia que permitieran al capitán Fanto Fantini della Gherardesca presentarse ante ellos, mostrar sus heridas, decir cómo amaba y no mató, y poner de nuevo su espada al servicio de la Serenísima República.

En los archivos venecianos no hay ni rastro de este discurso, ni de la discusión que en el Senado hubiera seguido a la intervención de Lionfante, pero era voz pública que un senador, Ludovico Brabantio, abuelo del Brabantio que fue padre de Desdémona, afirmó que mejor que no llegase a Venecia el capitán Fanto, que si se ponía a contar sus batallas y sus amores, no quedaría uno de la compañía que no pasase a cornudo, o perdiese una hija o sobrina en los brazos del condottiero. Sabido es que los más de los senadores de Venecia, ancianos, estaban casados con mujer moza. Y los que conocían la oposición del Brabantio a la venida a Venecia de Fanto Fantini della Gherardesca, decían que fue como si hubiese previsto la manera cómo el Moro enamoró a la niña Desdémona, contándole su azarosa vida, con añadidos de cavernas, caníbales, tempestades y la terrible esclavitud.

También se decía en Venecia, que por probar si le era tan fácil a «Lionfante» el bajar escaleras al trote, que le hicieron salir de la sala del Consejo por la puerta de Ojos —llamada así porque era aquella, secreta, por donde entraban a dar el parte los espías, y era como un espejo la tal puerta, y los espías no necesitaban hablar, que pasaban lo que habían visto al espejo, y los senadores estaban viendo lo espiado como en sesión de cine. Desde la puerta hasta el canal hay treinta y dos escalones, estrechos y húmedos, y «Lionfante» bajó suelto, giró en el descanso, y al llegar al canal entró en una góndola, ya un tal Passole que lo despedía y le daba un pan para el viaje, «Lionfante» le dijo que si el Senado acordaba que Fanto acudiese a defenderse, que haría una prueba de atarle los zapatos mientras bajaba las escaleras.

Cuando en Florencia se representó la pieza teatral de que hablamos en la introducción, no faltó la escena de las escaleras y el atado de borceguíes, y el caballo «Lionfante» era figurado por dos aprendices de batihoja, y para dar verosimilitud de la prisa que Fanto y «Lionfante» tenían en salir de la terraza de Poniente, abajo unos comparsas hacían que discutían la escasez de pan, y arriba, a la luz de una antorcha, en un tapiz verde, estaba de espaldas, desnuda, donna Cósima. Bueno, estaba un tal Giovanni Cresco, matarife, que tenía el cuerpo muy blanco. Como habían embadurnado la antorcha con clorato de potasa en polvo, al arder daba una alegre luz azul y parecía que lloviesen estrellas fugaces. Para saludar cuando aplaudían, el Cresco se ponía sobre las partes una hoja de parra de bronce, regalo de sus admiradoras.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

AD DE LAS RELIQUIAS, EL: Salió de Chipre con las reliquias que se guardaban en su monasterio, de la santa Tecla y de los santos Cosme y Damián. Era un hombre muy alto, que siendo las celdas de su santa casa de las llamadas penitenciales, que son pequeñas, tenía que dormir enroscado como pescadilla. Hablaba *de profundis* y en la bendición de Pentecostés encendía una vela dentro de la corona, y daba concierto de campanillas. Se decía que, de niño, había tenido un maestro de gimnasia, que su padre lo quería estilita, aprovechando una columna helénica que había en un promontorio, pero el niño no pudo vencer el vértigo. Casó a Nito con Safo, saltando las discrepancias entre romanos y cismáticos con la pregunta famosa, de si Nito creía en las cosas visibles e invisibles.

ANDERADO DE NERO, EL: Alto, seco, mellado, parmesano. Había aprendido de los suizos el volteo de la bandera. A una hija que tenía, una vez, en Sinigaglia, el César Borgia le hizo una seña, y la muchacha se fue, contoneándose, hacia un catre que había en un rincón, junto a la alacena con respiradero donde colgaban el congrio seco. El Valentino se acercó, le olió el congrio, y se fue. Lo que no fue óbice para que los hijos que tuvo la moza presumieran, por lo oído a su madre de la seña de César, que eran de los Borgia y que estaban esperando una herencia.

PRANDO DEGLI ALIPRANDI: Rico señor de Borgo San Sepolcro, quien le compró al genovisco de la semilla de pino, la berberisca Leila, que tocaba el pandero. De un viaje a la feria de Lyon de Francia, trajo a Italia la bufanda.

A DEL BACHILLER BOTELUS, EL: Viuda, muy blanca de piel, muy pechugona, bien peinada, oliendo a jabón de lima, los brazos al aire, regordeta y muy lúcida, y la mirada amable. Se le leía en voz alta una receta del «Regimiento de Cocina» de los monjes de Guadalupe, y se le quedaba en la memoria.

IANA DE LAS JOYAS, LA: Conozcamos así a aquella honesta dama que en una posada próxima a Florencia, al anochecer del primer día del verano, se sentó a la sombra, a escucharle a un paje suyo cantar el romance de la ausencia de don Lanzarote del Lago, que sospecha la enamorada, doña Ginebra, que va por una selva oscura el paladín, y en la espesura brillan los ojos de las bestias innumerables y humeantes de Broceslandia. Reconoció en el rubio y mozo Fanto todos sus amores de antaño, la

fugitiva mocedad, y la melancólica soledad. Por ello le regaló la sortija con el rubí.

VALDO DANIEL: Poeta famoso antiguo, provenzal, a quien el Dante deja en el Purgatorio, tras haber conversado con él, viendo cómo volvía al fuego que lo afinaba y dejaba limpio para el Paraíso. Cuando «Lionfante» aprendió provenzal, lo citaba, y tenía de los tercetos en lengua de oc de la *Comedia* el decir respetuoso aquello de *Ara vos prec...*

TEMISA»: La yegua que Fanto heredó de su padre, ser Piero Fantini della Gherardesca. Despertaba en los caballos castrados una exaltación que se resolvía en melancolías. Quizá por la mirada dorada que tenía. Fanto, adquirido «Lionfante», la dejó para la iglesia de San Félix, para que saliese engualdrapada y de respeto en las procesiones mayores.

LA ZAINA, EL: Propiedad de Guillem el camargués. Salía al campo con «Lionfante», ya viejo el famoso caballo de guerra, y le dejaba al anciano corcel desayunar de su leche, que la tenía con un cuarto de grasa. «Lionfante» le recitaba en germánico variado y algo del Petrarca, y como ventrílocuo imitaba al camargués, y el asna se reía enseñando los dientes. Se corrió por el país la fama de su leche, y de Tolón acudió la mujer de un almirante con sus hijas, por curar las pálidas muchachitas de una anemia.

HILLER BOTELUS, EL: Entró en esta historia con motivo de la compra de «Lionfante» en la feria de San Juan, de la noble ciudad de Florencia. Estaba allí por conocer a Marsilio Ficino y las exquisiteces neoplatónicas. Quiso ser retratado con el *Timeo* en la mano por uno de los grandes maestros toscanos de entonces, pero los dineros sorianos no le alcanzaban. En la parte tercera del libro, se cuenta detallado de su ciencia, su autografía y su triste muerte.

CO DE NITO, EL: Bayo alucorado de Nito Saltimbeni, que había corrido en la contrada de la Tartaruga en la piazza de Siena, que es sabido tiene forma de concha jacobea. Murió del turco en Chipre.

TRICE: Es inexcusable citada entre las enamoradas de antaño, parte de todo sueño, lirio en un esbelto vaso lleno de agua en la sombra de un patio.

ICA, DONNA: Madre de Fanto Fantini della Gherardesca. De la súbita aparición de la fúlgora en la hora del nacimiento del héroe, le quedó un despertar asustado, y corría al tapiz llamado del emperador, por si estaba allí perdido el niño. Por lo demás, era una señora muy quieta y bordadora, muy de estar en la ventana viendo pasar las procesiones.

TOBALDO DEI BETTOBALDI: Glosador boloñés que invento una *Lex romana* por la cual, en habiendo gemelos, el último salido a la luz era el primogénito. Se descubrió el invento y tuvo que huir a Venecia, que los otros glosadores querían matarlo, por el descrédito. Como tenía buena letra lombarda cuadrada, se empleó en los almacenes

vénetos para poner BIANCO en las barricadas de vino. Era pequeño y picado de viruelas, y estaba hospedado en casa de una tal Marina Marini, que fuera vivandiera de suizos en las campañas de Dalmacia. A las ocho en punto de la noche, en invierno, y a las diez en verano, tocaba retreta con una trompeta que trajera de la guerra. Una noche, medio bebida, entró en la habitación del glosador, lo desnudó, lo adobó con ajo y perejil, se lo echó a hombros, lo llevó a la cuadra, y lo gozó. Se casaron, y el glosador, por el ombligo de Marina, le hablaba en latín al niño que iba a nacer, que lo quería letrado para reivindicar el apellido Bettobaldi. Pero nació una niña, que desde la sien izquierda al mentón traía en letras vinosas toda la declinación de *lex, legis*.
Cosas que pasan.

INGUCCIO, EL: Vannocio Biringuccio de Siena, autor de una famosa *Pirotecnica*, por la cual aprendieron pólvora y artillería todos los cristianos del Quinientos, desde Viena a Finisterre. En Galicia, en el monasterio de Santa María la Real de Oya, los monjes dispararon sus cañones contra el Drake, gracias a que los tenían por el arte biringuchiano. Los cañones de Oya tenían nombres tomados del Antiguo Testamento: Noé, Jacob, David, Josué... Il Biringuccio hizo para Florencia, cuando sitiaron la ciudad Carlos V y el papa Clemente VII para restablecer el poder de los Médicis, una «colubrina» de siete varas de largo y que pesaba trece mil libras, y estaba adornada con una cabeza de elefante. El Varegi cuenta que en un bastión *«il quale scendeva fino a la porta a San Piero Cattolini, e in quel mezzo sopra l'orto de'Pitti edificó poi un gagliardissimo cavaliere, il quale perché altissimo sopraffaceva le mura, ed in su questo pose la grandissima colubrina da mecer Vannocio Biringucho da Siena; aveva nella culata una testa di elefante, e si chiamava da fanciulli l'archibuso di Malatesta»*. Los florentinos creían que, cuando fuese disparada, aparte de deshojar todas las rosas del huerto de los Pitti, caería la bomba sobre la cabeza de Carlos, rebotando y yendo del casco imperial a la mitra del papa, con lo cual quedaba asegurada la República.

RDADOR DE GUANTES, EL: Era uno de la secreta de Venecia, que dejaba el oído en casa cuando salía a vigilar por las tiendas en los mercados, y un día al llegar de servicio se encontró con que la mujer que hiciera la limpieza, lo tirara al polvo. Bordaba guantes para la familia Correr, que dio Dogos, y bordaba llamas en la cabritilla del dorso, lo que quiere decir «deseo». Pero estos guantes locuaces sólo los usaban las damas por Carnaval, llevando antifaz.

QUE DE ÁLAMOS, EL: Se pone, por ejemplo, en una colina y con un prado al pie, como muestra de las emboscadas que podía tender Fanto Fantini con sus tropas. Tan pacientes esperaban disfrazados de álamos de abril a que llegara el condottiero enemigo con los suyos, que daba tiempo a que algunasavecillas retrasadas en coloquios de amor, hicieran nido en las lanzas vestidas de hojas nuevas.

ACCIAFORTE LATINO DAL PICINO: Cuenta de él el signor Capovilla al pasar cerca de su

torre, camino de Florencia. Comió su oro, como se dice en el texto, y cuando murió, lo tenía pegado, en escamas, en las tripas. Hubo que quitárselas, como las del cerdo para el embutido, lavarlas y rasparlas, para recobrar el tesoro. Algunos opinaban que murió por no querer hacer de cuerpo, de miedo de que se le fuese en el excremento media onza carolina.

LAGARO MENTOLADO, EL: Compraba por las islas griegas manuscritos para los señores Médicis. Era amigo del monje que curó a Fanto Fantini de sus heridas, al que traía por escrito las opiniones de Pico della Mirándola. Se perfumaba los sábados con menta piperita, y el perro del monasterio daba su presencia media hora antes de que llegase, el búlgaro, si es que había viento favorable. Todavía en las grandes bibliotecas italianas, hay manuscritos griegos que, al abrirlos, dejan salir un leve aroma a menta. Son los comprados en las islas helénicas por el búlgaro. Presumía de virgen, y sabía encender fuego haciendo girar una bolita de serrín y resina entre la yema del pulgar y las del índice y el medio de la mano derecha.

INCOMPAGNI, NERO: Condottiero. Primer capitán que tuvo Fanto Fantini della Gherardesca. Innovó en el arte del cuadro, poniendo dos piezas de artillería en cada esquina. Le gustaba cargar desde las colinas al llano, muy rodeado de banderas. En los ratos libres, andaba siempre de consulta de abogado, que tenía en Padua un prado y le robaban el agua los de las tinerías.

BO BIZANTINO, EL: Estaba en Tamnos de guardia cuando fue preso Fanto. No entraba en el trato de los serones de Eufrasia, la tía de Safo. Andaba cabreado, porque nadie le soltaba una propina, lo que era debido a que como usaba casco con pluma, lo tomaban por capitán. Cuando se corrió que sólo era cabo, ya fue otra cosa, y llevaba de costadillo una bolsa para que le echasen los pichones y los quesos de cabra. Se casó con una que en la procesión de Santa Eva, la Madre de los Vivientes, salía al natural, lo que el cabo aceptaba por consejos de humildad que le daban los monjes. Terminada la procesión, Eva se vestía y le daba una manzana al cabo, acariciándolo, y jugando al Paraíso.

MILLINA: Nodriz de Fanto Fantini. Descubrió que al niño le caía muy bien la perrera a la francesa, y Fanto ya llevó tal peinado durante toda su vida. A veces pedía permiso para salir a dar una vuelta, por ver si tenía noticias de su marido, que se le había perdido yendo a Ultramar. Una tarde regresó diciendo que había encontrado uno muy parecido a su Giuseppe, con lo cual quedó preñada. El niño nació muerto. Habían puesto de moda esas cosas el éxito de los que llaman romances de ausencia.

VE DE CIMARROSA, UBALDO: Condottiero. Dominaba el arte de vadear. Llevaba siempre en su intendencia barricas con pichones escabechados, y mandaba agentes secretos a las cocinas romanas, por averiguar dónde podía comprarse el mejor vinagre. Llevaba tatuada en la frente una hermosa flor azul, con las letras AVE MARÍA. Lo que le salvó la vida, que un esquilador, por robarlo, le puso la zancadilla

en un descampado, cuando el signor Ubaldo regresaba de una cita amorosa, y al ir a meterle las tijeras en el cuello, vio a la luz de la luna el tatuaje de la frente, y lo dejó, huyendo mientras pedía perdón a grandes voces, que creía que había zancadilleado a santo Toribio, que andaba nocturno protegiendo los rebaños del lobo.

PELLÁN DE LAS DOMINICAS, EL: Fuera amigo de infancia de Fanto, y jugaba con él a cañas y a barra. Como era zurdo, necesitó dispensa para las órdenes mayores. Era muy apreciado en Sapro, donde estaba su capellanía, porque leía de gratis las rayas de las manos de los vecinos. Fue él que averiguó dónde estaba Fanto prisionero del hosco Vero dei Pranzi. Se hizo famoso cuando descubrió que no había tal demonio Asmodeo, que decían las monjas que les hacía cosquillas en las plantas de los pies y les daba serenatas. Averiguó que las cosquillas eran de una rata sabia que se le perdiera a un bretón, y las serenatas las daba una monja con barba, a la que, en un octubre, con el aumento de la pilosidad se le pusiera voz hombruna, y un raro apetito por pasarle la mano a una lega moza.

OVILLA: El signor Giovanni Andrea Matias Leonardo Capovilla de Torrenera dal Pasma, caballero de San Juan de Rodas, pariente y tutor de Fanto Fantini della Gherardesca. Era un buen hombre, soñador artúrico. Murió soltero, porque nunca tuvo encuentros que se parecieran a los que él se imaginaba.

STRADO RUANO, EL: Caballo del signor Capovilla. Como su amo iba por los caminos ensoñando la Tabla Redonda mientras lo cabalgaba, algo pasó a la montura de las imaginaciones del cavaliere y así se compuso una asombrada melancolía, que mostraba cuando se encontraba con las hermosas yeguas de su tiempo. Como había sido castrado a dedo, al pronto no se le notaba.

ALINA: Campana salvatierra de San Félix, en Borgo San Sepolcro. Tocó para ahuyentar la tormenta el día en que nació Fanto Fantini. La habían fundido en Florencia, y tenía grabada la imagen de la santa de su nombre, con la rueda erizada de cuchillos.

UJANO DE VERONA, EL: Cuando Fanto huyó a través del espejo con dama Diana, su braco «Remo» estuvo de huésped en casa del cirujano de Verona, Paolo Camerano, sangrador de los Scailígeros y de los últimos Capuletos. Era gran jugador de dados, y tirando con la diestra, echaba del cubilete al aire los huesos, y los recogía en el dorso de la mano. Intentó enseñar a silbar a «Remo», pero no lo logró, que el braco estaba siempre con la larga lengua fuera, y así no estrechaba los labios para que saliese el aire. Se le metió de últimas en la cabeza que volaba de verdad cuando dormía, y que no eran sueños, y mandó hacer una jaula, en la que le pusieron colchón, y allí dormía.

MADRONA DE DONNA BECCA, LA: Viuda de un sangrador por Salerno. Cuando había parto de lujo en Borgo San Sepolcro, mandaba un arriero a que le trajese nieve apenina, para la frente de la parturienta.

NCISO, EL LICENCIADO: Lo era por Salamanca, en aristotélica y aquiniana. Su verdadero nombre era Pedro Corto o Pedro Cortado, pero él había latinizado en Conciso. Tenía un beneficio en Valladolid, y doce sobrinas. La fama de su elocución latina llegó al señor Erasmo de Rotterdam.

OSIMA BRUZZI, DONNA: Hermosura veneciana, blanca, largo cuello, brasas en los ojos, la sonrisa de amanecer de verano. La amó Fanto, y ella al capitán. Quería que este anduviese loco celoso y amenazase con matarla en la cámara misma, en Famagusta, donde el Moro mató a Desdémona. Fingía amores con sombras y muñecos que escondía debajo de la cama. Murió a manos de su marido, ser Franco Loredano, capitán de Mar y Tierra de Venecia en Chipre.

RRITA»: Mona amaestrada, que trabajó en el alambre ante el Patriarca de Constantinopla. Si veía que entre el público había algún tuerto, se negaba a dar el doble salto mortal. Al terminar el espectáculo, hacía la seña de los Verdes con la mano izquierda, que le salía más fácil que la de los Azules, que es pasando la diestra bajo la pata del mismo lado. Los Azules, por creerla partidaria de los Verdes, la ahogaron en el Bósforo. Era portuguesa de nación, y su madre había venido ya embarazada de la Guinea, como muestra de macacos para ilustración del rey don Manuel el Afortunado.

IA DIANA: Bellísima señora, muerta en un castillo de Toscana, creyéndose que por veneno. Sus padres recogieron el cadáver de la hermosa y los de sus doncellas, y los llevaron a enterrar al país natal, en el marquesado de Monferrato. Habiéndose salvado de un incendio, en la torre donde murió, un espejo florentino, acudía, fantasma con piel de leche con un poquillo de clavel, a buscar en él las memorias de su juventud. Fanto la vio allí y la enamoró.

DÉMONA: Su historia es bien conocida. En la que fue su cámara en Famagusta, se amaban Fanto y donna Cósima. Pasados siglos, alguien que entró en la cámara vio un ratoncillo que corría llevando en la boca un hilo rojo. Asustado el mur, lo dejó y se fue a su agujero. El hilo era del famoso pañuelo rojo de los terribles celos del Moro, por donde le vino la muerte a la niña.

CELLA DE DONNA CÓSIMA, LA: Era de Rovigo, y la pretendió Nito, pero ella le dijo al escudero que estaba casada y preñada *de occultis*, y que si algún día entraba en el gremio de adúlteras, que le reservaba el primer cuerno de su marido.

CELLA DE LAS VIUDAS BANDINI, LA: Refrescaba a sus amas salpicándolas con agua fresca en las calurosas tardes del verano umbro. Cuando las viudas, servidas por sus cuatro primos, le cerraron a Fanto la puerta del huerto, ella se ofreció al mozo, levantándose las faldas. Fanto no la tocó, y le dejó sobre el ombligo una rosa. Nunca más quiso conocer varón, y si le entraban desasosiegos, se iba en busca de una sombra, buscaba una rosa roja, se la ponía sobre el vientre, y se dormía de placer.

Murió joven y tísica.

QUE DE PROVENZA, EL: Una de las figuras como de teatro que imaginaba el signor Capovilla para que disfrazado de ella encontrase amor Fanto Fantini por las posadas de Toscana. Esta figura estaba siempre llevándose la mano diestra a la frente, como borrando memorias o cenizas de sueños. Ver naranjales, le recordaba el ducado natal.

QUE DE URBINO, EL: Este veía a Fanto, según el signor Capovilla, y le daba una bolsa llena de oro para que viajase hasta encontrar a su enemigo mortal, y a escondidas le pasaba un puñal envenenado. El duque de Urbino se retiraba en silencio, pero desde la puerta se volvía y levantaba su copa llena de vino rojo, brindando por la fortuna de nuestro héroe.

NECIANO, EL: Agente ordinario de la Secreta de la Serenísimas. Les vaciaban la cabeza de memorias, y cuando regresaban de misión, traían las conversaciones oídas como grabadas en cinta magnetofónica. El que sale en este libro, estaba a las órdenes de ser Franco Loredano para comprobar los ardientes amores de Fanto y donna Cósima. Con el susto de la bajada del turco a Chipre, quedó tartamudo, y ya no servía de prueba en los tribunales, que se pasaban los plazos tomándole los avisos.

QUE IV: Emperador de Alemania que fue, rey de Romanos. Ennoblecía a los Fantini della Gherardesca en la persona de ser Giovanni, que le sirvió de escudero. El rayo del nacimiento de Fanto le quemó la bragueta, que la tenía muy ostensible en el tapiz conmemorativo del palacio de los Fantini en Borgo San Sepolcro. Fue un iracundo inquieto, y cuando por vez primera probó el helado, se le cortó la digestión.

UILADOR, EL: Lo contrató el cavaliere Montefosco de Malapreda para raspar, con un juego de raspadores tortosinos que tenía, las tripas de su primo Bracciaforte, y sacar el oro allí pegado. Era de Asís, pero todos los años iba a ferias a Tortosa a aconsejar en lanas.

RASIA: Tía de la cojita Safo. Hacía el contrabando de los higos pasos en la isla de Tamnos. En algunas de las islas griegas, en los días bizantinos, los higos estaban estancados, y rentaban a los monasterios y a los jueces de lo criminal. Por cariño a la sobrina cojita, y con miedo de que por el defecto de la pierna esquelética no encontrase marido le decía a Safo que esperase todo lo que pudiese para enamorarse, confiando así en que pasándole a la niña los cálidos sueños de la edad moza, luego ya se olvidase de casorio.

TINI DELLA GHERARDESCA, FANTO: Nuestro héroe. Durante mucho tiempo solamente se supo de él lo que viene en una crónica florentina: «Nadie fue más hábil en huir de las prisiones de su tiempo, que el capitán Fanto Fantini della Gherardesca». Solía repetir esta cita el escritor Rafael Sánchez Mazas, que tanto sabía, y enseñó al autor de este libro, de la Italia del Cuatrocientos. Más tarde, se fueron recogiendo noticias, hasta que fue posible componer esta biografía.

ITINI DELLA GHERARDESCA, SER GIOVANNI: Trasabuelo de Fanto, nobile del Sacro Romano Imperio, conte. Sirvió con su lanza al emperador Enrique IV. En la cuna hecha por las ramas de laurel que ceñían su cabeza, apareció Fanto, llevado allí al nacer por el rayo. Se sabe que tenía una herida en el costado derecho, que nunca curó del todo, que era de saeta suiza plana. Ser Giovanni se quitaba la camisa, y silbaba como si viniera otra vez la saeta, y entonces la herida se abría, y aparecían unas gotitas de sangre. Esto solamente lo hacía ante personas ilustres, o médicos que pasaban hacia Padua o Montpellier.

ITINI DELLA GHERARDESCA, SER PIERO: Padre de Fanto. Nunca hizo armas, porque padeció reuma desde niño, y cabalgaba a mujeriegas en «Artemisa», su plácida yegua. Se decía que había esperado una luna propicia para hacer a Fanto, y en habiéndolo hecho que dejó tranquila a donna Becca, sentada junto a la ventana, viendo pasar las procesiones. Cuando enfermó de la peste, hubo un día en el que se creyó salía de ella, y le pasara del todo la reuma, pero a la tarde siguiente pidió un pichel de chianti, bebió levantando el codo, lo que nunca había logrado desde los doce años, y al rematar, se murió.

MENCA: Nombre que llevó una señora provenzal, que iba a baños por verse con su amante, y en su habitación leía *Flores y Blancaflor*. Pero aquí viene porque era el nombre de la mujer de Guillem, el camargués, tratante en caballos. Era pequeña, muy blanca, el pelo negro en moño trenzado, y el camargués, que era celoso, la guardaba bajo llave. Pero ella se reía, comía nueces con miel, y se pasaba las horas cantando. Con diferencia de pocos meses murieron Flamenca y Fanto, y el camargués los enterró en el mismo nicho, pero como tenía la manía de los celos, puso tres tablas herradas entre ataúd y ataúd. Era un tipo callado, que se frotaba las manos y llevaba una bolsa con habas blancas y habas negras para echar las cuentas.

ARDA, ANDREA DELLA GARDA: Médico de la Escuela de Padua. Asistió al nacimiento de Fanto, y lo halló cortando con su bisturí, en los laureles de la cabeza de su trasabuelo ser Giovanni, en el tapiz de la cámara que honra. Demostró que en el cuerpo humano existe agua estancada y que hay que expulsarla por el vómito, y que la sal evita la podredumbre. Renunció a los vegetales, sospechando que toda col nacía donde estaba enterrado un romano.

AMELATTI: «La gata melosa», un famoso condottiero de los que inventaron, en la Italia del Quinientos, el arte militar. Mandaba pintar de oro los genitales de su caballo, y como le molestaban las moscas, andaba siempre seguido de un paje que llevaba un sombrero embadurnado con miel, al que aquellas acudían, dejándolo a él tranquilo, imaginando marchas al amanecer, el cuco a la siniestra.

NOVESCO DE LA SIMIENTE DE PINO, EL: Llegaba puntual a Borgo San Sepolcro con la simiente de pino, que decía que era la mejor, del camposanto de Génova, dónde aún

no había protestantes ingleses enterrados. Traía siempre moza nueva, y cuando se iba, la dejaba alquilada a la florida juventud del Borgo, donde aún regían para amores canciones de Guido Cavalcanti. Era medio cegato, y en los días de sol, andaba por la calle cubriéndose los ojos con un cristal ahumado.

ORGINA»: La nave veneciana en la que fue de Chios a Chipre el signor Fanto, porque se anunciaba la bajada del turco y eran precisos capitanes de guerra. Era de roble esloveno, algo cansada de popa.

VANNA: Así interpretó Fanto, en la torre donde lo tuvo prisionero Vero dei Pranzi, el nombre que se leía en el tabal de oveja salpresa. Se pasó horas y horas, mientras esperaba la muerte, imaginando que aquella Giovanna la había, y era dulce de labios y del mirar, y se dejaba beber como agua.

ARDIA DEL GORRO ROJO, EL: Vigilaba a Fanto en el patio del gobernador de Tamnos. Escupía negro. Cuando pasó la cojita Safo y le tocó a Fanto el pelo rubio, el del gorro rojo, como medio asqueado, dijo en lo que le pareció veneciano, que todas eran unas putas: «tutanai putanai».

REDERO VENECIANO, EL: Una de las figuras de Fanto en las posadas. Salía de su cámara vestido de violeta y plata, haciendo que metía bolsitas de cuero en los acuchillados del jubón, que los que le veían hacer tal creían que estaban llenas de oro del rico heredero. El gesto inventado por messer Capovilla, era que se diese aire con los guantes.

A DE LA VIUDA, LA: Viajaba con su madre, y sabiendo que Fanto iba a un terrible encuentro con un cruel enemigo, César Borgia acaso, le regalaba un nomeolvides de oro con una piedra verde. Esto lo imaginaba el artúrico signor Capovilla. La niña era una morenita muy graciosa y llevaba con ella un mirlo en una jaula de plata.

ORCA DE VENECIA, LA: Se trata de una horca primitiva del tipo de las llamadas ginebrinas que son de triple poste y tablado alto, o sin tablado y con escalera de mano. El nudo es muy corredizo, y se seba el esparto a dos manos por un ayudante del verdugo que se llama *il lazzuó*, que quiere decir el cariñoso, lo que también se dice del perro que lame la mano del amo. El verdugo se abraza al penado por la cintura, y se deja ir con él por el aire. Después de cada función, se pinta la horca de blanco, en el Arsenal.

ÉRPRETE DE VENECIANOS, EL: Estaba de oficio en la isla de Tamnos. Creía que era moda en Venecia el hablar por la ese. Alto, flaco, legañoso, usaba bicornio.

OLITOS»: Perro dálmata, que fuera amigo del gobernador del Basileo en la isla de Tamnos. Se apartó de la confianza de este por culpa de una perra francesa, que trabajaba a deshora en el puerto, sin guardar las épocas de celo.

AC DE SIENA: El médico judío de los Tolomei que fabricó el compuesto sutil con el que

Bracciaforte, tragando su oro, lograba que este le quedase pegado en los intestinos.

LA: Es una de esas bellísimas señoras a las que hay que citar, por el dorado cabello, por los ojos azules, porque sonrían y porque lloran, y porque mueren de amor.

LANZAROTE DEL LAGO: El signor Capovilla hizo pasar a Fanto, ante la anciana de las joyas en la posada en el camino de Florencia, por un sobrino, y de su mismo nombre, del caballero Lanzarote del Lago. La figura de teatro de Fanto era ponerse donde daban los rayos del sol poniente, acariciando las flores del glicinio.

LA: Morisca alquilada por el genovisco de la simiente de pino. Fue bautizada como Verisima Pomposa Capitolina Romana Rolindes y casó en Borgo San Sepolcro, e hizo mahometano al marido. Era una morena muy aficionada a las aceitunas, y se prestaba a que la pellizcasen en las nalgas los canónigos, que querían probar, antes del bautizo, si se tenían carnes tan duras sin comer puerco, dispensado.

LA PACIOLI, FRA: Sabio geómetra y matemático, que escribió de la Divina Proporción. Construyó para encerrar en ella a Fanto una prisión mental.

LAHALE DE CAPRASARDA: Luogotenente condottiero Nero Buoncompagni. Era el que trataba del alquiler de las campañas de su capitán.

LAHALOS LIPAROS: Gobernador por el Basileo de la isla de Tamnos. Sesentón, pequeño, gordo, se coloreaba las mejillas con papel de Damasco y se espolvoreaba las cejas con purpurina argentífera. Marica, lacónico y jugador de dados, medio se encaprichó de Fanto, cuando lo tuvo prisionero, porque hacía muchos años que no conseguía ver un hombre rubio a su alcance.

LANTEFELTRO DE MALAPREDA: El heredero de Bracciaforte, que alquiló al de los raspadores tortosinos, para sacar el oro de las tripas al primo. Tardó siete años de lavados continuos, y dejarlo dormir en jalea de membrillo, antes de que el oro dejase de oler a podrido, y pudiese pasarlo en las bancas de Venecia.

LO SALTIMBENI DA SIENA: El fiel escudero de Fanto Fantini. Sabía toscano y provenzal. Casó con Safo. Vio hijos y nietos. Por un genovés, mandó para la sepultura de Fanto el Mozo, como él le llamaba siempre, una cabeza de mármol, griega antigua, que en el perfil mucho semejaba a su amo.

LAALA»: La perra francesa que trabajaba en el muelle de Tamnos. Decía que había nacido en la place Pigalle, de París. Se enamoraba de los canes forasteros, y les regalaba la comida. La dejó en la isla abandonada uno que había llegado a ella, franco de nación, a aprender griego egeo prehomérico.

ELMO: El Moro, marido y matador de Desdémona. Donna Cósima Bruzzi quería que Fanto lo imitase, y diciendo «¡Apago la luz y apago su luz!», celoso, la estrangulase.

EL CANTOR, EL: Lo llevaba la anciana de las joyas, que hizo posada en un mesón en el

camino de Florencia. Cantaba dulce, dejando las notas de la viola morir en el aire, como mariposas. Sabía una canción de uno que se iba de mañana, saludando las alondras, y no regresaba jamás.

DE LA GRAPPA, EL: Llamado por la comadrona, cuando nació Fanto, trabajó para sacar del soponcio a donna Becca, un vasito de grappa. Donna Becca estaba con los pechos al aire, blancos surcados por venillas azules, y el paje se turbó, y nunca más se le fueron de la memoria. Murió de la peste.

ADERA DE BOLONIA, LA: Fue la que dio a luz dos hijos, con tres meses de retraso el segundo. Esto dio origen a la llamada polémica de los primogénitos, que dividió a los glosadores. Bettobaldi dei Bettobaldi inventó una *Lex romana* que decía que el último nacido, habiendo gemelos, era el primogénito.

ROCO DE SAN FÉLIX, EL: En Borgo San Sepolcro, en la rectoral en medio de las viñas junto a Porta Nuova. Asistió en sus últimos días a la yegua «Artemisa», y la enterró engualdrapada, y predicó que bien se veía, como iba pasito en las procesiones y bajaba la cabeza cuanto ante ella pasaba la imagen de San Félix obispo, que si tuviera alma, sería cristiana. Y citó a Tertuliano: «*Alma naturaliter christiana!*».

ANDRO: Sacristán griego, quien después de la bajada del turco a Chipre, contrató a Nito para que sirviese de espartario bizantino en el traslado a lugar seguro de las reliquias de santa Tecla —que eran una oreja y un rizo—, y las de los santos Cosme y Damián, que eran dedos de los pies.

RO DELLA FONTANA, SER: Escribano de Borgo San Sepolcro, administrador de los bienes de Fanto Fantini della Gherardesca. Cuando llegaron noticias de la muerte de este, estando las viudas Bandini pobres, abandonadas de los cuatro insolentes primos, que las habían usado y les comieran todo lo que tenían y heredaran, sabiendo que habían estrenado a Fanto, les pasó en secreto las rentas e intereses.

NCIPE DE DINAMARCA, EL: Don Hamlet Hardrada de Elsinor. Otra de las figuras de viajero secreto de Fanto Fantini. El índice de la mano derecha en los labios, pasaba rápido e inquieto de un rincón de sombra a otro rincón de sombra.

IZO DEI MUTTI, PAOLO: Capitán de Pisa, engañado por Ubaldo Cane de Cimarrosa. Fue llevado a ser enterrado en el famoso camposanto de su ciudad, metido en una barrica que había servido para los pichones escabechados de su enemigo. Era un taciturno que no creía en los mapas. En su tumba, no se logra hierba, y se culpa a la fuerza del vinagre en el que viajó hasta Pisa, ya difunto. Era vinagre, a lo que parece, del que llaman «*latte del nipote del Papa*», que es como decir en las Castillas, de la mala leche o de la mala uva.

O: La cojita de Tamnos, de los ojos verdes. Libró de prisión a Fanto con ayuda de delfines amigos. Lloró su muerte, pero se consoló, casándose con Nito, el escudero.

ENA, LA: Era la última, y ya era vieja, arrugada, y perdiera los dientes, las tetas caídas, tanto que las olas ya no le hacían allí aquella espuma que suelen en los pechos redondos de las sirenas mozas, en las estampas. Pedía limosna en el mar que vio pasar la nave de Ulises.

ERINO DEL REY DE ROMANOS, EL: Otra figura de Fanto, en la imaginación del signor Capovilla. Iba a Roma, y llevaba de viaje a «Artemisa», yegua de su aprendizaje de jinete, a la que había querido dar el gusto de pasar el Tíber junto al castillo de Sant' Angelo. En la ocasión, Fanto vestía un traje celeste y oro, que lo hicieran las viudas Bandini con una casulla que sobró del marido de una de ellas, que iba para obispo «*in partibus*».

DADO DE VERO DEI PRANZI, EL: Fue el que contó a su amiga donde estaba prisionero Fanto Fantini. La amiga se lo dijo al capellán de las dominicas, que fuera compañero de juegos infantiles de Fanto y era zurdo. Era de labradores lombardos, pero le diera por las armas.

DOZZI, LOS: Banca de Florencia, donde cobró el pagaré de las viudas el capitán Fanto el Mozo. El oro y la plata está en estantes, y la señora Vanna, que es la madre, viuda, pasa de vez en cuando con un plumero, quitándole el polvo. Hay un escribiente para las letras de feria, que usa balanza. No se puede hablar en voz alta en la sala, para no distraer y equivocar a los que cuentan.

ANOS: Se discute mucho la existencia de esta isla, próxima a Chios, donde Fanto estuvo preso, y donde Nito casó con la cojita Safo. Muchas islas griegas desaparecieron gastadas poco a poco por el oleaje y una pudo ser esta. Otros dicen que habrá mala lectura en los manuscritos fantianos.

LE DE MAITINES, EL: Iba con los soldados del papa cuando los derrotó el señor Nero Buoncompagni. Era calvo, redondito, y tenía muy bellas piernas. Salía de Colombina en las funciones de la Corte de Roma.

TAJA: El morisco alquilado por el ama del bachiller Botelus para ayuda de cocina y picadillos. Tenía el punto del anís.

RO DEI PRANZI: Condottiero. Era enano, mofletudo, cruel y vanidoso. Hizo prisionero a Fanto. Usaba tacón de Bolonia. Tras haber visto huir a Fanto, envuelto en un río como en una capa verde, le entró una ira triste, con mucha flema amarga, y una mañana amaneció muerto. Su caballo, con la cola, le espantaba unas moscas verdidoradas que habían llegado, en bandos, a la boca del capitán.

DA CON HIJA, LA: Soñaba il cavaliere Capovilla encontrarla en una posada, y le daría a Fanto una perla benéfica para que saliese con bien del drama de la venganza. Estaba de buen ver, y se celaba de su hija. Pero al signor Capovilla le gustaba mucho en estas imaginaciones de mujeres, que hubiese dos hermanas, o tía y sobrina, o madre e

hija, y funcionar con la pareja, con escondites, y un juego de caricias diversas, para que no hubiese confusión. Eso es mucho de castos tímidos.

DAS BANDINI, LAS: Nunca olvidaron aquel pronto asombrado, los gritos, las corbetas de Fanto, y las dulces noches.



ÁLVARO CUNQUEIRO nació en 1911 en Mondoñedo (Lugo). Fue uno de los escritores más grandes de nuestro siglo tanto en castellano como en gallego, durante muchos años dirigió el *Faro de Vigo* y colaboró toda su vida, con artículos de toda índole, en varias revistas españolas.

Al fallecer, en 1981, dejó tras de sí novelas como *Las crónicas del Sochantre* (Premio nacional de la Crítica en 1959), *Merlín y familia*, *Cuando el viejo Simbad volviera a las islas*, *Las mocedades de Ulises*, *Un hombre que se parecía a Orestes* (Premio Nadal en 1968) y *La vida y las fugas de Fanto Fantini*, así como ensayos gastronómicos y una infinidad de crónicas sobre todo aquello con lo que alimentaba cada día su insaciable curiosidad.

Notas

[1] No ha podido ser establecida con seguridad la fecha de la muerte de Fanto el Mozo, y de su estancia en Provenza, en los últimos años de su vida, es poco lo que se sabe con certeza; parece ser que hacia 1504 vivía aún su caballo «Lionfante», que ya habría cumplido los treinta y tres años. Que Fanto había muerto antes de 1509 se prueba con lo que se dice en el resumen del tercer acto del drama bélico-amatorio representado en Florencia, en el que se le llama «el finado valeroso capitán, quien ojalá goce de eterna prisión en el Paraíso». Además, en el mes de febrero de 1509, el perro «Remo» solicita de la Cofradía de San Ramón Nonnato de Huérfanos Pobres, de la ciudad de Pisa, «un cajón con escudilla en el patio alto del Santo Hospicio, en lugar soleado», por carecer de domicilio fijo, y haber quedado sin empleo tras la muerte del «signore Fanto». En el invierno del mismo año, le es concedida a «Remo» una manta para que se proteja del frío, y el perro suplica que, si es posible, la manta sea negra, por el luto que guarda por Fanto el Mozo. <<

[2] Como se sabe, el argumento del *Otelo* de Shakespeare procede de los *Hecatomihi* del ferrarense Giraldo Cinthio, pero en la novela VII, década III, no viene el discurso del Moro ante el Senado véneto, aunque es seguro que Giraldo Cinthio conocía el discurso de Otelo, así como el del caballo «Lionfante», que corrían ambos por la Italia del Norte en pliegos góticos. Shakespeare, por lo tanto, no ha podido imitar un discurso que en el texto cinthiano no figura. Pero, ¿no habrá tenido el dramaturgo inglés noticia del discurso del caballo ventrílocuo y políglota ante el Senado de la Serenísima? Los marineros venecianos, con los que es seguro que Shakespeare conversó en las tabernas londinenses que frecuentaba —y de los que aprendió «dogo» y «góndola» por ejemplo—, pudieron haberle narrado el sorprendente suceso. Si se lee en Shakespeare el discurso del Moro, sorprenden ciertas pausas, que pueden corresponder a los relinchos con que subrayó algunas de sus afirmaciones en el suyo al caballo «Lionfante». Hágase la prueba por el curioso lector, desde «*Most potent, grave and reverend signiors*», hasta «*I won his daugther*», intercalando un relincho entre frase y frase, y transformando la frase final, «*I won his daugther*», en el relincho propio de caballo sículo en celo —especialmente al aproximársele yegua longobarda rubia—, cosa que el idioma inglés, por sus especiales características permite, sin necesidad de forzar la pronunciación, tanto la en boga en el Teatro del Globo en los días elizabethianos, como oxfordiana de hoy, o la de los americanos del Norte. Por otra parte, el final chipriota de la tragedia de Otelo, ¿no puede haber sido sugerido a Shakespeare por la supuesta muerte en Famagusta, peleando contra el turco circunciso, de Fanto Fantini della Gherardesca? <<